



MÓNICA  
MAIER

En  
clave  
de mi

## Contents

[Sinopsis](#)  
[Copyright](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Lema](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Sobre la autora](#)

## ***Sinopsis***

El mundo de Christina gira en torno a una sola cosa: tocar el piano. A su alrededor, todos creen conocerla; lo que nadie ve es que su vida es una farsa y Christina es la mayor mentira. Porque ¿cómo la van a conocer si ni ella misma sabe quién es? Si no saben que todos los días piensa en huir, aunque nunca es capaz de echar a correr.

Pero, a veces, no hace falta echar a correr, solo dar el primer paso. Porque hay instantes que cambian las cosas, que te empujan a subirte a un avión y te llevan de vuelta a una ciudad que siempre ha sido tu hogar y a una familia de las que se elige y a un amor con el que nunca habías soñado. Lo único que tienes que decidir, llegado el momento, es si eres lo bastante valiente para mantenerlos a tu lado.

MÓNICA MAIER

En  
clave  
de mí

## ***Copyright***

En clave de mí.

Primera edición, enero 2024

© 2024 Mónica Maier

© de la cubierta: Alexia Jorques

© de la fotografía de cubierta: Adobe Stock

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

### **Nota de la autora**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*A todos los que luchan por encontrar su camino.  
No cedáis en el empeño.*

*«Soy dueño de mi destino; soy capitán de mi alma».*  
*Poema Invictus, William Ernest Henley*

## Capítulo 1

Calma. Total y absoluta. El sol encima y las nubes bajo mis pies. Me imagino que floto en el cielo azul y me pregunto qué se sentirá rodeada de tanta quietud y silencio. Apoyo la frente en la ventanilla para sentir el frío del cristal contra mi piel. Desearía estar ahí fuera y no encerrada en este pedazo de hierro con alas, con la cabeza a punto de explotar y en el estómago una náusea continua que amenaza con sacar de mi cuerpo lo poco que he sido capaz de llevarme a la boca esta mañana. Inspiro despacio.

Esta mañana. Anoche. Ayer. Todo me resulta lejano, confuso. La frustración y la rabia se han disuelto en una especie de sopor, como si me hubiesen inyectado un chute de anestesia a nivel emocional, y ni siquiera la imagen de Madrid que cada vez se dibuja más nítida me produce el ansiado subidón de felicidad.

Madrid.

Han pasado, ¿cuántos? Casi doce años. No necesito contarlos. Resulta curioso cómo, de un tiempo a esta parte, las fechas se entremezclan en mi cabeza y forman un caleidoscopio de ciudades y hoteles que, *a posteriori*, en mi memoria no soy capaz de distinguir. Sin embargo, el día que dejamos Madrid atrás permanece claro, igual que si fuese ayer. Aunque no importa cuál sea la cifra exacta, solo lo hace que dentro de mí siento que ha sido demasiado tiempo. Toda una vida.

El avión comienza a maniobrar y noto en el estómago el tirón del descenso. Me preparo, cierro los ojos y me aferro a los reposabrazos mientras espero a que aterricemos.

El ruido a mi alrededor sube una octava en el instante en que la obligación de mantener el cinturón de seguridad abrochado desaparece. La gente se levanta de sus asientos y se agolpa formando una cola en el pasillo a la espera de que el auxiliar de vuelo abra la puerta. Yo no me muevo, permanezco sentada; aunque entiendo a la perfección el impulso de querer salir cuanto antes, de pisar suelo firme y recuperar el control que durante unas horas otra persona, en este caso el piloto, ha ejercido sobre tu vida.

Finalmente, me pongo en pie cuando todas las butacas a mi alrededor ya están vacías. Me inclino para recoger mi bolso de debajo del asiento y luego salgo al pasillo y avanzo sin dificultad hasta la parte delantera. Los auxiliares me dedican unas palabras de cortesía antes de cerrar la puerta a mi espalda; soy la última persona en salir del avión.

A pesar de eso y mi paso tranquilo, llego a la sala de recogida y los equipajes brillan por su ausencia. Noto la espalda cargada y las piernas pesadas. El cansancio va ganando terreno a mi cuerpo y, por un instante, me siento tentada de abandonar el aeropuerto sin mirar atrás y volver en otro momento a por la maleta. No me da tiempo a sucumbir al impulso porque, como si hubiese escuchado mis pensamientos, la cinta se pone en marcha. Por suerte, cuando las maletas empiezan a salir, no me cuesta distinguir la mía entre las primeras. Mientras la veo acercarse, me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que he metido en su interior y el latido sordo que retumba en mi cabeza sube un grado.

Cruzo las puertas de salida del aeropuerto y un luminoso día de febrero me da la bienvenida.

La claridad es tan intensa que tengo que detenerme y tomarme un segundo para acostumbrar los ojos. Cuando lo logro, avanzo unos pasos y, sin apenas ser consciente de ello, levanto la cara para sentir el sol, como una planta necesitada de alimento. Un alimento que las nubes de Londres rara vez me permiten encontrar. En unos segundos, un hormigueo cálido se extiende por mi piel y siento cómo mi cuerpo, poco a poco, se destensa. Cuando me pongo en marcha de nuevo para dirigirme hacia la fila en la que esperan los taxis, una pequeña sonrisa se ha dibujado en mi cara. Es casi la primera en semanas.

Me subo en el primer taxi que espera en la larga cola y le indico la dirección al conductor. El hombre asiente y nos ponemos en marcha. Mi mirada resbala por el paisaje que transcurre al otro lado del cristal de la ventanilla y, a medida que nos alejamos del aeropuerto, Madrid con todo su encanto se va desplegando ante mí. Desde el asiento trasero, observo sus calles, su ritmo y todo me parece igual y diferente a la vez.

—¿Conoce la ciudad? —La voz amable del conductor me llega desde el asiento delantero. Busco sus ojos en el espejo retrovisor y esbozo una pequeña sonrisa.

—Nací aquí. Pero nos mudamos hace tiempo. —No debo ser capaz de ocultar la nota de añoranza en la voz, porque el hombre asiente.

—Yo no aguanto más de diez días lejos. Hasta cuando me voy de vacaciones estoy deseando volver a casa. Incluso con este tráfico infernal.

Me sonrío y contengo el impulso de decirle que es afortunado. Yo, sin embargo y a pesar de la dirección que figura en mi pasaporte, hace tiempo que no siento que tenga un hogar al que volver. Miro a mi alrededor y el paisaje de la ciudad me recuerda que no siempre fue así. Puede que me parezca que ocurrió en otra vida, que de esa niña que miraba ilusionada a un mundo lleno de posibilidades no queda nada en la mujer que me observa cada mañana desde el espejo, pero sé que existió. Supongo que por eso he venido. Que el impulso de la huida me ha guiado hacia mis recuerdos felices. Y aunque en Madrid no todos lo son, estar aquí me hace sentirme mucho más cerca de los que sí lo fueron.

—¿Piensa quedarse mucho?

Ojalá tuviera una respuesta para eso. Me limito a mirar de nuevo a través de la ventanilla.

—Todavía no lo sé.

—¿Le importa que suba la radio?

Niego con la cabeza y esbozo una sonrisa.

—En absoluto.

Un segundo después, las notas suaves de un piano llenan el habitáculo.

—¿Le importaría cambiar la emisora?

No veo la cara al conductor, pero incluso así puedo sentir su mirada curiosa sobre mí.

—¿No le gusta la música clásica?

—Es el motor que mueve mi mundo.

El resto del camino lo hacemos en silencio. El tráfico imposible de Madrid acapara la atención del conductor y yo aprovecho para sumergirme en el paisaje y no pensar en nada. En bloquear lo que me inquieta, me he convertido en una experta.

Aun así, a medida que vamos dejando calles atrás, me vuelvo más consciente de que nos acercamos a mi destino. Y cuando doblamos la esquina y el hogar de mi infancia aparece frente a mí, un hormigueo nervioso se instala en mi pecho.

Me bajo del taxi antes, casi, de que haya parado del todo y, mientras espero a que el conductor saque la maleta, estudio cada detalle al alcance de mi vista, cada olor, cada sonido buscándome en ellos. Y me veo volviendo cada tarde del colegio con la mochila a cuestas; con la

misma mochila y una bamba de nata en la mano que solo me compraban los viernes; con mis botas amarillas de agua; con las rodillas arañadas y marcas de lágrimas en las mejillas tras caerme de la bicicleta. En todos esos recuerdos hay algo brillante, feliz.

Los recuerdos giran y se mezclan con otros posteriores. El brillo ahora es menor y me recuerda que este edificio no solo es el guardián de mis momentos felices, también fue testigo de la mayor pérdida de mi vida. Me digo que ha pasado mucho tiempo, que he aprendido a vivir con ello. Agarro la maleta con fuerza y, con ella traqueteando a mi espalda, camino hacia el portal. No obstante, mientras recorro los escasos metros que me separan de la puerta, busco el tacto frío de la llave en el bolsillo de mi abrigo y me aferro a ella como si fuese una boya que puede mantenerme a flote.

El ascensor ya no es el mismo. Eso es lo que me llama la atención cuando entro en el portal. No sé por qué me extraño, pocas cosas permanecen inmutables a lo largo del tiempo. Sin embargo, y a pesar de entenderlo, me molesta. No tiene sentido, pero lo hace. Parece que el universo quisiera recordarme que por mucho que lo intentes no puedes volver atrás. Con esa idea bailando en la cabeza, pulso el botón con el cuatro y me abrazo mientras siento que por cada piso que asciendo mis pulsaciones se aceleran un compás.

Salgo del ascensor e, igual que si lo hubiese hecho ayer por última vez, introduzco la llave y la giro en la cerradura. Empujo la puerta. La casa está en penumbra y el silencio me envuelve. Tanteo la pared y al encender la luz, como por arte de magia, retrocedo quince años. La oleada de recuerdos me golpea tan fuerte que me quedo paralizada en medio del recibidor con el corazón desbocado y la sensación de que mi padre va a aparecer por el pasillo en cualquier momento. Y al segundo siguiente, me sobreviene un sentimiento de pérdida tan abrumador e inesperado que tengo que hacer un esfuerzo para no doblarme por la mitad. Me apoyo en la pared y me concentro en que el aire llegue a mis pulmones.

Me cuesta varios minutos recuperar el control de mis emociones. Cuando siento que soy capaz de moverme de nuevo, respiro hondo y me centro en permitir a la luz que entre y espante a mis fantasmas. Levanto la persiana y el sol, libre de trabas, se cuela por los ventanales del salón. Me giro y observo el paisaje de mi infancia. Del mismo modo que me ha ocurrido con la ciudad, todo está igual y diferente a la vez. Son los mismos muebles, la misma alfombra donde me gustaba tumbarme a leer, el mismo suelo de madera que crujía por las noches. Y, sin embargo, hay algo, una sensación sutil, que no deja de recordarme que el momento ya no es igual; o quizá que soy yo la que miro diferente.

No quiero quedarme quieta, así que me muevo de habitación en habitación y continúo abriendo persianas. No hay una mota de polvo y el olor a limón del limpiador que siempre usábamos todavía flota en el ambiente. Me sorprende que todo esté impoluto y en un perfecto orden. Pero lo que me sorprende más aún es que mi madre se haya encargado de que alguien lo mantenga en ese estado. ¿Qué sentido tiene cuidar algo que has dejado atrás para nunca volver?

Me detengo frente al que fuera mi cuarto. Lo he dejado a propósito para el final. Abro despacio la puerta, como si temiese que los recuerdos que guarda vayan a saltar sobre mí, y entro. Los pósteres siguen llenando las paredes; montones de libros se amontonan en las baldas de la estantería; y la misma colcha de rayas cubre la cama, pero el piano no está. Me doy cuenta enseguida, como si no concibiese este espacio sin su presencia. Aunque, en realidad, lo que no concibo sin él es a mí. Irónico o no, hasta ahora ha sido lo único constante en mi vida.

Bostezo y recuerdo que, por el momento, no tengo que preocuparme de ello, pero sí debería hacerlo por necesidades más básicas como comer y dormir. Recupero mi maleta del suelo del recibidor y la dejo en una esquina. A pesar de haberme saltado la comida, no tengo hambre, pero

me pesa todo el cuerpo y el dolor de cabeza no ha desaparecido del todo. Definitivamente, comer puede esperar; dormir, no.

Saco el teléfono móvil del bolso y me tumbo sobre la cama. Antes de silenciarlo compruebo la pantalla. No hay llamadas ni mensajes, solo alguna notificación de redes sociales que prefiero ignorar. Suspiro, activo el modo avión y lo dejo sobre la mesa sin saber si me siento preocupada o aliviada.

## Capítulo 2

Vuelvo del colegio cogida de la mano de mi madre. Es mi cumpleaños; el sexto. Mientras tarareo en voz baja la canción de la última serie de dibujos animados que me tiene fascinada, voy saltando para no pisar las líneas de la acera. Cada vez que tengo que dar un salto grande, estiro el brazo de mi madre que me mira y chasquea la lengua. Yo la sonrío con dulzura y acompaso el paso al suyo hasta que me vuelvo a encontrar una nueva marca en la acera.

Estoy contenta. Mis padres me han dicho que me van a hacer un regalo especial. Yo he disimulado para no estropear la sorpresa, pero sé que es el perrito que llevo tanto tiempo pidiendo. Porque, ¿qué regalo puede ser más especial que ese? Mis amigas tienen hermanos y primos, pero yo solo tengo a mis padres. Bueno, y a los abuelitos que son los padres de mi padre, pero no viven en Madrid. La familia de mi madre está mucho más lejos, en Dinamarca, y casi ni los recuerdo; aunque mamá dice que el día que nació vinieron todos a verme. En la práctica, somos una familia de tres. Papá, mamá y yo.

Mi padre siempre llama a mamá su sirena. A mí me parece tan guapa como una. Tiene el pelo muy rubio y largo, y los ojos muy azules. Yo también tengo el pelo rubio y los ojos azules, pero mi pelo es más oscuro y rizado, y mis ojos menos claros. Toca el piano y canta igual de bien que Ariel. Él dice que no es por eso, sino porque la encontró en el mar.

Papá es profesor de literatura y le encanta contar historias. Cuenta que se conocieron en Málaga, en la playa, y se enamoraron tanto y tan fuerte que no pudo devolverla al mar, y no se han vuelto a separar. Luego nació yo y «el círculo de felicidad se completó». Eso me dice siempre mi padre. Y es cierto, nos queremos mucho, pero a veces, cuando estoy en mi habitación, me gustaría tener alguien solo para mí, alguien con quien jugar y a quien abrazar cuando estoy triste. Por eso, quiero un perrito. Y no me puedo creer que, después de pedirlo al soplar las velas en cada cumpleaños, mi deseo se vaya a cumplir. Las cosquillas que siento en la tripa casi no me dejan respirar.

Cuando llegamos a la puerta de casa, me cuelo por debajo del brazo de mi madre antes de que consiga sacar la llave de la cerradura, tiro la mochila a un rincón y corro por el pasillo. Sé que papá ya ha llegado porque puedo ver la luz de su despacho que se escapa por la puerta entreabierta. Me asomo sin hacer ruido y, en el momento en que levanta la vista de los exámenes que está corrigiendo y me mira, troto hacia él. Me atrapa al vuelo y me come a besos mientras me sienta en su regazo.

—¿Cómo le ha ido el día a la cumpleañera?

—Bien, he llevado «chuches» y me han cantado el Cumpleaños feliz. Me han puesto una corona y hemos bailado.

—Vaya, eso suena muy divertido.

—Me ha gustado.

Se acerca y me hace cosquillas con la nariz en el cuello.

—Seguro que sí.

—Christina, recoge la mochila y llévala a tu habitación. —Mi madre se inclina sobre mi

padre y le da un beso suave en los labios.

—Pero, mamá...

—Ahora, por favor. Luego puedes seguir hablando con tu padre. —Me acaricia el pelo y yo asiento fastidiada. Estaba a punto de preguntar por mi regalo.

Me levanto, sin muchas ganas, y voy hasta el recibidor arrastrando los pies. Recojo la mochila del suelo y vuelvo sobre mis pasos. Mis padres me siguen de cerca.

Recorro el pasillo con ellos pisándome los talones. Cada vez que me giro y los miro, me sonríen. A medida que nos acercamos a mi habitación, la sonrisa se hace más grande. Y entonces, me doy cuenta: ahí es donde está mi regalo.

Suelto la mochila y corro la distancia que me falta. Cuando me detengo frente a la puerta, me cuesta respirar y me siento tan nerviosa que me tiemblan las manos.

Entro en la habitación y estoy tan segura de lo que voy buscando, que en el primer vistazo no soy consciente de lo que veo. Sin embargo, cuando recorro el espacio una segunda vez, ya no puedo pasarlo por alto.

—¿Te gusta?

Mis padres me flanquean uno a cada lado con una sonrisa expectante en los labios. Asiento, sin saber muy bien qué decir, porque no es que tener un piano no me parezca algo fantástico; me gusta la música, me encanta acompañar a mamá a la escuela y sentarme con ella en la banqueta, que me enseñe pequeñas melodías y me fascina cómo se construyen y cobran vida con el movimiento de mis dedos sobre las teclas. Pero no es lo que deseaba y siento ese pequeño nudo de desilusión como un peso en el estómago.

—Vamos, acércate. —Mi padre me anima, su mano cálida sobre mi hombro.

Avanzo y me detengo junto al piano. Alargo el brazo de forma tentativa y deslizo las yemas de los dedos por la suave madera. Mi madre se coloca a mi lado.

—Ven, siéntate. —Palmea la banqueta a su lado y yo obedezco.

Me coloco como ella me ha enseñado y poso los dedos sobre las teclas con suavidad. La miro y asiente, alentándome. Me concentro y dejo que mis manos tomen el control. Las notas se elevan y llenan la habitación. Toco la pieza de memoria, como decenas de veces lo he hecho anteriormente con mamá, y, cuando termino, mis padres rompen en aplausos. Sus sonrisas orgullosas me caldean el pecho y sonrío.

—Es un regalo genial. Muchas gracias.

—Me alegra que te guste, cariño. —Mi madre me besa el pelo y yo le rodeo la cintura con los brazos.

Cuando nos soltamos, es el turno de mi padre que me abraza y me eleva del taburete para dejarme en el suelo un instante después, tras darme un sonoro beso.

—Y ahora, ¡la tarta! —Se inclina con los dedos en garras para hacerme cosquillas y yo chillo y corro hacia la cocina con él persiguiéndome. Mi madre nos sigue con una sonrisa en los labios.

Nos sentamos alrededor de la mesa. La tarta es de chocolate. Mi preferida. Mi madre enciende las velas y junto con mi padre me cantan el Cumpleaños feliz.

—Pide un deseo.

Cierro los ojos. Un piano es un buen regalo, pero mientras soplo las velas repito en mi cabeza: «que el año que viene sea un perrito, que el año que viene sea un perrito».

## *Capítulo 3*

La pantalla del teléfono móvil marca que son las nueve y media de la mañana. Por cómo ha cambiado la luz que se cuela por la persiana entreabierta, calculo que debo llevar cerca de dos horas despierta. Doy un par de golpes a la almohada, me giro hacia el otro lado y me coloco en posición fetal.

Aunque solo sea por la novedad que supone, debería estar disfrutando del hecho de no tener que madrugar, pero la verdad es que llevo rato luchando contra la necesidad de retirar las sábanas a patadas y saltar de la cama. En mi cabeza escucho la voz de mi madre: «Es la hora». Tres palabras, las mismas todos los días desde que puedo recordar. Me obligo a cerrar los ojos.

Abro los ojos completamente desubicada. En algún momento, he debido quedarme dormida de nuevo y durante unos instantes no sé dónde estoy. Con la práctica que da la costumbre de despertarse en hoteles de distintas ciudades a menudo, inhalo y exhalo despacio un par de veces y, poco a poco, todo vuelve. Los contornos de los muebles, los sonidos, tan cercanos y tan ajenos a la vez, se vuelven reconocibles. Estoy en casa. La única que hasta ahora he sentido que pueda llamar así.

Salgo de la cama y mi cuerpo se queja, todavía con resaca del cansancio del día anterior. Me estiro para devolverle la movilidad a mis músculos y me acerco a la ventana. Levanto la persiana y la luz del sol inunda la habitación. Como si fuera un nuevo ritual que he adoptado, bajo los párpados, me quedo quieta unos segundos y permito que su energía me recargue. Respiro y el olor de mi niñez llena mis fosas nasales, siento que parte de la tensión que siempre me acompaña se desvanece y soy consciente, por primera vez en mucho tiempo, de hasta qué punto he echado de menos estar aquí, esta sensación; cuánto lo he necesitado.

Se me nubla la vista y me sorprendo conteniendo unas ganas enormes de llorar. No entiendo qué es lo que me ocurre. Yo nunca lloro. Llevo años sin hacerlo. Lo achaco al estrés y al cansancio, pero no consigo engañarme; a lo largo de los años me he vuelto una experta en lidiar con ambos. Me conozco lo suficiente para saber que todavía no me siento preparada para ir más allá, así que bloqueo todo intento de introspección y pongo rumbo al cuarto de baño.

Frente al lavabo, coloco las muñecas bajo el agua y me mojo la cara. El frío me espabila y se lleva los restos de aturdimiento y sueño, pero no consigue deshacerse del todo de esas emociones viscerales e inesperadas que me asaltan desde que he llegado a Madrid y a esta casa. Por suerte, el cerebro no es la única parte de mi cuerpo que se ha despertado y mi estómago se impone al dar la señal de alarma con un rugido profundo, que me recuerda que llevo más de veinticuatro horas sin probar bocado. Doy las gracias a Maslow por permitirme centrarme en algo sencillo e inocuo, y pongo toda mi atención en ducharme y vestirme lo más rápido que puedo para ir en busca de algo que aplaque los lamentos de mi estómago.

En menos de media hora, estoy saliendo del edificio. El sol engaña y cuando abandono el resguardo del portal, el frío que me envuelve me obliga a abotonarme el abrigo hasta el cuello. Sonrío. No me importa que haga frío, siempre que no venga acompañado de lluvia. No me gusta la lluvia. La odio. Y no siempre ha sido así, pero hace una docena de años que se convirtió en un

recordatorio de todo lo que dejé atrás.

El barrio no ha cambiado tanto. Las aceras anchas bordeadas de árboles. Las fachadas con sus balcones de reja y piedra. El colegio San José haciendo esquina. Todavía reconozco algunos de los comercios; sus escaparates se mezclan con otros más nuevos: perfumerías, bancos, salones de juego, cafeterías con nombre de franquicia. Elijo una de estas últimas y entro.

El interior del local está bastante tranquilo, apenas hay una decena de personas repartidas entre dos mesas y la barra. Busco un lugar desde el que pueda ver la calle y me siento. Y mientras desayuno me dedico a observar a las personas que pasan por delante. Trato de adivinar dónde van, a qué se dedican, si son felices. Y me pregunto, si ellos se parasen a observarme, ¿qué verían? Ellos que no saben que soy Christina Suárez Brunn, la pianista. La que tiene talento, pero no el suficiente. La que lleva más de media vida moviéndose en el mismo pequeño mundo, pero no encaja. A la que nada de lo anterior parece importarle, porque nada le afecta.

Llevo tanto tiempo en el foco que me he acostumbrado a verme a través de los ojos de los demás. Me han construido a base de opiniones. Pero ninguno de esos juicios de valor es capaz de distinguir más allá de la coraza que he creado a medida para volverme invisible. Acaricio el pájaro en mi antebrazo. No saben nada de mí, de mis luchas, de mis monstruos. En mi mundo todos creen conocerme, que mi aspecto me define. Y no deja de resultar curioso, porque la mayoría de las veces, yo me siento casi una desconocida.

Termino de desayunar y permanezco sentada a la mesa. Jugueteo con el sobre de azúcar vacío mientras continúo mirando a los transeúntes. A medida que los minutos transcurren, una sensación desagradable se me instala en la boca del estómago. La reconozco, somos viejas amigas, se llama culpa. Cierro los ojos frustrada. Por primera vez, desde hace mucho, no tengo qué hacer ni dónde ir. No hay un piano, ni partituras, ni nadie esperándome. Soy dueña de mi tiempo y, sin embargo, no soy capaz de disfrutarlo.

El malestar continúa creciendo y siento que me tengo que mover. Pongo un billete de cinco euros en el plato junto a la cuenta, me levanto y salgo de la cafetería. Camino rápido, como si así pudiese dejar atrás mi desazón. Cuando me doy cuenta, relajo el paso. Hace tiempo que aprendí que no puedo huir de mis emociones, solo tratar de controlarlas.

El control es mi brújula, mi guía. En mi vida hay tantas cosas que no dependen de mí, que controlar las que sí lo hacen se ha convertido en una necesidad. Incluidos mis sentimientos. Por eso, hago una bola metafórica con lo que me preocupa y la mando a algún lugar recóndito de mi interior donde no pueda molestar.

Ya más calmada, recurro a mi lado práctico. Dejo de lado todo lo demás y me centro en lo inmediato; y eso pasa por llenar la nevera y la despensa. No hay nada más urgente y necesario en este momento que cubrir mis necesidades de higiene y alimento. Lo que me da un plan de acción: buscar un supermercado.

Encontrarlo me cuesta un paseo de veinte minutos, entre ida y vuelta, y darme cuenta de que, por lo visto, mis necesidades básicas son menos básicas de lo que parecen; si tengo en cuenta las cuatro bolsas que reparto entre mis dos manos y que apenas me dejan caminar. Las apoyo en el suelo frente al portal y me tomo un momento para que la circulación vuelva a mis dedos mientras busco las llaves. Cuando me inclino para recogerlas de nuevo, escucho una voz a mis espaldas.

—Trae. Deja que te ayude.

Al girarme, me encuentro con una chica, más o menos, de mi edad. Me sonríe mientras me quita dos de las bolsas de las manos y sujeta la puerta con el cuerpo para que pueda pasar. Antes de que consiga darle las gracias, la veo entrecerrar los ojos.

—¿Christina?

Me sorprende escuchar mi nombre. La miro extrañada mientras trato de ubicarla en algún lugar de mi memoria.

—Por supuesto que eres tú. —Su sonrisa se ensancha y dos hoyuelos aparecen en sus mejillas. Entonces, lo sé. No conozco a nadie más con esos hoyuelos.

—¿Elena?

Asiente y se ríe.

—¡Madre mía! Debe hacer una eternidad. ¿Cuánto? ¿Diez años? ¿Más?

—Más o menos.

—¡Mírate! Estás increíble. Un poco diferente de lo que recuerdo. —Señala el *piercing* de mi nariz—. Bueno, mejor míranos. ¿Dónde estarán esas enanas que jugaban con las *Barbies*? —Niega con la cabeza sin dejar de sonreír y yo le devuelvo otra sonrisa, porque resulta contagiosa y porque también me alegro de verla.

Elena forma parte de mis recuerdos bonitos de la infancia. Éramos vecinas, su puerta frente a la mía, y con ella compartí mis primeros juegos. Podría decir que fue mi primera amiga o, si voy un poco más allá, quizá la única que se merezca ese apelativo. Luego, tras la muerte de mi padre y la mudanza, todo cambió y nos distanciamos. De ella y del resto del mundo. Los horarios, los viajes y mi timidez siempre han jugado en mi contra.

La observo con detenimiento buscando a la niña que conocí. Su pelo castaño claro, ahora es rojo, y lo lleva largo por los hombros y con flequillo. Tiene los labios pintados del mismo tono que su melena y el delineador oscuro enmarca su mirada. No parece la misma persona. Sin embargo, por debajo de todos esos detalles sigue irradiando la misma energía. La puedo ver en sus ojos, en sus manos, cuando se mueve. Sí, sin duda, parte de la niña que conocí sigue en su interior.

Una vecina con un carrito de la compra se para delante de nosotras. Nos apartamos y pasa entre las dos con cara de pocos amigos. Elena hace una mueca.

—Creo que deberíamos dejar libre la puerta.

Ya sin ocultar la sonrisa, entra en el portal cargada con mis dos bolsas y yo la sigo al interior. Nos detenemos frente al ascensor.

—Entonces, ¿qué? ¿Has vuelto a Madrid?

Su mirada es amable, sin embargo, no estoy preparada para darle los detalles.

—He venido de visita.

Entramos en el ascensor y pulsa el botón del cuarto piso.

—Yo regresé hace poco. Mis padres se prejubilieron un año atrás. Querían marcharse a la playa y alquilar el piso. Yo necesitaba un lugar donde vivir después de dejarlo con mi novio y esta casa siempre me ha gustado.

—Lo siento. Lo de tu novio.

—No te preocupes. Era un gilipollas. Tardé tres años en darme cuenta, pero ahora que lo sé estoy mejor sin él.

El ascensor se detiene en nuestra planta y, antes de que pueda reaccionar, Elena carga de nuevo con dos de las bolsas hasta dejarlas sobre mi felpudo.

—Entonces, ¿vas a quedarte algún tiempo?

—La verdad es que aún no lo sé.

—Bueno, no importa, antes de irte tenemos que tomar un café o unas copas o cenar o lo que quieras. —Revuelve en su bolso y saca el teléfono móvil y un juego de llaves—. Dame tu número y te hago una perdida, aunque también puedes llamar a la puerta cuando quieras.

Teclea los dígitos que le dicto y unos segundos después mi teléfono me vibra en la mano.

—Te tengo —lo dice con una sonrisa antes de darme un abrazo que le devuelvo un poco envarada. Siempre me ha costado lidiar con las muestras de cariño tan evidentes.

Me despido de Elena y entro en casa. Mientras coloco la compra, pienso en la casualidad de que las dos estemos aquí de nuevo y en cuánto me ha gustado volver a verla. También en que quizá sea una señal, una buena, de que no me equivoqué cuando decidí coger ese avión.

El resto del día pasa lento. Y aunque trato de mantenerme ocupada: cocino, veo una película, me doy una ducha y me pongo mascarilla en el pelo y crema en la piel... las horas se amontonan una tras otra y me empiezan a pesar. Me siento frustrada. Pero no solo eso, entremedias de esa frustración todavía soy capaz de detectar el pellizco de culpa. Esa vieja amiga que siempre me acompaña. Por no estar donde debo, por no ser suficiente. Da igual lo que haga, siempre hay un motivo.

Cojo un libro de la estantería y me acurruco con él bajo las mantas, buscando en la literatura ese refugio que me es tan conocido. Apenas lo he abierto y empezado a leer, cuando el timbre del teléfono rompe el silencio de la habitación. No me hace falta mirarlo para saber quién es, pero aun así lo hago. No hay sorpresas.

«Mamá».

Lo leo en la pantalla una y otra vez mientras dejo que suene. Cuando, por fin, se detiene, los latidos de mi corazón sustituyen a su sonido en mis oídos. No puedo hacerlo. Todavía no soy capaz de enfrentarme a ella, a sus palabras, a sus silencios. O puede que quiera castigarla, precisamente por ellos. Tras unos segundos, inhalo profundo y, antes de arrepentirme, escribo dos palabras y le doy a enviar:

«Estoy bien».

Una hora después, continúo en el primer capítulo. Me incorporo en la cama y cojo el teléfono móvil que descansa sobre la mesilla de noche. Abro el buzón de correo y tecleo unas cuantas frases. Me tumbo de nuevo y aprieto los ojos con fuerza. Después de tantos años luchando contra mi madre, solo he necesitado dos días lejos de ella para darme cuenta de que no solo ella es el enemigo a batir. He interiorizado tanto sus metas, sus rutinas, su perfeccionismo que ya no hace falta que la tenga cerca para que me los recuerde, ya puedo hacerlo solita, porque en mi cabeza no hay diferencia, no sé dónde acaba ella y empiezo yo.

## Capítulo 4

Tengo diez años y estoy sentada frente al piano. Los brazos me pesan como si tuviese colgado de cada uno un saco de arena y, cada vez que me muevo, parece que unos alfileres muy finos me traspasan la piel hasta tocar hueso.

—Ponte recta.

Mi madre me observa sentada en una silla junto a mí.

—Estoy cansada, mamá.

—No puedes dejarlo todavía, Christina. Falta media hora.

Mi madre es inflexible con los horarios. Dice que el talento sin disciplina no vale para nada. Ella cree que el talento ya lo tengo y que su tarea, entre otras más técnicas, es inculcarme la disciplina. Hago un nuevo intento, aunque sé de antemano que no me valdrá de nada.

—Pero es que no me encuentro bien.

Alarga la mano y me toca la frente.

—No tienes fiebre. Solo es un poco de cansancio. —Me acaricia el pelo—. Haz un último esfuerzo.

No quiero esforzarme más, pero tampoco quiero decepcionarla. Asiento, coloco las manos sobre las teclas del piano y empiezo a tocar.

Termino la clase con la sensación de que me voy a desmontar. Me duelen la cabeza, los brazos, las manos. En realidad, no hay una parte del cuerpo que no me duela. Mi madre se marcha a guardar las partituras y yo me dejo caer en la cama y cierro los ojos.

Cuando los vuelvo a abrir parece que me hubiesen prendido fuego. Intento llamar a mi madre, pero el dolor en la garganta me apaga la voz.

—Estoy aquí —murmura su voz suave cerca de mi oído.

Me hace tragar una pastilla, coloca algo frío en mi frente y, al poco rato, el alivio y el tacto de su mano envolviendo la mía logran que me entregue de nuevo al sueño.

El episodio me obliga a permanecer cinco días en cama. Después de las primeras cuarenta y ocho horas, la fiebre remite y solo me quedan un cansancio enorme, unas amígdalas que parecen pelotas de pimpón y tiempo, mucho tiempo que llenar mientras me recupero. Y, como puedo elegir, lo hago, lo lleno leyendo.

Si hay algo que destaque en mi habitación, además del piano, son los libros. Tengo decenas de ellos. De todos los géneros, colores y tamaños. Tantos que mi padre ha decidido convertir una pared completa en librería, con estantes que van del suelo al techo. Por ahora, solo están llenas las primeras baldas y eso es lo que más me gusta, poder elucubrar acerca de qué historias la llenarán, cuál será mi próximo destino, porque en los libros todas las opciones están abiertas.

La puerta de mi habitación se entreabre y la cabeza de mi vecina Elena asoma por la abertura. Lleva una diadema con antenas terminadas en estrellas y un tutú azul sobre unas mallas del mismo color. Me sonrío al verme tumbada en la cama, todavía con el uniforme del colegio, con un libro sobre el regazo. Un instante después, está tumbada a mi lado.

—¿Qué lees?

—La historia interminable.

—¿Y te gusta?

—Mucho. Hay un dragón volador y un niño y una emperatriz.

Estudia la cubierta con los ojos entrecerrados y asiente en señal de conformidad.

—¿Por qué estás vestida así?

—Hoy he vuelto al colegio. ¿Y tú por qué estás vestida así? —le pregunto yo también.

—Vamos a ir a la bolera.

Sacudo la cabeza, nunca soy capaz de seguir su lógica.

—Mi madre ha dicho que puedes venir.

Miro a mi amiga y luego al piano, silencioso en su rincón. Me gustaría. Me gustaría mucho, pero sé que tengo que practicar. He perdido una semana completa por mi enfermedad y mi madre quiere que me ponga al día. Me lo ha dicho antes de marcharse a la reunión de la escuela.

—¡Christina! —Elena chasquea los dedos frente a mis ojos.

Pestaño y enfoco la vista de nuevo en mi amiga. ¿Podría? Me muerdo el labio, indecisa. ¿Podría?

—Tengo que preguntar a mi padre.

—¿Y a qué estás esperando? —Impaciente, me quita el libro de las manos y me da un empujón en el hombro para que me baje de la cama—. Espabila, que no tenemos todo el día.

Recorro el pasillo con pasos inestables. Me detengo delante de la puerta abierta del despacho. Le veo concentrado tecleando en el ordenador.

—¿Papá?

Levanta la vista de la pantalla y, cuando me ve, esboza una sonrisa.

—Dime, cariño.

A pesar de la distancia, puedo distinguir unas leves sombras oscuras bajo sus ojos. Dos mechones rebeldes se elevan en el centro de la frente, como si se hubiese pasado la mano por el pelo repetidas veces. El corazón se me acelera. Trago saliva, los nervios me han secado la garganta.

—La madre de Elena me invita a ir con ellas a la bolera.

—¿Has terminado todas tus tareas?

No quiero mentir, así que me limito a hacer un movimiento vago con la cabeza.

—Entonces puedes ir. Dile que me llame si necesita que luego vaya a buscaros.

—Vale.

Me doy la vuelta antes de que la culpabilidad que noto en forma de calor en las orejas me delate.

—¿Christina?

Me detengo en mi huida y espero quieta como una estatua. El pulso me late en los oídos.

—¿Sí?

—Pásalo bien.

Respiro hondo y cierro los ojos un instante, antes de salir corriendo hacia mi habitación. Elena, que está sentada sobre la cama, se arrodilla al verme entrar.

—¿Y bien?

—¡Vamos a jugar a los bolos!

Con una risa, se deja caer sobre el colchón. Me río con ella. Cuando se sienta de nuevo me mira y dice:

—Pero te cambiarás de ropa, ¿no?

Dos horas después, pulso el timbre de casa con las mejillas sonrosadas, una sonrisa tatuada en

los labios y la clara sospecha de que cuando me levante mañana voy a tener agujetas en la tripa de tanto reír. Elena espera a mi lado acompañada por su madre, Victoria. Su aspecto es similar al mío, con la diadema ladeada y los hoyuelos marcados en sus mejillas coloradas. Me siento feliz. Pero, cuando la puerta se abre y veo a mi madre, la felicidad es sustituida por el peso de mi delito que rueda desde el recóndito rincón de mi memoria donde lo he apartado hasta mi estómago y se queda ahí como una pequeña bola de plomo.

Permanezco quieta en el recibidor, sintiéndola girar sobre sí misma, mientras mi madre le da las gracias a Victoria y se despide de ella. Cada vez coge más velocidad. Y cuando la puerta se cierra y mi madre me mira, se ha convertido en un pequeño tornado de plomo. Busco sus ojos y espero con las manos apretadas tan fuerte que las uñas se clavan en la piel. Sus ojos me recorren el rostro y el pelo. Pasa una mano por mi melena, alisándome los mechones, se agacha y se señala la mejilla.

—Dame un beso, anda, y métete en la ducha que ya casi es hora de cenar.

Estoy tan preparada para aguantar la reprimenda que, durante un instante, no reacciono.

—Es para hoy, Christina. —Mi madre arquea una ceja y el movimiento me saca del trance. Asiento y salgo corriendo pasillo adelante con la bola de plomo convertida en pequeñas canicas que cosquillean por mi buena fortuna.

Me ducho rápido, me enfundo el pijama y pongo rumbo a la cocina. No quiero tentar a la suerte y que la reprimenda de la que me he librado antes venga multiplicada por dos. Mi madre está terminando de colocar los vasos en la mesa y mi padre se acerca con el último plato servido. Me siento en mi sitio. Mis padres lo hacen unos segundos después.

—¿Lo has pasado bien, cariño?

Miro a mi padre y asiento con una sonrisa.

—Mucho.

Entre bocado y bocado les resumo mi tarde. No hay ninguna alusión a mi falta. Yo hago como si hubiese olvidado que hoy tenía práctica de piano y mis padres tampoco lo sacan a relucir.

El resto de la noche transcurre con normalidad y cuando me marchó a la cama, me he olvidado por completo de todo el asunto.

Un rato después, estoy leyendo un libro nuevo que me han mandado mis abuelos. Me quedan dos páginas para terminar el primer capítulo, pero no me puedo concentrar; noto la garganta seca y el estómago pesado, seguro que por todas las guarrerías que he comido esta tarde. Me incorporo un poco, coloco las almohadas y trato de centrarme en la página que tengo delante. Resulta imposible. Cierro el libro y me coloco de lado. La lengua parece de toalla. Necesito un vaso de agua.

Salgo de la cama y avanzo por el pasillo sin encender ninguna luz; la claridad que sale del salón ilumina lo suficiente para servirme de guía. Camino sin hacer ruido para no alertar a mis padres. Puedo escuchar el murmullo de sus voces. A medida que me acerco, el murmullo se vuelve más nítido.

—Tienes que apoyarme, César.

—Y lo hago. Siempre.

—A mí no me lo parece. Te ha engañado y se ha saltado la práctica.

—Ya te he dicho que mañana hablaré con ella acerca del tema de las mentiras.

—No lo entiendes. No es solo eso. Tiene que ser responsable. Es su futuro.

—Karen, es una niña.

—Y tú eres demasiado blando con ella.

No me atrevo a escuchar más. Vuelvo en silencio sobre mis pasos y me meto en la cama. Me acurruco en posición fetal cubierta hasta la barbilla y cierro los ojos. Me duele el estómago, pero ya no tiene nada que ver con lo que haya comido o dejado de comer, sino con la culpa. La siento crecer y subir por la garganta, y seguir más arriba hasta escapar en forma de lágrimas por mis párpados cerrados.

El sol apenas ha salido cuando me levanto. Cojo una chaqueta, me la pongo y me siento frente al piano. No he dormido bien y me duele la cabeza, pero lo ignoro y toco. Toco porque prefiero sentir el dolor físico que el que siento en mi interior al oír discutir a mis padres, al sentir que los decepciono.

## Capítulo 5

Anna Baumann me observa desde el otro lado de la mesa de su despacho en la Escuela Superior de Música Reina Sofía. A pesar de mis veintisiete años, me hace sentir como si fuera de nuevo la adolescente díscola de dieciséis que acaba de llegar a Berlín. Le sostengo la mirada en un juego que hemos practicado decenas de veces durante los cuatro años en los que fui su pupila. Siempre era así, Anna tratando de ver a través de mí y yo sin saber qué cara encontraba. Termina por sonreír y yo la acompaño.

—Me alegra verte, Christina.

—Gracias. A mí también.

No miento. De todas las personas que se han encargado de mi formación, Anna es la única a la que recuerdo con cariño. Quizá porque me prestó la suficiente atención para ver más allá de mi rebeldía. Seguro que porque posee una sensibilidad e intuición que logran que conecte con los demás de una manera que a mí me resulta incomprensible. También lo consiguió conmigo. A pesar de mis hormonas, del alto nivel de exigencia, de la adaptación a un país nuevo, las horas que pasaba dando clase con Anna conseguían sumirme en una especie de calma. Ponerla en mi vida es una de las pocas cosas que tengo que agradecer a mi madre.

—La verdad es que me sorprendió leer tu correo. No sabía que estabas en Madrid.

—Sí, bueno, ha sido un cambio de última hora. —Me remuevo incómoda en la silla, supongo que Anna es una de las pocas personas que me conocen lo suficiente como para detectar mis mentiras.

El silencio se extiende unos segundos, imagino que mientras trata de leer entre líneas.

—¿Cómo te va todo?

El brillo de preocupación que capto en su mirada me pone a la defensiva. Aventuro que la parte pública de los motivos que me han llevado a montarme en un avión, casi con lo puesto, camino de Madrid, ya es *vox populi*.

—Bien.

Me mira seria, por un segundo parece que va a insistir, pero termina por no hacerlo. Sabe, por experiencia, que cuando me cierro en banda no hay nada que hacer.

—Y ¿cómo está Karen?

Una sensación amarga me sube por la garganta al escuchar el nombre de mi madre.

—Como siempre, ya la conoces. Me gusta. —Señalo a mi alrededor—. El despacho.

—Gracias. Va con el puesto. Tengo menos tiempo para el piano y conlleva más papeleo, pero a mí también me gusta —responde con una sonrisa.

—¿Siempre viajas con ellos a cuestas?

Anna sigue mi mirada y su sonrisa se extiende al llegar a la vitrina atestada de premios y reconocimientos.

—¿Tú qué haces con los tuyos?

—Los segundos premios no se merecen una vitrina.

Apoya la barbilla sobre sus manos unidas y busca mis ojos.

—Veo que hay cosas que no cambian.

Anna es la única persona que conoce mi secreto. Solo se lo he confesado a ella. Una vez, la única que me permití decirlo en voz alta.

Nos mantenemos la mirada un instante y, cuando pestañea y se apoya en el respaldo de la silla, sé que va a darme una tregua.

—Cuéntame, Christina, ¿qué es lo que necesitas?

—Un piano y una sala para ensayar—expongo concisa.

Comprueba algo en la pantalla de su ordenador y luego me regala una sonrisa.

—Creo que puedo arreglarlo.

Media hora más tarde, estoy sola en una de las salas de ensayo. Es moderna y funcional, con el suelo de madera oscura y las paredes pintadas de blanco. Anna se ha marchado después de enseñarme la Escuela y traerme hasta aquí. Miro el piano que espera silencioso en su rincón y, por un instante, pienso en darme la vuelta y salir por donde he entrado. Pero no me marchó. Nunca lo hago. Esta es la esencia de mi vida, lo que la define, esta eterna contradicción entre lo que quiero hacer y lo que, finalmente, hago. Quizá porque lo que quiero hacer, más allá de lo inmediato, es un misterio incluso para mí. Por eso nunca me voy, o, al menos, es uno de los motivos. Por eso tampoco me marchó esta vez, solo saco una partitura de la mochila y me siento frente al piano.

—Disculpa.

Levanto los ojos del pentagrama y, con los dedos todavía suspendidos sobre las teclas que no me ha dado tiempo a tocar, me giro en la banqueta. Un chico me observa desde la puerta de la sala. En un examen rápido, le etiqueto, con su pelo castaño con raya al lado y su aspecto de catálogo de Tommy Hilfiger, como una pieza más del grupo homogéneo que se mueve por los pasillos de la Escuela, de esta y de casi todas las que he pisado. Parte de un puzle en el que nunca he encajado.

—¿Puedo ayudarte?

Mi voz le pone en movimiento. Avanza hasta mi posición y me tiende una carpeta de cartón con el logotipo de la Escuela.

—Anna me ha pedido que te entregue esto. Son los horarios y otra información de interés.

Extiendo la mano, cojo la carpeta y ojeo su contenido por encima. Cuando levanto la vista, continúa de pie a mi lado. Alzo una ceja interrogante y sus labios se extienden en una sonrisa.

—Por cierto, soy Sergio.

—Christina —digo sin moverme de mi asiento, más por mi dificultad en las distancias cortas que por el hecho de mostrarme antipática.

—Lo sé.

Son solo dos palabras sin ninguna entonación especial, pero me hacen replegarme sobre mí misma. Logran que me sienta incómoda, en desventaja. Por costumbre, mis barreras se alzan y yo me parapeto tras ellas. Apoyo la carpeta en la banqueta, cruzo los brazos y lo miro sin pronunciar una palabra. Él me sostiene la mirada. Su expresión es serena y no cambia en ningún momento. Parece que, sea cual sea la imagen que tiene de mí, no le impresiono demasiado. Tras unos segundos, rompe el silencio.

—Me ha dicho Anna que vas a quedarte un tiempo con nosotros. Si necesitas algo, cuando no estoy dando clase, suelo ensayar en la sala de al lado.

Como si ya me hubiera calado y supiera que no la va a recibir, no espera mi respuesta. Se limita a esbozar media sonrisa y, con un gesto de la mano, se despide y me deja sola de nuevo.

Me quedo mirando la puerta por donde ha salido y un sonido mitad bufido, mitad risa escapa de mi boca. Mi propia reacción me pillaba desprevenida. Es raro que alguien me sorprenda y él lo ha conseguido en escasos dos minutos.

Niego con la cabeza con la sombra de una sonrisa todavía en los labios y me sacudo el desconcierto, antes de volver de nuevo mi atención al piano.

El resto de la mañana lo paso metida en la sala de ensayo. Solo me decido a salir cuando el hambre es tan evidente que el estómago me empieza a doler. Son más de las tres de la tarde y el sol brilla alto en el cielo. Me digo que después de sufrir el clima de Berlín y Londres tanto tiempo, ahora que estoy aquí, tengo la obligación de disfrutarlo, así que entro en una cafetería y pido una Coca-Cola y dos sándwiches para llevar.

Mientras espero a que me los preparen, me aparto a un lado y dejo que mi vista vague alrededor. Me fijo en un grupo de dos chicos y una chica al fondo de la sala. Deduzco que son alumnos de la Escuela por las carpetas, iguales que la que guardo en mi bolsa, que tienen sobre la mesa. Los observo durante un rato. Y, a medida que lo hago, mientras ellos charlan, bromean y ríen, una emoción va asomando y tomando fuerza en mi interior.

No es que no la reconozca, es otra de mis compañeras de viaje habituales. A estas alturas de mi vida, mi mochila emocional está tan llena que hay veces que me pregunto cómo su peso me permite mantenerme en pie. Por eso, no me sorprende que la soledad haga acto de presencia. Lo que sí me coge desprevenida es la fuerza con la que me asalta, como si, de pronto, me hubiesen sumergido en un río de agua helada y el frío se filtrase por todo mi cuerpo a través de mi piel.

De forma inconsciente, aprieto el abrigo contra mí, pero el frío no se va. Y no lo hace hasta que llevo un buen rato sentada en un banco bajo el sol. No obstante, aunque el calor vuelve a mi piel, la sensación de soledad se queda conmigo. Y entiendo su dimensión física, porque es cierto que estoy sola aquí en Madrid. Pero ese no es el problema; esa es una soledad elegida, me doy cuenta de que incluso necesaria, si quiero tiempo fuera de la estricta rutina que dirige mi vida para aclarar la maraña de emociones que se enredan en mi interior. Sin embargo, la que me hace sentir pequeña, irrelevante y aislada, aunque me encuentre rodeada de gente; la que lleva años ahí como un dolor sordo con el que te acostumbras a vivir. Esa, ahora, se ha convertido en una herida abierta y no sé cómo hacer que deje de sangrar.

Hago una bola con el papel que recubría los sándwiches, lo guardo en mi bolsa para tirarlo después y me levanto. Mientras desando el camino hacia la Escuela, pienso que en realidad no es necesario que vuelva, nada ni nadie me obligan a hacerlo, hoy al menos. Podría coger el Metro, irme a casa y pasar la tarde tumbada en el sofá viendo películas. Podría, incluso, dormir la siesta y luego darme un baño con la bañera llena de espuma. O pasarme la tarde leyendo. Coger un libro de la estantería de mi cuarto, tumbarme con una manta y perderme entre sus páginas, sin prisa, hasta que mis ojos cansados me digan que no pueden más. Hace años que no lo hago, tantos que ni recuerdo la última vez.

El edificio de la Escuela aparece delante de mí y me detengo. Aprieto los labios. Dudo. Miro el reloj y luego a la puerta de entrada, y me digo que también podría terminar la pieza en la que he estado trabajando esta mañana y luego hacer cualquiera de las cosas que venía pensando. Sería una hora, hora y media como máximo. Lo que dejo de lado es que, por el momento, no me siento capaz de volver a una casa vacía y prefiero sepultar mis sentimientos bajo capas de rutinas aprendidas.

## Capítulo 6

Estoy sola en el aseo de mujeres del Vienna Konzerthaus. Participo en el concurso de piano para jóvenes talentos. No es mi primera vez, a mis quince años ya he pasado por esta tortura más veces de las que me hubiera gustado; por las interminables horas de ensayo, las expectativas. Respiro hondo y apoyo las manos a los lados del lavabo. No quiero estar aquí.

Me miro en el espejo y me veo como una caricatura de mí misma, con la piel pálida y los ojos tan abiertos que parecen ocupar toda mi cara. El moño tirante y el vestido negro tampoco ayudan. Odio el negro. No por el color en sí, sino porque hasta ahora siempre viste los momentos en los que no quiero estar. El primero fue el funeral de mi padre, hace ya casi tres años, y ahora me acompaña cada vez que tengo que sentarme frente al piano para que decenas de personas me analicen, diseccionen y juzguen.

La puerta se abre y me enderezo de golpe. Una chica un poco más mayor que yo, a la que conozco de vista, me saluda en inglés y yo le devuelvo el saludo. No quiero darle pie a entablar una conversación, por corta y trivial que sea, así que bajo la mirada y finjo que me lavo las manos mientras ella entra en uno de los cubículos. En cuanto cierra la puerta, me seco las manos a toda prisa, inspiro hondo y salgo del aseo. Es hora de volver.

Los pasillos están casi vacíos. A medida que me acerco al auditorio, el sonido de la música se vuelve más nítido. Busco a mi madre con la mirada y cuando la localizo camino hacia ella. Me detengo a su lado, está concentrada en lo que ocurre en el escenario y apenas me dedica una mirada rápida.

—¿Dónde estabas? Ya casi es tu turno.

—He ido al baño.

—¿Te encuentras bien?

Nada de lo que pasa por mi cabeza resulta adecuado para esta conversación. Sé lo que quiere escuchar, así que me limito a asentir y fingir que me concentro en la pieza que ejecuta mi rival. Pero lo cierto es que estos momentos, mientras espero a que alguien pronuncie mi nombre para subir al escenario a tocar, los vivo con las emociones desbordadas, deslizándose a toda velocidad por una montaña rusa llena de subidas y bajadas en las que cada sentimiento o pensamiento no puede ser más opuesto al anterior. Anhelo, miedo, inseguridad, emoción. Anhelo estar en otro lugar y a la vez siento miedo de no poder ganar. No quiero exponerme y, sin embargo, deseo demostrar a todos los que puedan dudarlo y a mí que tengo suficiente talento, que soy valiosa.

Los aplausos suenan y salgo de mi cabeza. Los nervios hacen que se me forme un nudo en la boca del estómago. Es mi turno. Siguiendo la tradición, mi madre me besa en la mejilla y me susurra un «brilla» que se queda flotando a mi alrededor y me acompaña hasta que tomo asiento en la banqueta frente al piano. Los aplausos se acallan y cuando coloco los dedos sobre las teclas el silencio es total.

Me he preparado una pieza de Mozart, un vals de Chopin y algo de Listz. Cuando las primeras notas de Mozart se elevan desde las cuerdas del piano y comienzan a llenar el auditorio mis miedos vuelan con ellas. Poco a poco, la emoción ocupa su lugar y permito que vaya desde

mi corazón a mis dedos.

Me deslizo por las piezas con confianza y expresividad, tan en sintonía con la música que no me doy cuenta de que he equivocado una nota del vals hasta unos instantes después de haberla tocado. La sorpresa da paso al enfado y hace que pierda la concentración.

Termino con Chopin y empiezo con Listz, pero ya no siento la música igual. Mis movimientos se vuelven más mecánicos y pesados. Y cuando la última nota desaparece y el público comienza a aplaudir, lo único que quiero es bajar de este escenario para no volver a subirme a otro nunca más. «Dios, que se acabe ya».

Mientras espero sentada en la butaca junto a mi madre a que anuncien los ganadores, lo único en lo que puedo pensar es en salir pitando de este auditorio. Veo a uno de los jueces acercarse al micrófono. Se dirige al público en inglés, aunque para mí podría haber sido perfectamente en chino, ya que en mi cabeza solo escucho un zumbido. «Dios, que se acabe ya».

Salgo del auditorio sujetando el trofeo que atestigua mi tercer puesto. Cualquiera se sentiría orgulloso, sin embargo, para mí es solo un recordatorio más de lo que no soy capaz de hacer.

Nos montamos en un taxi y hacemos el trayecto hasta el hotel en silencio. No quiero llorar y sé que, si intento pronunciar una sola palabra, no seré capaz de contenerme. Mi madre me acompaña en mi silencio. Aun así, no lo logro. En el instante en el que la puerta de la habitación del hotel se cierra a mis espaldas, las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas. Ella se acerca, posa sus manos en mis hombros y busca mis ojos.

—Llora si quieres. Está bien. El dolor es bueno. Puedes usarlo en tu beneficio. Cuando quieras dejarlo, cuando quieras darte por vencida, recuerda este dolor y que no quieres volver a sentirlo, entonces, haz todo lo que puedas por evitarlo. Ponte a trabajar. Trabaja más y más duro y así no dolerá. —Me besa la coronilla y desaparece tras la puerta del cuarto de baño, dejándome a solas con sus palabras y con una rabia que no sé cómo manejar.

Me seco las lágrimas de dos manotazos y me siento en la cama con el trofeo aún en las manos. Siento como si todo mi interior estuviese en carne viva. Una herida que se abre una y otra vez, y se hace más grande con cada nueva marca. Una herida que va a terminar por partirme en dos. Levanto el trofeo, lo miro unos instantes y luego lo dejo caer. El impacto contra el suelo hace que se rompa en dos partes. Siento un pinchazo de satisfacción. Ahora estamos los dos iguales.

## *Capítulo 7*

El sonido de la alarma del teléfono móvil se abre paso por la bruma en mi cabeza y me saca de una noche llena de pesadillas. Me incorporo y me paso las manos por la cara para espantar los monstruos que todavía me rondan. Es mi quinto día en Madrid. El primero en el que el sol no me saluda cuando miro por la ventana; unas nubes oscuras, que amenazan lluvia, lo cubren. Me recuerda al cielo de Londres y, por extensión y sin que pueda evitarlo, a mi madre y los motivos por los que estoy aquí.

Todavía no la he llamado y soy consciente de que no puedo posponerlo para siempre, pero solo pensar en escuchar su decepción provoca que una bola de ansiedad y otras emociones que todavía no he sido capaz de pararme a analizar se asiente en el medio de mi pecho. No obstante, saber que no tengo por qué enfrentarme a ella en este momento rebaja parte de esa tensión y me da cierta paz.

Cada vez estoy más segura de que volver a Madrid ha sido la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. La distancia y la sensación de pertenencia son las mejores medicinas para mis males ahora. Aunque no olvido que esto es solo una solución temporal. Que me muevo en un limbo y llegará el momento en el que tenga que enfrentarme a mis monstruos y decidir. Y que, mientras encuentro las fuerzas para hacerlo, continúo refugiándome en esa rutina que tantas veces me asfixia y que ahora elijo por conocida, por interiorizada y porque es lo único que, bien o mal, sé hacer.

No se me escapa la ironía, pero decido dejar la sesión de auto flagelación para otro momento cuando un trueno rompe el hilo de mis pensamientos y llena el silencio de mi habitación. Miro otra vez por la ventana y un relámpago ilumina el cielo. La tormenta debe estar cerca. Me saco el pijama a tirones, lo dejo caer sobre la cama y corro hacia el cuarto de baño. Lo último que me apetece es empezar la mañana caminando bajo la lluvia.

En el momento que piso la calle, el olor a tierra mojada me envuelve. Miro al cielo, cada vez más oscuro, con la esperanza de que las nubes aguanten la lluvia un poco más y emprendo mi camino a paso rápido.

Puedo ver la boca de Metro a lo lejos, cuando otro trueno retumba sobre mi cabeza. Levanto la vista y acelero el paso. Una gota me toca al tiempo que poso el pie en las escaleras. Bajo los escalones de dos en dos y cruzo las puertas de entrada con el corazón acelerado, pero seca por completo. Automáticamente, una sonrisa se dibuja en mis labios.

De camino hacia el andén, me cruzo con un par de músicos que regalan su talento a cambio de unas monedas. Me acerco con la intención de contribuir a su causa y seguir mi camino, pero el último de ellos consigue que me detenga. Es la primera vez que lo veo y no toca la guitarra ni un teclado, toca ni más ni menos que el violín. Pero no es el instrumento lo que consigue que me pare, sino él, el músico que interpreta. La expresión de su rostro. La pasión que traspasa cada nota y la dota de una sensibilidad que parece acariciar mi piel.

He visto grandes intérpretes en mi vida. Mucho mejores si hablamos de técnica. Sin embargo,

no tantos capaces de transmitir a ese nivel. Él no intenta capturar las emociones, sino que se convierte en ellas. Toca como si no existiese nada más en el mundo que él y su música. Su música sale del corazón y deja de ser solo música para convertirse en algo más allá, algo que transforma. Hace una cosa que a mí me resulta imposible. Hace pura magia.

Le miro cuando termina la pieza y abre los ojos. Sus labios se curvan en una sonrisa tímida al escuchar los aplausos. Después de dar las gracias, comienza a recoger. El pequeño grupo que se ha congregado a su alrededor se dispersa, pero yo todavía permanezco unos segundos observándolo. Tratando de averiguar qué es eso que lo diferencia de mí.

Ya sentada en el vagón no consigo quitármelo de la cabeza. Todavía puedo sentir la música en mi interior. Esa que yo nunca seré capaz de tocar ni con cien mil horas de ensayo, la que me recuerda que hay algo que falla o falta dentro de mí. Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el cristal. Siempre me he sentido una farsa, pero en momentos como este ese sentimiento me envuelve y me asfixia.

Cuando abandono el subsuelo madrileño y salgo de nuevo a la calle, ya no son las del cielo las únicas nubes negras que me acompañan. Me arrebujó en mi abrigo del aire frío que se ha levantado y avanzo rápido entre la gente, tratando de volverme invisible para los demás, pero sobre todo para mí misma.

La primera gota cae, sin avisar, cuando llevo recorrido un tercio del camino. Tras ella, las demás se precipitan de golpe y con violencia, y empapan en segundos las calles. Aunque corro todo lo deprisa que me permiten mis piernas, atravieso la puerta de la Escuela empapada, con el agua chorreando por el pelo y la cara, y la parte baja de los pantalones vaqueros pegada a la piel.

Voy directa a la sala de ensayo. Los pasillos están llenos a esta hora y tengo que esquivar pequeños grupos cada dos pasos, y mientras lo hago pienso que de entre todas estas personas yo soy la única que no sabe qué hace aquí. Cuando por fin llego a la puerta, tengo frío y ganas de gritar.

La sala de ensayo es un microcosmos al que no consigue acceder el ruido del exterior. Avanzo en el silencio, me dejo caer en el sofá azul de dos plazas todo lo larga que soy y cierro los ojos mientras pienso que ojalá estas paredes también consiguiesen aislarme del ruido en mi cabeza.

El sonido de la puerta me hace abrir los ojos. Me incorporo y veo al chico del otro día avanzar directo hacia el piano y dejar algo sobre la banqueta. Cuando se gira para marcharse, me encuentra mirándolo y la sorpresa hace que se pare en seco. El desconcierto le dura apenas un segundo, el que tarda su sonrisa en aparecer.

—Perdona, no quería molestarte. Pensé que no había nadie.

—No importa. Acabo de llegar. —Me siento y me paso la mano por el pelo.

Él sigue mi movimiento y sus ojos van desde mi melena empapada hasta la punta de mis zapatillas igual de mojadas.

—Veo que te ha pillado la lluvia.

—Sí, a mitad de camino.

—Iba a ir a por un café. Creo que te vendría bien uno. ¿Con leche?

Estoy a punto de decirle que lo único que quiero es estar sola, pero tengo frío y la oferta resulta demasiado tentadora, así que termino aceptando con un escueto «sí, gracias». Él asiente en respuesta y antes de que me dé cuenta ha abandonado la sala.

Me quedo inmóvil sentada en el sofá, con la mirada anclada en la puerta por la que ha salido, aunque en realidad no veo nada, hasta que un escalofrío me saca del trance. Me levanto del sofá. Las gotas que caen de mi pelo han empezado a colarse por el cuello del abrigo y puedo notar su

humedad en la piel, así que me libero de la prenda mojada y la cuelgo lo más extendida que puedo en el perchero. Luego me deshago la coleta y me sacudo el pelo un par de veces. El calzado y la parte baja de los pantalones han sido los grandes damnificados por el chaparrón.

Miro hacia el suelo. Muevo los dedos atrapados en el interior de las zapatillas y siento el ligero chapoteo del agua a su alrededor. No puedo quedarme así, con los pies mojados toda la mañana expuesta a enfermar. Me agacho, desato los cordones y me descalzo, calcetines incluidos. También doy un par de vueltas al bajo de los pantalones para evitar que la tela húmeda toque la piel.

La madera resulta cálida y suave contra mis pies desnudos. Rodeo el sofá y coloco las zapatillas y los calcetines en un rincón bajo la calefacción. Cuando me incorporo, Sergio, acabo de recordar que ese es su nombre, está entrando por la puerta. Mientras se acerca, su mirada me recorre de arriba abajo, desde los mechones que ahora caen sueltos sobre mi espalda, hasta las uñas rojas de mis pies. Me toco el pelo, incómoda, luchando contra las ganas de ocultarme. Él termina de cerrar el espacio que nos separa con sus ojos de vuelta a los míos y me tiende un vaso.

—Toma. Está caliente.

—Gracias. —Cojo el vaso de sus manos y lo rodeo con las mías.

El silencio, que en esta sala es tan palpable, nos envuelve. Permanecemos callados, de pie, mientras sujetamos nuestros cafés. Él me mira con una sombra de sonrisa pintada en la boca y yo le aguanto la mirada a duras penas. Me paso el vaso de una mano a la otra. La incomodidad crece y un cosquilleo nervioso me pica en la piel. Voy a pedirle que se vaya, pero antes de que pueda hacerlo su voz llena la sala.

—¿Qué tal te está yendo la semana?

Confusa. Frustrante. Solitaria. También distinta, tranquila, en cierto modo. Varios adjetivos más se me pasan por la cabeza, pero ninguno que vaya a compartir; a pesar de que sus ojos, que no se apartan de mí, me hacen pensar que su interés es sincero. Supongo que por eso y porque no aparta la mirada, contesto y no me limito a darle las gracias y buscar cualquier pretexto para echarlo.

—Bien, supongo. Diferente, pero bien.

—¿Te adaptas bien a la Escuela?

Podría aclararle que adaptarse quizá no sea la palabra adecuada. Eso implicaría interactuar de alguna manera y yo me limito a encerrarme durante ocho horas diarias en la sala de ensayo. Pero tampoco lo hago, solo me encojo de hombros y asiento.

—Sí, supongo que sí.

—Me alegro. Los cambios pueden resultar complicados —lo dice con una seguridad que me lleva a pensar que sabe de lo que habla por experiencia propia.

El silencio nos vuelve a rodear. Llevo los ojos a mi vaso y luego al piano. No estoy ansiosa por volver a sentarme frente a él, solo lo hago por evitar la mirada de Sergio que me resulta demasiado directa. Sin embargo, él no debe interpretarlo así.

—Creo que debería marcharme. —Carraspea y se pasa la mano por el pelo—. Solo había venido a dejarte esto. —Coge el papel que descansa sobre la banqueta y me lo entrega.

Leo lo suficiente para ver que es publicidad de un concierto.

—Tocamos el sábado en un local cerca de aquí.

Miro el panfleto y luego a él de nuevo.

—Por si te apetece pasarte —dice y me regala media sonrisa, que empiezo a intuir que es marca de la casa—. Y ahora no te molesto más. —Se cambia el vaso de mano y levanta la mano

libre a modo de despedida—. Nos vemos, Christina.

Le sigo con la mirada hasta que sale de la sala de ensayo. Cuando la puerta se cierra, me dejo caer en el sofá. El corazón me late más deprisa de lo normal y no entiendo por qué.

El resto del día es una copia del anterior. Solo salgo de la sala de ensayo para comer e ir al cuarto de baño. Cuando me levanto de la banqueta, me siento agotada, vacía. Estoy terminando de meter mis cosas en la bolsa mientras pienso en si habrá dejado de llover, porque no me apetece hacer mojada el camino de vuelta, cuando Anna asoma por la puerta.

—¿Sabes que ya se ha hecho de noche?

Sonrío y asiento. Su preocupación, envuelta siempre en esa calidez que irradia, es como un bálsamo.

—No hace falta que me regañes, ya estoy recogiendo.

Anna entra, cierra la puerta detrás de ella y camina hacia el sofá. Me observa mientras cierro la mochila y la pongo en el suelo. Luego me siento a su lado. La miro y ella me sonríe.

—No he venido a regañarte. Solo quería saber qué tal estás.

Arqueo las cejas.

—Vale, quizá también hay un poco de eso.

—Ya me parecía.

—Pero, sobre todo, quería saber qué tal va todo.

—Bien, supongo.

No tengo que pensar la respuesta. Da igual quién me pregunte, el momento o el lugar, siempre contesto lo mismo. La recito con tanta naturalidad por la costumbre de repetirla, que, a veces, hasta yo misma me sorprendo creyéndome que es verdad. O puede que deseando que lo sea.

—¿En qué estás trabajando? Sabes que me puedes pedir ayuda si lo necesitas. Si quieres puedo hablar con Karen para que me explique el programa que habéis preparado.

—Preferiría que no lo hicieras. No sé si voy a presentarme al concurso —lo digo sin pensar. Las palabras salen solas, pero en el instante en que termino de pronunciarlas sé que no han nacido de la casualidad del momento, sino que llevan tiempo reprimidas en algún lugar de mi interior.

Anna me mira en silencio un instante y luego asiente.

—Bueno, en lo que decidas, estoy aquí para ayudarte. Sabes que puedes pedirme lo que necesites.

Inspiro. Ojalá supiera lo que es. Resulta agotador moverse en un limbo constante. Sin saber dónde quieres ir, pero ansiosa por salir de donde estás. Estoy cansada de sentir que mi vida no es mía. Que no me pertenece. Tampoco mis sueños. Ni siquiera lo ha hecho mi tiempo hasta que no he regresado a Madrid.

La magnitud de mis pensamientos me golpea con fuerza. Tanta que me tengo que tomar un momento para asimilar mis emociones. Y cuando lo consigo y el zumbido en mi pecho baja de intensidad, lo veo; lo siento. Puede que no sepa qué quiero o incluso quién soy, pero ha llegado el momento de averiguarlo, de acallar todas las voces que reinan en mi cabeza hasta encontrar la mía. Solo la mía.

## Capítulo 8

Estoy sentada frente al piano con las manos en el regazo y la vista fija en sus teclas. El silencio en la sala de ensayo casi se puede palpar y noto cómo se enrosca a mi alrededor, denso, asfixiante. Mi madre permanece de pie detrás de mí. No me hace falta girarme para saber que está enfadada; llevo diecisiete años viviendo con ella y puedo detectar su estado de ánimo con solo oírla respirar.

—Recoge. Nos vamos. —Su voz carece de inflexión.

Escucho sus pasos alejándose y luego el sonido de la puerta al cerrarse. Solo entonces, relajo los músculos de la espalda y suelto el aire que estaba conteniendo. Sé perfectamente lo que viene a continuación, por lo que me tomo mi tiempo mientras voy metiendo las cosas en la mochila. También sé que eso solo conseguirá empeorarlo, pero parece que últimamente desafiar a mi madre en estos pequeños detalles se ha convertido en algo adictivo, la única manera que encuentro de rebelarme.

Abandono el edificio del conservatorio y el frío del invierno berlinés me envuelve. Me encojo dentro de mi abrigo y me dirijo al aparcamiento. Mi madre me espera dentro del coche con el motor encendido. Abro la puerta, dejo la mochila en el asiento de atrás y me siento a su lado. Cuando me abrocho el cinturón se pone en marcha.

Hacemos el trayecto en silencio, ella con la vista fija en la carretera y yo en las calles que discurren tras el cristal de la ventanilla. Unas calles en las que, a pesar de los meses que llevamos aquí, presiento que siempre me voy a sentir como una extraña. Echo de menos Madrid, mi casa, escuchar hablar español en cualquier parte y no está lengua fría y cortante. Echo de menos la comida y el sol. Echo muchísimo de menos a mi padre, aunque eso no podría solucionarlo ni regresando de nuevo a casa. Añoro demasiadas cosas; mi vida, esa en la que no desayuno, como y ceno piano, y vivo en un círculo vicioso en el que todo gira en torno a lo mismo.

Entramos en casa y voy directa a mi habitación, mi universo, el único lugar en el que siento que encajo, que me puedo relajar y ser yo misma. Entre mis libros, los que traje de Madrid y otros nuevos que he ido recopilando en el poco tiempo libre que robo al piano. Dejo la mochila y el abrigo tirados en un rincón y me dirijo a la estantería. Elijo uno de los tomos, me tumbo en la cama y lo abro por la primera página.

No he terminado el primer capítulo, cuando mi madre llama a la puerta. Un segundo después, sin esperar respuesta, la abre y entra. Me incorporo en la cama y la sigo con la mirada mientras cruza la habitación y se sienta en la silla del escritorio. Se ha cambiado de ropa y se ha recogido el pelo en una coleta que la hace parecer más joven, y me recuerda que no siempre fuimos ella a un lado y al otro yo. Enfrentadas.

—Me gustaría saber qué es lo que te pasa. Llevamos semanas con esa pieza y no avanzas.

—Es una variación difícil.

—No es cierto. Sé que te has equivocado a propósito. Llevas años usando esa estrategia.

Me mantengo en silencio, no puedo negarlo.

—Y eso solo habla de tu enorme capacidad, pero ya no eres una niña. Tienes que dejar de

jugar y centrarte, ser responsable. Lo que hagas ahora marcará el resto de tu vida.

Y eso es lo que más miedo me da. Que toda mi vida vaya a ser así, que nada vaya a cambiar.

—Mañana te programaré sesión doble y, —busca mis ojos— Christina, sin tonterías. —Se pone en pie, se alisa la ropa y me da un beso—. La cena estará en quince minutos.

Cuando sale de la habitación y me deja sola de nuevo, me quedo tumbada en la cama con la vista fija en el techo y la sensación de que una manada de elefantes se ha acostado en mi pecho.

A la mañana siguiente, me levanto con esa misma sensación de ahogo y no deja de crecer a medida que pasa el día. Me siento intranquila y me cuesta concentrarme. Tanto que Anna es incapaz de pasarlo por alto. Llevamos media clase cuando se acerca y me toca el hombro.

—Vale, para. Esto no va a funcionar.

Me giro y la miro sin saber qué decir.

—Ven, siéntate conmigo. Hablemos.

La acompaño un tanto tensa y nos acomodamos en el único sofá que hay en la sala.

—Christina, hace poco que nos conocemos, pero sé que tienes talento. Y también sé que hay algo que te frena. Lo que no logro averiguar es si está aquí o aquí. —Señala mi cabeza primero, después mi corazón—. Sea lo que sea, puedes contármelo. Estoy aquí para ayudarte. —Me mira y espera.

Hace tanto tiempo que nadie se preocupa por lo que pienso o siento que la calidez y el interés genuino que percibo en su mirada me vuelven la piel de cristal, de uno tan fino que hasta un suspiro podría hacerme pedazos, y la presión en mi pecho se vuelve insostenible, tanto que termina por desbordar a través de mis labios.

Y, sin querer hacerlo, pero sin poder evitarlo, le cuento mi historia, me abro en canal. Le hablo de la presión, la soledad, la frustración. Le digo que no me gusta mi vida, que siento que no me pertenece. Hablo de la relación con mi madre, de la pérdida de mi padre. Y sigo contando y contando hasta que me vacío y lo único que queda en mi interior es lo que nunca me he atrevido a reconocer, ni siquiera ante mí misma. Cuatro palabras que arden cuando las pronuncio.

—Odio tocar el piano. —Trago saliva y continúo—. Y odio que todo gire en torno a él.

Anna me mira en silencio y yo me pregunto qué estará pensando.

—Si es verdad —dice—, ¿por qué tocas?

—No sé hacer nada más. No tengo otra cosa. —Hago una pausa, miro al suelo—. Y no puedo decepcionar a mi madre.

Suspira.

—Mira, Christina, no hay una sola forma correcta de vivir la vida. Hay muchos caminos y a veces damos unos cuantos rodeos hasta encontrar el adecuado. Estoy segura de que en algún lugar hay una estrella con tu nombre que te indicará cuál es el tuyo. Tienes talento, pero yo no voy a intentar cambiarte, tampoco puedo decirte dónde encontrar esa estrella, pero, si tú me dejas, te apoyaré mientras la buscas.

Después de nuestra conversación, Anna da la clase por terminada. Cuando sale por la puerta, me dejo caer contra el respaldo del sofá. Me pesa todo el cuerpo, como si cada palabra se hubiera llevado con ella una parte de mi energía hasta drenarme por completo. Y, a la vez, parte del peso que me asfixiaba, se ha aligerado. Recojo mis cosas con calma y, con el abrigo puesto y la mochila al hombro, pongo rumbo a casa.

Llueve y no hay mucha gente por la calle. Me resguardo bajo la capucha y me pierdo en mis pensamientos. Desde que Anna ha hablado de ello, no dejo de pensar en esa estrella que me ha

de mostrar el camino. La siento tan lejana como si de verdad estuviese flotando a millones de años luz en alguna parte del universo, y no sé cómo solo con mirar al cielo voy a ser capaz de encontrarla. Soy un ciego sin mapa ni guía.

Alzo los ojos. Las nubes tapan las estrellas, pero sé que, aunque ahora no las vea, siguen ahí arriba esperando a que escampe para iluminarnos con su luz. Quizá mi estrella sea igual. Quizá por ahora valga solo con saber que está ahí. Con trazar un mapa ficticio y esperar hasta que se vuelva real. Con esperar a que escampe. Una idea se va formando en mi mente y mi respiración se acelera cuando tomo una decisión.

Los nervios me atenazan el estómago cuando entro en casa. Cuelgo el abrigo mojado en el perchero de la entrada y me quito las botas.

—Christina.

Me asomo al salón siguiendo la voz de mi madre y la encuentro leyendo en una esquina del sofá. Levanta la cabeza cuando me oye entrar.

—Hola, mamá. —Me acerco y le doy un beso.

—Llegas tarde. ¿Ha pasado algo?

—No, solo me he entretenido hablando con Anna. Me voy a la ducha, estoy empapada.

—Recuerda que tenemos que terminar de elegir las piezas para el concurso. —La escucho decir a mi espalda mientras salgo del salón.

Entro en mi habitación y cierro la puerta. El corazón me late fuerte en el pecho. Inspiro e intento tranquilizarme. Cuando estiro el brazo para abrir el cajón y coger un pijama, siento un pequeño escozor en la espalda.

Me meto en el cuarto de baño, me quito la ropa y me giro frente al espejo. Sigo con la mirada la línea tachonada de estrellas y soles que recorre mi columna vertebral. Los bordes están rojos e inflamados y un plástico los cubre. Y aun así, me parece perfecta.

Sonrío. Es probable que en un futuro próximo sea un motivo más de discusión con mi madre, pero hoy es un recordatorio de que hay una estrella para mí, aunque todavía no sea capaz de alcanzarla. Un mensaje de esperanza grabado con tinta en mi piel.

## Capítulo 9

Al día siguiente es sábado y me despierto agotada. En mi rutina habitual, eso no significaría nada más allá del cambio de la ubicación en la que me siento delante del piano; en vez de ir al conservatorio a practicar, lo haría en casa. Sin embargo, hoy me resisto a dejarme llevar, a que los viejos hábitos se impongan.

Con esa idea en la cabeza y una pequeña sonrisa en los labios, me estiro en la cama. Estoy caliente y cómoda, y no tengo ganas de moverme. Solo lo hago para rescatar uno de los tomos de la estantería y, con él en la mano, volver corriendo a mi refugio entre las sábanas.

Paso así toda la mañana, entre ratos de sueño y el placer de pasar las páginas de un libro para redescubrir una historia que había olvidado, hasta que el sonido del timbre me interrumpe. Dejo el libro a un lado y, antes de levantarme, miro extrañada la hora en la pantalla del teléfono móvil, más como acto reflejo que como otra cosa, porque está claro que no espero a nadie.

La sonrisa de Elena es lo primero que veo al otro lado cuando abro la puerta. Se ensancha hasta ocupar toda su cara mientras mira el estampado de mi pijama.

—Bonitos koalas.

Su sonrisa tira de la mía.

—Gracias. ¿Quieres pasar?

—No hace falta, será un minuto. Solo venía a invitarte a comer.

Me coge tan desprevenida que no contesto de inmediato.

—Si no tienes planes, claro. He hecho cuscús y he pensado que deberías probarlo. Me sale realmente bueno.

Por supuesto que no tengo planes más allá de seguir todo el día en pijama, pero aun así dudo. Mi zona de confort es tan reducida que casi cualquier cosa se sale de ella, comidas de reencuentro con amigas de la niñez incluidas.

—Si lo que te preocupa es la etiqueta, puedes venir en pijama.

No consigo no sonreír, pero no me sorprende porque Elena siempre tuvo ese efecto en mí. En los últimos años, la risa no ha abundado en mi vida. Podría decir, sin temor a equivocarme, que en los días que llevo en Madrid he sonreído más que en los últimos doce meses. Y sienta bien. Muy bien.

—Vale. Dame media hora.

Treinta minutos exactos después, estoy llamando al timbre de la puerta del otro lado del rellano con una bandeja de la pastelería en la mano y los nervios agarrados fuerte a la boca del estómago, tanto que no sé si voy a ser capaz de comer algo.

—Dime que son pasteles de nata.

Miro a Elena que ha sacado medio cuerpo por la puerta y asiento.

—¿Todavía te gustan?

—¿Estás de broma? Los adoro y a ti también por traerlos.

Esbozo una pequeña sonrisa cohibida y le tiendo la bandeja. Elena la coge y luego se retira

para permitirme pasar.

Al contrario que mi casa, que continúa igual que la de mis recuerdos de la infancia, la de Elena ha cambiado por completo. Lo primero que veo es que varias paredes han desaparecido y donde deberían estar el recibidor, la cocina y el salón ahora hay un solo espacio abierto. Por supuesto, de los muebles antiguos tampoco queda ninguno y la nueva decoración, colorida y un tanto caótica, encaja a la perfección con la Elena que vive en mis recuerdos.

—Está muy diferente, ¿verdad? —dice como si me hubiese leído el pensamiento—. Cuando me vine a vivir aquí no sentía que era mi casa, sí, pero no. No sé si me explico. Era como si hubiera venido de visita. Los muebles, las cortinas, nada de lo que contenían estas cuatro paredes lo había elegido yo. Así que hablé con mis padres y, con su bendición, un fin de semana me lie la manta a la cabeza y me puse a tirar cosas, entre ellas una de las paredes. Y una vez que empecé, ya no pude parar. Bueno, al final, tuve que llamar a unos albañiles, pero para el caso es lo mismo. —Abre la nevera y deja la bandeja—. ¿Y tú? ¿Sigues viviendo en Berlín?

—No, hace ya unos años que nos mudamos a Londres.

Según escucho la frase salir de mis labios, una sensación incómoda se me pega a la piel. Nosotras. Siempre el plural. Y es en este momento cuando me doy cuenta del verdadero alcance de la pérdida de control en mi vida. No solo tiene que ver con lo que hago o lo que quiero hacer, es algo mucho más profundo. Es estar acostumbrada a vivir sin resistencia en un mundo tan pequeño que cosas como tener casa propia ni siquiera han sido una opción, nunca han existido en mi cabeza.

—Me gusta Londres. Me encantan sus calles, los mercadillos...

—Yo odio la lluvia.

Elena se ríe.

—Toma. —Me da dos manteles individuales y unos cuantos platos—. ¿Te importa dejarlos en la mesa?

Asiento y se los cojo de las manos.

—Así que sigues tocando el piano.

—Sí.

O quizá ya no, pero eso no se lo digo.

—Te he seguido estos años a través de las redes.

Unas redes que no reflejan nada de mí. Solo son un medio más para un fin.

—¿Tú al final estudiaste veterinaria? —pregunto. No quiero seguir hablando de mí y siento verdadera curiosidad por saber que ha sido de la vida de Elena.

—No, no me dio la nota de corte. Bueno, tampoco es que me matase a estudiar. Por esa época estaba un poco perdida; me interesaban más los chicos y salir que mi futuro. Pero tampoco importó demasiado, porque ese mismo verano me apunté a un taller de escritura y me gustó tanto que, al final, me matriculé en Periodismo y hasta hoy no me he arrepentido. —Hace una pausa—. Pero me siguen encantando los animales. De hecho, fue uno de los motivos de la ruptura con mi ex. Bueno, uno de tantos. —Me señala con el cucharón que tiene en la mano—. El tiempo me dio la razón. No te fíes de alguien a quien no le gusten los animales.

Me río.

—Esto ya está.

—Huele bien.

—Gracias. Espero que te guste, he hecho suficiente para un regimiento.

Nos sentamos a la mesa y Elena comienza a servir.

—¿Y tú? ¿Tienes novio? ¿Algún guapo y serio pianista? O quizá un trompetista, tienen

mucho morbo. No me digas que no.

—La verdad es que no me relaciono mucho con otros músicos. Después de pasar la mayor parte del día entre partituras, cuando termino de ensayar lo último que quiero es hablar de música. No creo que otro músico vaya a encajar nunca en lo que quiero o espero en una pareja. —Me llevo la cuchara a la boca—. ¡Dios, esto está buenísimo!

Elena me guiña un ojo.

—Ya te lo había dicho.

Comemos sin prisa y, entre bocado y bocado, nos vamos poniendo al día. En realidad, Elena es la que llena casi todos los silencios, mis aportaciones son más escasas, sin embargo, e incluso así, las horas pasan casi sin darme cuenta y cuando nos despedimos es ya entrada la tarde.

Una vez en casa, mientras me quito los vaqueros para ponerme algo más cómodo, sentada sobre la cama de mi habitación pienso que ha estado bien. Que me he sentido bien. Casi normal.

En un arranque de valentía y, antes de que me dé tiempo a arrepentirme, cojo el teléfono.

—Mamá.

—Christina. —Se hace un silencio en la línea que se alarga varios segundos—. ¿Dónde estás? Miro la calle a través de la ventana de mi habitación.

—En Madrid. —Apoyo la frente sobre el cristal—. En casa.

El silencio ocupa su lugar entre nosotras, siempre uno más en nuestra relación.

—Está bien. Vuelve. Ya has dejado clara tu postura.

Cierro los ojos.

—No puedo.

—No digas tonterías, Christina. Tienes compromisos. El concurso es en tres meses y todavía hay mucho que hacer.

Niego con la cabeza, siento una presión enorme al fondo de la garganta. Trago saliva para hacerle hueco a las palabras.

—Mamá, no puedo regresar. Necesito espacio. Necesito...

—¿Espacio? Desapareciste hace seis días con tu maleta. No te he llamado, no te he escrito. He respetado tu silencio. Pero ahora no es momento para uno de tus arranques de rebeldía. Esto no es un juego, Christina. Es tu vida.

—¿La mía o la tuya, mamá?

Las palabras cortan el aire como un látigo.

—No sabes lo que dices.

Tal vez sea así, pero es lo que siento. Quiero decirle que no puedo cargar con sus sueños, porque si lo hago nunca habrá espacio para los míos. Aunque todavía no los tenga, aunque no sepa cuáles son.

—Estás cometiendo un error.

—No hay problema, lo añadiré a la colección.

El silencio vuelve, pero no es un silencio vacío de contenido, rebosa decepción, atraviesa la línea y se me pega a la piel.

—Solo te pido un poco de tiempo. Soy una adulta, mamá. Deja que tome mis propias decisiones, que actúe como tal.

—Acaso alguna vez no lo haces. No he sido yo quien ha decidido que te subas a un avión y pongas mil kilómetros por medio. —Inspira profundo y casi la puedo ver masajeándose las sienes—. Ven a casa, Christina. Hablaremos. Podemos bajar un poco el ritmo, si es lo que quieres.

La frustración se me agolpa tras los párpados. Podemos alargar esta conversación hasta el infinito, pero no va a llevarnos a ninguna parte. No hablamos el mismo idioma, hace años que no lo hacemos.

—Lo siento. No puedo.

Noto cómo crece la tensión entre nosotras, incluso a kilómetros de distancia. Me apoyo contra la pared y espero el veredicto.

—Está bien. Veo que ya lo has decidido. Quédate en Madrid. Tómate un tiempo, si eso es lo que quieres. Cancelaré tus próximos compromisos y arreglaré como pueda el desastre. Solo espero que luego no tengas que arrepentirte, no me gustaría tener que recoger los pedazos.

Ahogo una carcajada que me amarga en la boca. Eso implicaría que ahora estoy entera, y, sin embargo, puedo sentir las grietas en cada centímetro de mi piel. La escucho suspirar.

—Lláname si necesitas algo.

—Claro.

—Hablamos pronto.

Se mantiene unos segundos en la línea y yo espero aferrada al teléfono, con la tonta esperanza de que diga algo que calme el dolor que irradia desde el lado izquierdo de mi caja torácica, pero cuelga sin añadir nada más. Me aparto de la ventana y me siento en la cama con las rodillas apretadas contra el pecho. El corazón golpea con rapidez y contundencia contra las costillas. Aprieto los párpados para contener las lágrimas, sin ningún éxito. Puede que haya ganado esta batalla, lo difícil es saber quién es el enemigo a batir en esta guerra.

## Capítulo 10

Debería estar acostumbrada. Me lo repito una y otra vez mientras espero en la sala reservada a los concursantes a que llegue mi turno de ponerme frente al piano. Estoy sentada en el suelo a pesar de mi vestido, en un rincón, con los auriculares puestos y un libro abierto sobre las piernas. Tengo la cancelación de ruido encendida y mis ojos se deslizan sobre las letras sin interés en interpretar su significado; no son una distracción ni una herramienta para relajarme, son mi escudo frente al mundo.

No me gustan los concursos. No me gustaban antes y la cosa no ha mejorado con los años. Además de la presión y las expectativas, ahora puedo añadir también que odio la filosofía de competición bajo la que se rigen. No deberían enfrentarnos unos a otros. La música no es un deporte, nunca debería juzgársela como tal.

Aun así, esta vez lo encaro con un pequeño poso de esperanza. No soy capaz de precisar la cantidad de horas que llevo invertidas en prepararme para este día, pero parece que han dado su fruto, porque he obtenido muy buenos resultados en las fases clasificatorias y parto, para mi sorpresa, como una de las favoritas.

Mi gran rival es un pianista francés con el que ya he coincidido en otras ocasiones. Es bueno, pero sé que esta vez puedo hacerlo mejor que él. Necesito hacerlo mejor que él. No quiero imaginar otra situación. Es el tercer concurso consecutivo al que me presento y no soportaría no conseguirlo de nuevo.

Escucho mi nombre y me pongo en pie. Inspiro con fuerza hasta que el último rincón de mis pulmones se llena y cierro los ojos y me concentro en esa estrella que ha de mostrarme el camino. Cuando vuelvo a escuchar mi nombre, sé que no puedo posponerlo más. Ha llegado la hora.

Los aplausos llenan el auditorio cuando piso el escenario, pero apenas los oigo con los latidos apresurados de mi corazón. Avanzo frente a los miembros de la orquesta que se han puesto en pie y, cuando llego a la altura del piano, me giro y hago una reverencia ante el público. La repito para saludar al director de orquesta y, por fin, tomo asiento en la banqueta.

Cuando suenan las primeras notas de la pieza de Tchaikovsky que he elegido, coloco los dedos sobre las teclas y algo cambia. No sé cómo ni por qué sucede en esta ocasión. Quizá mi cerebro agotado se ha dado por vencido y lo único que mi cuerpo puede hacer es sentir. Pero, por una vez, me olvido de la técnica, de los resultados y de donde estoy. No pienso en nada. Solo siento. Me dejo llevar. Me abro en canal y vuelco en la música todo lo que normalmente contengo; el miedo, la frustración, la esperanza.

Me saca del trance el sonido atronador de los aplausos. Poco a poco, voy volviendo en mí. Me levanto y, tras dar las gracias al director de orquesta, saludo al público. Los aplausos no dejan de sonar en ningún momento mientras abandono el escenario. Cuando ya estoy fuera, una sonrisa me baila en los labios.

Mi madre asiente y me besa en la mejilla en el momento en que llego hasta ella. Nos sentamos en silencio mientras el resto de participantes interpretan sus piezas. Cuando el último

de ellos abandona el escenario del auditorio, solo queda esperar a que los jueces emitan su veredicto.

El tiempo pasa demasiado despacio. Tamborileo con los dedos de una mano sobre la otra. Estoy nerviosa, pero esta vez son unos nervios distintos. No me presionan el estómago y me provocan ganas de vomitar, sino que cosquillean con suavidad.

En el momento en que el portavoz de los jueces aparece en el escenario, es como si me hubieran volcado una tonelada de Peta Zetas en el estómago. Miro a mi madre y me da una palmadita tranquilizadora en la mano.

Escucho a medias su discurso. Cuando empieza a nombrar a los premiados, me tensó en mi asiento. Los nombres se suceden y a medida que se acercan a los primeros puestos una sensación conocida de inevitabilidad se acomoda en la butaca junto a mí.

Solo faltan por conocerse el primer y segundo puesto. Mi madre me aprieta la mano, pero yo ya sé que no voy a ocupar ninguno de ellos. El mismo grado de certeza que tenía al principio sobre mis posibilidades, lo tengo ahora sobre mi fracaso. Y ahora que sé cuál es mi destino, quiero que llegue rápido; pero no hay ninguna cosa que pueda hacer para acortar la agonía.

No escucho nada más, el zumbido que provocan mis pensamientos lo engulle todo. Eso y la urgencia de desaparecer. De marcharme no solo de una manera física. Necesito desvincularme, alejarme de mí.

Me pongo en pie cuando lo hacen los demás. Mi madre me dice algo y se aleja. La sigo con la mirada mientras cruza la sala y registro vagamente que intercambia unas palabras con uno de los jueces. Regresa y me hace un gesto para que la siga.

Empieza a hablar apenas comenzamos a caminar hacia la salida. La oigo decir que mi ejecución técnica ha sido buena, pero que mi enfoque ha sido poco tradicional, demasiado personal para premiarlo. Empieza a trazar nuevas metas, planes de ensayo. Yo no respondo. No puedo. Me limito a poner un pie detrás de otro mientras en mi cabeza me repito en bucle que nunca lo lograré, que no tengo lo que hace falta y que tengo que parar.

—¿Puedes dejarlo?

Se detiene y me mira sorprendida.

—¿Podemos no hablar de concursos ni ensayos, ni de nada relacionado con el piano durante cinco minutos? Joder, solo cinco minutos...

—¿Y en qué te va a ayudar eso? Christina, siento decirte que esconder la cabeza no te va a servir. Cuanto antes te enfrentes a tus fallos, antes podrás arreglarlos.

Observo sus ojos, tan iguales a los míos y tan distintos a la vez, pero no encuentro el consuelo que busco. Solo veo determinación. Medios para conseguir un fin donde solo querría encontrar, aunque fuera por una vez, el cariño de una madre. ¿Es tanto pedir?

Para esa pregunta no creo que obtuviera respuesta. Es una gota más en un mar. Uno apenas contenido en un recipiente lleno de grietas que termina por ceder.

—No voy a hacerlo —susurro.

—No digas tonterías. Estás frustrada y...

—No. Voy. A. Hacerlo.

Mis palabras se elevan sobre el murmullo de la sala. Algunas personas se giran para mirarnos. Me da igual. No me importa. Solo quiero marcharme. Alejarme para ver si así el dolor que me arde en el pecho desaparece. Y es lo que hago.

Ya en la calle paro un taxi y le doy la dirección del hotel. Cuando se detiene en la puerta, le pido que me espere mientras subo a recoger mi maleta y luego nos dirigimos al aeropuerto.

Ya delante de los mostradores de facturación, miro las pantallas; hay un millón de sitios a los

que podría ir, pero solo hay uno al que quiero hacerlo.

## Capítulo 11

El lunes me despierto cuando apenas ha salido el sol. Agarro la almohada y tumbada en la cama revivo una vez más la conversación con mi madre. Sus palabras, las mías. Lo que se dijo y todo lo que no. Y solo siento melancolía, una especie de desapasionada tristeza encajada bajo las costillas. Y a su alrededor la nada, como si me hubiesen vaciado por dentro y entre mi cuello y mi ombligo solo quedase una cavidad hueca.

Me llevo la mano a la nuca y la coloco sobre la primera estrella de la constelación que me recorre la piel. Hasta ahora solo ha sido un recordatorio de que, en algún momento, en algún lugar, encontraría por fin eso para lo que estaba destinada. Un sueño propio que daría sentido a lo que soy. Hoy siento que he dado el primer paso para empezar ese nuevo camino, pero también que no sé qué rumbo tomar. Y eso me paraliza en cierta manera; cuando no tienes claro el destino es difícil no sentir vértigo al empezar a andar. Pero estoy en Madrid, en casa, y voy a quedarme. Es mi única certeza. Un pequeño triunfo del que sentirme orgullosa y al que agarrarme. Por ahora, para lo único que me siento preparada es para dar un paso a la vez y al menos el de hoy lo tengo claro.

Cuando llego a la Escuela, todavía es temprano y los pasillos se encuentran medio vacíos. Veo a Anna salir de su despacho y acelero el paso para alcanzarla antes de que pueda doblar la esquina.

—Buenos días —susurro a su espalda.

Para y se gira sorprendida al oír mi voz.

—Christina. —Mira el reloj—. ¿Habíamos quedado?

—No, pero me gustaría hablar contigo.

—Voy a tomar un café. ¿Me acompañas?

Asiento y caminamos juntas hacia la cafetería. Mientras lo hacemos, comentamos por encima el fin de semana. El mío tiene poco que contar fuera de la comida con Elena y el pequeño paseo que di por el Retiro el domingo por la mañana. Me apetecía reencontrarme con la ciudad y me pareció un buen destino.

Tengo muchos recuerdos felices allí. Solíamos ir los tres, los domingos de primavera, cuando era pequeña; unas veces con los patines, otras a ver los títeres; mi padre siempre con un libro en el bolsillo; mi madre con la manta y la merienda. Recuerdo las risas, los juegos, pero sobre todo la sensación de felicidad que colmaba mi pecho cuando, agotada, me dejaba caer en la cama de vuelta a casa.

Al regresar este domingo a casa la emoción no era la misma, sino algo más sutil. Una especie de calma serena. Por una vez en mucho tiempo mi mente no giraba a toda velocidad rumiando mil pensamientos. Por una vez en mucho tiempo, me tumbé en la cama y cuando mi cabeza tocó la almohada me dormí. Puede parecer poca cosa, pero cuando la tormenta lleva años agitándose en tú interior, recordar cómo eras antes de ella es el remedio que necesitas para recuperar las fuerzas.

Pedimos dos cafés con leche y nos sentamos en una de las muchas mesas que todavía están

vacías. Me tomo mi tiempo para rasgar el sobre de azúcar y echarlo en el vaso mientras trato de ordenar mis pensamientos. Anna espera paciente a que encuentre las palabras.

—Creo que quiero dejarlo —digo por fin.

Apoya la cucharilla en el plato y se gira en la silla para que nuestras miradas se encuentren.

—¿El qué, exactamente? Los recitales, los concursos, tu carrera. —Su pregunta no es irónica ni pretende hacerme sentir mal, solo busca conocer el alcance de mi decisión.

—No lo sé, puede que todo.

—Esa es una decisión muy importante. Sé que lo sabes.

Paso la yema del dedo por el borde del vaso. Su calor me reconforta.

—Sí.

—Christina, no trato de desanimarte ni influirte de ninguna manera. Hace tiempo te dije que te apoyaría mientras buscabas tu camino y sigo pensando lo mismo. Pero has trabajado mucho y quiero asegurarme de que lo has pensado bien y estás segura de lo que vas a hacer.

Me dan ganas de reír, porque en este momento lo único que siento es la sensación de vértigo en la boca del estómago, como si al poner mis pensamientos en palabras, estos cobrasen vida y me empujasen al borde de un precipicio imaginario.

—No estoy segura de nada. Solo de que no puedo seguir así. Anna, lo odio. Odio todo lo que representa, todo lo que me ha quitado. —Inspiro hondo—. No sé si será para siempre o solo un tiempo, pero necesito espacio. Que mi vida no gire alrededor de un piano.

Me observa durante unos segundos en silencio y luego suspira.

—La música nunca debería hacerte sentir así.

Asiento. Lo sé. Lo veo todos los días en la Escuela, en recitales, en los concursos, en los ojos de otros músicos; a pesar del esfuerzo, la dedicación continua, les compensa. Pero hace mucho tiempo que no lo encuentro en mí. Hay algo que ellos poseen y yo no tengo, y que me hace sentir una fracasada, una farsante, siempre con miedo a que me desenmascaren.

—¿Y qué planes tienes ahora?

—Todavía no he decidido nada. —Hay pocas opciones cuando llevas toda la vida haciendo lo mismo. No lo digo en voz alta, pero Anna me mira y sé que puede notar la incertidumbre que trato de ocultar.

—Mientras lo piensas, quizá tenga algo que te puede interesar. Tiene que ver con la música, pero no tendrías que tocar. Ni siquiera acercarte al piano. —Espera un par de segundos y como ve que no digo nada, continúa—. La Escuela tiene un programa de fomento de la música. Lo coordina Sergio, uno de los profesores de piano. Creo que ya os conocéis. Si no me equivoco, estará preparando las clases de hoy. Deberías hablar con él.

—No sé si es buena idea.

—Creo que deberías tener más información antes de desestimarla. Estás tomando decisiones difíciles. Te vendrá bien tener algo que hacer para mantenerte centrada.

Aunque mi parte emocional me pide que me aleje de este mundo, que salga corriendo y no me pare a mirar atrás, sé que tiene razón. Porque lo único que se abre ante mí son días repletos de horas que todavía no tengo idea de cómo rellenar y esa sola perspectiva ya me produce ansiedad.

—Está bien. Hablaré con tu profesor.

Anna sonrío y me da un par de palmaditas en la mano, antes de centrarse en su café.

Nos despedimos en la puerta de la cafetería. Anna se encamina a su despacho y yo pongo rumbo a las salas de ensayo. Los pasillos ya comienzan a llenarse y mientras los recorro pienso

en que puede ser la última vez que lo haga, que ya no tengo porque poner un pie en este u otro conservatorio cualquiera. Que mi vida está a punto de cambiar y que de la única persona que depende el rumbo que tome a partir de ahora, es de mí. Y eso no sé cómo me hace sentir.

Me paro delante de la puerta de la sala de ensayo contigua a la que he estado usando estos días y doy dos golpes suaves con los nudillos, luego la abro y me asomo a su interior. Sergio está sentado frente a la pantalla de su portátil. Levanta la vista y, al verme, sonrío.

—Hola —saluda.

—Hola. ¿Tienes un momento?

—Claro. Dame un segundo. —Teclea algo en el ordenador, después baja la pantalla y me mira.

No sé qué tiene su mirada, pero me hace sentir expuesta. Ya me pasó la primera vez. Trago saliva y me sobrepongo a su escrutinio.

—Anna me ha dicho que puede que necesites ayuda con el programa de fomento de la música.

Levanta una ceja divertido.

—¿No quieres pasar?

Un tanto avergonzada, dibujo una mueca que pretendo que sea una sonrisa, pero que sospecho que ni siquiera se acerca, y abandono mi posición junto a la puerta. Recorro la distancia que nos separa y tomo asiento frente a él. Me observa un par de segundos con media sonrisa bailándole en los labios, mientras da toquecitos con un bolígrafo sobre la mesa.

—La verdad es que me vendría muy bien. ¿Estás interesada?

—No lo sé. ¿Qué es lo que hacéis?

—Trabajamos con colegios y pequeñas escuelas de música para proporcionarles instrumentos para alumnos con pocos recursos.

Así explicado, no suena mal. No tiene nada que ver con la rigidez que asocio a la música. No obstante, quiero asegurarme.

—¿Y yo qué tendría que hacer?

—Bueno, todos hacemos un poco de todo. No hay tareas fijas. La mayoría es trabajo administrativo.

—¿Y tenéis que seguir un horario?

No quiero mostrar mi vulnerabilidad, pero no puedo comprometerme si no lo sé.

Sus ojos buscan un segundo los míos.

—No hay normas fijas ni obligaciones. Cada uno aportamos lo que podemos en cada momento.

Hace una pausa. Mientras yo asimilo la información, no deja de mirarme.

—Entonces, ¿qué? ¿Te animas?

Dudo. Ahora mismo no tengo nada más que hacer. Y sé que no es el motivo ideal para embarcarse en algo, pero tampoco el peor.

—Sí, creo que sí.

Sergio da una palmada y esboza una sonrisa.

—Estupendo. La Escuela nos cede un espacio cerca de aquí. Hoy tengo clase todo el día, pero si quieres mañana podemos ir a la hora de comer y te explico mejor *in situ*.

—Claro, sería genial.

—¿Nos vemos a la una y media aquí?

Asiento y me pongo en pie. Sergio me imita. Nos miramos unos segundos.

—Hasta mañana, entonces —dice.

—Sí, hasta mañana —respondo.

He dado apenas tres pasos hacia la puerta cuando escucho mi nombre.

—Christina.

Me giro y mi mirada choca con la de Sergio. Sigue de pie, con el bolígrafo en la mano y la sonrisa en los labios.

—Me alegra que hayas dicho que sí.

Sus palabras tardan un instante en calar en mi cerebro atolondrado. Como no sé qué decir, me limito a hacer un leve asentimiento con la cabeza y continúo mi camino.

Dejo a Sergio solo, de nuevo, en la sala de ensayo y recorro los pasillos de vuelta a la salida. Me detengo en la puerta, indecisa. El ajetreo de un día laboral normal en Madrid discurre frente a mí. Observo a las personas que pasan por delante cargadas con maletines, mochilas, carros de reparto y tengo la sensación de que, de entre todas ellas, la única que no tiene un lugar a donde ir, soy yo.

Supongo que es normal. Que me llevará un tiempo adaptarme a mi nueva situación y encontrar mis propios objetivos, crear nuevas rutinas. Supongo también que por el momento mi mochila emocional no va a aligerarse, que intercambiar unos sentimientos por otros forma parte del proceso de cambio. Pero, por ahora, toda esta incertidumbre me hace sentir inquieta y un tanto descontrolada. Inspiro con fuerza.

Al menos, a partir de mañana, tengo un pequeño plan de acción en el horizonte para llenar algunas de mis horas y mi mente. El recuerdo de las palabras de Sergio resuena en mi cabeza: «Me alegra que hayas dicho que sí». Espero que con el pasar de los días yo piense lo mismo.

## Capítulo 12

El reloj marca la una y veinticinco minutos cuando llego a la puerta de la Escuela. Sergio ya está allí. Cuando me ve acercarme, deja a un lado su teléfono móvil y entrecierra los ojos, que me siguen hasta que me detengo frente a él.

—Hola. —Le saludo con la mano y de inmediato me siento como una niña pequeña. Pequeña y ansiosa. Los nervios me atenazan el estómago desde que me he levantado esta mañana. Lo de ir a ciegas por el mundo no es lo mío y ahora mismo soy como una funambulista sin red ni cuerda de seguridad.

—Hola. Llegas puntual.

Lo dice tan sorprendido que siento como si me echase un cubo de agua fría por la cabeza; me deja helada y a la defensiva.

—¿Acaso te he dado algún motivo para pensar que no lo sería? O es que en tu inmensa sabiduría y conocimiento del ser humano ya me has colgado una etiqueta que nadie te ha pedido.

Se acerca un paso y levanta las manos mientras busca mis ojos.

—¡Eh, eh, eh! Para el carro, fiera.

Me humedezco los labios con las palabras todavía cosquilleando sobre la lengua y le miro. Media sonrisa asoma a sus labios.

—Antes de que estropeemos esta bonita mañana, déjame que te explique que mi antiguo compañero en el programa tiene una incapacidad crónica para llegar a la hora que hemos quedado. Así que lo que en realidad quería decir era: gracias —hace una pequeña inclinación de cabeza—, me acabas de alegrar el día.

Le observo un instante y luego le devuelvo el gesto un tanto avergonzada. Puede que mi reacción haya sido algo exagerada.

—Y ahora, ¿nos vamos? Si te parece bien cogemos el Metro, estamos solo a tres paradas.

Asiento y él se coloca la mochila al hombro y se sumerge en el mar de gente que llena las aceras. Yo le sigo en silencio, rumiando mi exabrupto de antes. Mientras caminamos, me mira de reojo. La media sonrisa sigue adornando sus labios.

—¿Siempre vas con la escopeta cargada?

—¿Perdona?

—Te lo pregunto por estar preparado. Tengo mucho aprecio a todas las partes de mi cuerpo y hay momentos en que me da la sensación de que te gustaría arrancarme alguna.

Su tono es más de diversión que de reproche, pero aun así no puedo evitar sentirme abochornada y un poco culpable. No nos vamos a engañar, no soy la persona más accesible del mundo, pero puede que Sergio haya pagado parte de los platos rotos de esta situación que me hace sentirme más vulnerable de lo habitual.

—Creo que te debo una disculpa. Están siendo días raros y me siento un poco descolocada.

Arquea las cejas y me mira.

—Disculpa aceptada, aunque tampoco hacía falta.

Caminamos unos pocos metros más en un silencio cómodo hasta que Sergio lo rompe.

—¿Qué tal ha ido tu primer fin de semana en Madrid?

—Bien.

Utilizo la misma palabra y me parece que suena igual que otras tantas veces, la diferencia reside en que esta vez no es una respuesta ensayada, erigida para protegerme. Esta vez, ese «bien» lo pronuncio desde la sinceridad, porque es cierto que ha sido un buen fin de semana.

—No viniste.

Le miro y parpadeo un par de veces, tratando de entender a qué se refiere.

—Al concierto —me aclara.

—No, lo siento. Lo olvidé.

Y es verdad, pero también lo es que, incluso si me hubiera acordado, tampoco hubiese ido por un montón de motivos que no tienen nada que ver con él y sí mucho conmigo. Motivos que no voy a compartir.

—Bueno, el sábado volvemos a tocar. Puede que esta vez no se te olvide. —Me mira y su sonrisa se ensancha hasta ocuparle toda la cara. Y ahí se mantiene durante todo el camino hasta la boca del Metro.

Los pasillos y andenes están bastante llenos a esta hora. Pasamos las tarjetas por el tornio y caminamos zigzagueando entre la gente. Sergio se mueve medio paso por delante de mí y va abriendo camino. Cuando ve que me quedo atrás, coloca su mano en mi espalda. La retira una vez que estamos dentro del vagón y al hacerlo mi respiración se vuelve más ligera.

El trayecto dura apenas diez minutos y lo hacemos en silencio, cruzando de vez en cuando la mirada y una pequeña sonrisa mientras tratamos de mantener el equilibrio y un mínimo de espacio a nuestro alrededor. Las multitudes no son lo mío, así que cuando mis pies tocan de nuevo la acera inspiro hasta que mis pulmones se aprieten contra las costillas.

—¿No te van los espacios cerrados?

—No exactamente. No me gusta la gente.

—Eso explica muchas cosas.

Voy a aclararle que me refiero a las aglomeraciones, no a las personas en general, pero la mirada divertida en su rostro transforma mis palabras en una pequeña sonrisa.

Recorremos un par de calles hasta detenernos frente a un local con la fachada decorada con notas musicales. Sergio saca un juego de llaves del bolsillo.

—Es aquí.

Entra él primero y sostiene la puerta con su cuerpo para que pueda pasar.

—Bienvenida a Crescendo.

Avanzo unos cuantos pasos y me detengo. La sala tiene el espacio aproximado de dos salas de ensayo del Reina Sofía, pero no hay donde poner un pie.

—Perdona el desorden. Estamos haciendo inventario de las donaciones.

Observo las filas de instrumentos que se reparten por el suelo. Hay violines, violonchelos, flautas, saxofones e incluso dos pianos.

—¿Y todo esto os lo regalan?

Sergio cruza los brazos y asiente.

—Así es. Los llamamos «los instrumentos dormidos». Son instrumentos musicales encerrados en sótanos, almacenados en áticos y trasteros, usados y luego dejados de lado. Nosotros los buscamos y los «despertamos» para que tengan una segunda vida. Los cedemos a escuelas de todo el país con programas de música, para niños que sus familias no pueden permitirse comprar un instrumento. Te sorprendería la cantidad de casos que hay.

Dejo que mi mirada vague por esos instrumentos, que esperan en calma a que unas manos

nuevas los devuelvan a la vida, y pienso en cómo lo que para unos puede ser un regalo para otros puede convertirse en una condena. Sergio me mira y creo que mal interpreta mi expresión.

—No te asustes, el suelo solo es un lugar temporal. Esta semana he estado un poco liado, pero encontraré el hueco.

—¿Solo estás tú?

—Ahora sí, casi siempre. Hasta hace un par de meses me ayudaba un compañero, Jorge, pero ha tenido que dejarlo porque no tiene manera de encajarlo con sus horarios. No obstante, todavía se pasa a echar una mano de vez en cuando. Si vienes al concierto el sábado podrás conocerle. A él y a Ángel, que es el tercero en discordia en la banda.

—Yo podría hacerlo.

Sergio me mira y sus ojos me dicen que no sabe de qué estoy hablando.

—El inventario. Podría hacerlo. —Señalo los instrumentos a mis pies.

—¿Estás segura? Es bastante trabajo para uno solo.

Me encojo de hombros.

—Tengo tiempo.

Todo el tiempo del mundo y una necesidad enfermiza de sentirme útil.

—Vale. Si lo tienes claro, no seré yo quien te quite la idea. Ya descubrirás que no soy tan majo.

Sonríó por la flagrante mentira. Estoy segura de que si pusieran su foto al lado de la definición de «buen chico», no desentonaría en absoluto. No creo que él nunca se haya sentido una farsa ni una decepción. De eso también estoy segura.

—¿Tienes correo electrónico?

Se mueve hasta una mesa al fondo de la sala y abre su mochila. Yo le sigo.

—Sí, claro.

—Genial, porque lo vas a necesitar para acceder al archivo del inventario que tenemos en la nube. —Coloca su portátil sobre la mesa y lo gira hacia mí—. Tu dirección, por favor.

Coloco las manos sobre las teclas e introduzco los datos. Una vez que termino, Sergio teclea algo más y da al *enter*.

—Ya lo tienes. Este es el acceso a la nube. Aquí —señala una de las carpetas— está el inventario y aquí las instrucciones. Es fácil, pero si tienes dudas, no te cortes, pregúntame. Bueno, de eso y de cualquier otra cosa que quieras saber. Aprovecha.

Dudo un segundo. Y luego me lanzo, porque la verdad es que siento curiosidad, pero no tanto por los entresijos de Crescendo, sino por él. Por el hombre que tengo delante y que ya intuyo tan distinto a mí, más allá de lo obvio.

—¿Llevas mucho colaborando con el programa?

—Este es el tercer año.

—¿Y en la Escuela?

—Dos más. Estudié aquí y, después de hacer el máster, me ofrecieron una plaza y la acepté. Quería quedarme en Madrid y la Escuela es como mi segunda casa. No tuve que pensarlo mucho.

Lo dice con naturalidad, con la tranquilidad que, supongo, da el saber que estás donde quieres estar.

—¿Eres de aquí?

—¿De Madrid?

Asiento.

—De adopción, pero Madrid es mi casa y espero que lo siga siendo, al menos, los próximos treinta años, que es lo que voy a tardar en pagar la hipoteca —bromea.

—Veo que lo tienes muy claro.

—Bueno, nunca se sabe. Pero por ahora ese es el plan. Y tú, ¿has venido de visita o para quedarte?

Hasta ahora he evitado hacerme esa pregunta porque no me sentía con el valor suficiente para contestarla. Sin embargo, y para mi sorpresa, las palabras salen solas.

—Es pronto para decirlo, pero me gustaría quedarme.

Me mira y sonrío.

—Eso suena bien. —Extiende la mano en mi dirección con la palma hacia arriba—. Tu teléfono, por favor.

Llevo la mirada de su mano a su rostro que luce media sonrisa y luego saco el móvil del bolso y se lo entrego.

—Muy bien. Ahora, desbloquéalo. —Lo sujeta con la pantalla mirando hacia mí hasta que introduzco el código y luego señala el icono de contactos—. ¿Puedo?

Hago un movimiento afirmativo y observo cómo teclea. Cuando termina, me devuelve el teléfono.

—Te he guardado mi número. Puedes usarlo cuando quieras. De hecho, espero que lo hagas.

Observo la pantalla que ha vuelto a negro y musito un «gracias». Sergio me guiña un ojo.

—No tienes que darlas. Estoy seguro de que estos primeros días te van a surgir dudas. Pero, Christina, lo he dicho en serio, puedes llamarme para cualquier cosa, no tiene que ser solo por el programa.

Asiento, un poco cohibida, sin saber qué debo decir. <<No creo que lo haga>>, que es lo que estoy pensando, es demasiado cortante, y con Sergio ya he cubierto el cupo para una temporada, y las frases de cortesía no son lo mío. No obstante, no importa porque Sergio mira el reloj y vuelve a llenar el silencio por mí.

—Todavía me queda media hora. Si no tienes prisa, podemos hacer un par de entradas del inventario juntos. Así te familiarizas un poco con el procedimiento.

Pasamos los siguientes treinta minutos entre formularios, tablas de Excel y archivos, antes de que Sergio vuelva a mirar el reloj.

—Tengo que irme. Tengo clase en veinte minutos. —Guarda los cambios que hemos hecho en el inventario y apaga el ordenador.

Luego recogemos el resto de nuestras cosas y nos dirigimos a la puerta.

—Se me olvidaba. Te he hecho un juego de llaves. —Rebusca en el bolsillo interior de su mochila y saca un llavero con un unicornio de peluche y tres llaves.

Me quedo mirando el llavero. Sergio se muerde el labio.

—Era el único que tenía a mano. A mi sobrina de cinco años le encantan.

Con una sonrisa, cojo el juego de llaves y lo guardo en mi bolsa.

Salimos a la calle y espero mientras Sergio echa el cierre. Cuando termina vuelve a consultar el reloj. Luego me mira.

—¿Vienes a la Escuela?

Agito la cabeza y le regalo una sonrisa.

—No, me voy a casa, pero primero voy a comprar algo para comer.

—Entonces, nos separamos aquí. De verdad, llámame para lo que necesites.

Mientras le veo alejarse, me sorprende al darme cuenta de que, tras un inicio un tanto desafortunado por mi parte, este ratito que hemos pasado entre archivos e instrumentos ha sido cómodo, agradable. La verdad, es que casi todo el mérito ha sido de Sergio. Es la típica persona que se siente a gusto en su piel y que estaría cómodo en cualquier parte. Veo desaparecer el

último destello de su pelo castaño y su abrigo marinero tras la esquina y me pregunto, si a pesar de nuestras diferencias conseguiremos encajar; aunque de alguna manera siento que ya lo hacemos.

## Capítulo 13

Cuando te mueves durante toda tu vida entre horarios y rutinas acabas desarrollando una serie de hábitos que son difíciles de olvidar. Yo, entre otros, he desarrollado una malsana manía por el orden que roza la obsesión. No puedo evitarlo. Es instintivo. Necesito sentir que lo que me rodea está bajo control. Por eso, cuando levanto del suelo el último de los instrumentos y lo etiqueto para dejarlo en su estantería correspondiente en el almacén, me invade una satisfacción que va más allá del trabajo bien hecho.

Con una sonrisa pintada en la cara, regreso de nuevo a la sala principal y al entrar descubro que ya no estoy sola. Un chico alto está parado en medio del espacio. Levanta la vista del suelo y la lleva hacia mí. Sonríe y sus ojos oscuros se achinan formando pequeñas arrugas a su alrededor.

—Hola. Tú debes ser Christina. —Sin darme tiempo a reaccionar, camina un par de pasos acortando la distancia que nos separa y me da dos besos—. Soy Jorge.

En mi cabeza, le ubico como el otro músico que junto con Sergio gestionaba Crescendo. Pero, aunque no lo hubiese hecho, hubiera dado igual, ya que él me lo confirma en la siguiente frase.

—Me alegra que formes parte del equipo. Siempre se agradece un par más de manos.

—Gracias. Es un placer poder ayudar.

No es una frase hecha. En realidad, a pesar de mis dudas iniciales, estos últimos días han sido una especie de bálsamo. Mantenerme ocupada, pero sin esa presión constante y con la certeza de que mi esfuerzo contribuirá a mejorar de alguna manera la vida de otra persona, ha conseguido que me sienta útil, que sienta que tengo algo que aportar. Y ha mitigado la sensación de estar en caída libre en la que me muevo desde que llegué a Madrid.

—Siento no haber venido antes, pero ha sido una semana de locos. Estrenamos programa en unas semanas y los ensayos se alargan hasta el infinito. Espero que no hayas tenido muchos problemas con las fichas, a veces puede ser complicado recabar todos los datos.

Le sigo con la mirada mientras se quita el abrigo y lo cuelga en el respaldo de una de las sillas.

—Bueno, he tenido que contactar con los donantes en algunos casos, pero creo que no me he dejado nada.

—Genial. No obstante, si quieres te relevo. Dime por dónde vas y continúo yo con ello.

—La verdad es que acabo de terminar.

—¿Cómo que acabas de terminar?

—Sí, hace un momento.

Me mira y pestañea un par de veces.

—¿Ya has catalogado y colocado los instrumentos? ¿Todos?

Me encojo de hombros y asiento.

—Sí.

Me observa durante un segundo, antes de que una sonrisa se extienda por su cara.

—Increíble.

—¿Qué es increíble?

La voz de Sergio llega desde la puerta y me giro hacia ella justo para verlo entrar acompañado de otro chico que no conozco. Lleva gafas y es casi tan alto como él.

—Ella es increíble. —Jorge me señala y yo noto cómo me sonrojo—. Ha hecho sola el inventario y en tiempo récord. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Y, lo que es más importante, ¿por qué no has venido antes?

Entiendo que es una pregunta retórica, pero aun así mi cerebro trabaja a toda velocidad en busca de una respuesta.

—No lo acostumbres mal o terminarás haciendo todo el trabajo tú sola. Sé de lo que hablo. Por cierto, soy Ángel. —En un par de zancadas llega hasta mí y me besa en las dos mejillas—. No formo parte de Crescendo, pero toco con estos dos en The String Band.

—Christina.

—No sé de qué hablas. —Jorge mira a Ángel con gesto ofendido.

—No le hagas ni caso, le encanta quejarse. —Sergio pasa por su lado y se coloca junto a mí.

—¡Pero si me tenéis explotado!

La carcajada de Ángel resuena en toda la sala.

—Te lo recordaré la próxima vez que llegues tarde y tenga que montar tu parte.

—Y luego soy yo el que se queja. Para una vez que me tienes que hacer un favor.

—Una vez, dice.

—Ignóralos, siempre están así. —Sergio se vuelve hacia mí—. ¿Es cierto? ¿Has terminado el inventario?

—Sí, no me gusta tener cosas a medio hacer.

Sonríe y me mira, y por primera vez me doy cuenta de que sus ojos son de un color inusual que se mueve entre el azul y el gris. Nunca he visto unos ojos como los suyos. Me pierdo en ellos un segundo, dos. Cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, aparto la mirada.

—Te habrás dado una buena paliza.

—No pasa nada. Tenía tiempo libre.

—No pasa nada, pero nos has quitado mucho trabajo, así que habrá que pensar en la manera de darte las gracias.

—No hace falta.

—Yo creo que sí.

—Se supone que he venido para ayudar.

—Sí, pero somos un equipo.

Si yo soy testaruda, Sergio no se queda atrás. Empiezo a frustrarme y cuento hasta diez en mi cabeza. Sergio debe notar algo en mí, porque rebaja la presión.

—Bien, hagamos un trato. Nada de agradecimientos, pero te vienes a tomar unas cañas con nosotros.

Antes de que pueda abrir la boca para replicar, Sergio levanta la mano.

—No puedes decir que no. Has terminado el trabajo y por hoy no tenemos nada más que hacer. —Se acerca un poco y sus ojos buscan los míos—. ¿Vas a hacerme suplicar?

Técnicamente no está invadiendo mi espacio, pero su mirada, tan directa, hace que lo sienta demasiado cerca y crea una ilusión de intimidad que consigue ponerme nerviosa. Tanto que acepto solo para que la burbuja se rompa y sus ojos me dejen escapar.

—Vale, pero una y me voy.

—Eso es lo que tú quisieras —dice divertido y luego da una palmada al aire—. ¿A quién le apetece pagar una ronda?

Cerramos Crescendo y caminamos un par de calles hasta detenernos delante de un local con la fachada de azulejos y la puerta pintada en azul añil. Jorge, que va el primero, tira de ella y con un guiño me indica que pase.

El sitio es la típica taberna castiza con una pizarra en la pared y barra de metal. Nos colocamos en una de sus esquinas y, cuando se acerca el camarero, pedimos cuatro cervezas. Mientras esperamos a que las sirva, observo a mis tres acompañantes; hablan relajados, con confianza, y me reprendo por haberme dejado convencer. Me siento fuera de lugar.

—Ten, Christina —dice Jorge y a la vez que me entrega mi vaso, levanta el suyo—. Por ti. Creo que te vas a convertir en una de mis personas favoritas.

Ángel le mira y arquea las cejas.

—¿Qué? —replica—. Esperaba estar entre papeles toda la tarde y, en vez de eso, me estoy tomando una cerveza. Creo que eso bien se merece un brindis.

—No te asustes, le va el drama. En vez de músico debería haber sido actor —apunta, Ángel—. Dicho esto. —Levanta su vaso—. Gracias por dejarnos la tarde del miércoles libre.

Llevo mi mirada de Jorge a Ángel y luego a Sergio, que trata de esconder una sonrisa detrás de su vaso.

—Te juro que yo no les he dicho nada. No obstante... —Extiende el brazo con el que sujeta la cerveza hasta casi tocar la mía y espera.

Con todos los ojos puestos en mí, tardo un segundo en rendirme y, con un suspiro de exasperación, junto mi vaso con el suyo hasta que los vidrios chocan. Su sonrisa no se hace esperar.

—No ha sido para tanto, ¿no? —Me guiña un ojo retador y apura de un trago la cerveza que le queda en el vaso. Cuando ve que le imito, le hace una seña al camarero para que ponga otras dos.

—¿Siempre te sales con la tuya?

—No, que va. Solo quería quitarte presión. Ahora ya no hace falta que te vayas, puedes quedarte mientras quieras.

—¿Por qué bebéis solos? —Ángel levanta dos dedos y el camarero coloca otras dos cervezas encima de la barra.

—Me gustan. —Jorge coge una de ellas y luego señala las líneas de tinta que dibujan una bandada de pájaros al vuelo que trepan por mi muñeca, y han quedado al descubierto al alargar el brazo para dejar el vaso sobre la barra—. Son muy originales, y la definición, una pasada. ¿Te los has hecho en Madrid?

—No, me los hice en Berlín, hace ya unos años.

Y cada gota de tinta da forma a un deseo, un anhelo. Todo lo que no me he atrevido a pedir lo llevo grabado en la piel.

—Jorge también tiene uno. —Ángel mira a Sergio y los dos sonríen—. Se lo hizo una noche de borrachera y luego tuvimos que escucharle lloriquear durante una semana porque había confundido la cabeza de un tigre con la de un lindo gatito.

Sus amigos se parten de risa y Jorge sonrío digno.

—Fue un presagio. Una semana después encontré a Señora.

—Sí, pudo ser eso o que fuiste a la protectora a adoptar un gato para sentirte menos idiota —apostilla Sergio y le da una palmada en la espalda—. Pero no importa, al menos hiciste una buena labor.

—¿Tienes un gato que se llama Señora? —pregunto.

—Sí, tiene la misma personalidad que una mujer de mediana edad. Me recuerda a mi madre.

—Y es el único que le aguanta en casa —dice Ángel.

—Pues no te oigo quejarte cuando te hago mis macarrones gratinados.

Les observo con una sonrisa mientras se enzarzan en una discusión sobre quién hace qué.

—Son como un matrimonio que lleva cincuenta años casado —me explica Sergio—. Se pasan el día discutiendo, pero no pueden vivir el uno sin el otro. Lo curioso es que es su dinámica desde los dieciocho.

—Entonces, ¿hace mucho que os conocéis?

—Algo más de diez años. Los tres somos de fuera de Madrid y coincidimos en un piso compartido cuando empezamos en la Escuela.

—Y si ellos son el matrimonio, ¿cuál es tu papel?

Sonríe y se frota el mentón perfectamente afeitado.

—Pues no sé qué decirte, ¿la niñera, el ama de llaves y el chófer?

Los dos reímos y Ángel y Jorge nos miran.

—Eh, no hagas bromas privadas con nuestra chica —dice el segundo, que se acerca y echa un brazo por encima de mis hombros.

El apelativo cariñoso no me pasa inadvertido y, lo que es más sorprendente, tampoco activa ese mecanismo que de forma inconsciente se pone en marcha cuando cualquier tipo de acercamiento me hace sentir expuesta. Lo más que me provoca es una pequeña rigidez ante la invasión de mi espacio vital.

—Por cierto, ¿tienes planes para el sábado?

Tardo un instante en reaccionar y, en ese segundo de duda, Jorge me suelta y vuelve a hablar.

—Eso es que no es nada importante, si no te acordarías. Te cuento. Plan de sábado: nosotros, música en directo y unas copas. Suena bien, ¿verdad?

Aprieto los labios, los tres me miran a la espera de mi respuesta. Jorge con una sonrisa satisfecha, Ángel con expresión serena y Sergio sin disimular un ápice que está disfrutando al ver que no sé cómo escaparme esta vez.

—Lo pensaré —digo, es lo máximo a lo que me puedo comprometer.

Jorge se lleva las manos al pecho en un gesto de lo más exagerado.

—Christina, me estás rompiendo el corazón.

Miro a Sergio en busca de ayuda, pero se limita a girar su vaso sobre la barra y sonreír. Como no veo escapatoria, capitulo.

—Vale, iré.

Jorge da una palmada.

—Esa es mi chica —dice y pide otra ronda para celebrarlo.

Al final, cuando salimos del bar ya se está haciendo de noche. No ha habido forma de convencerlos de que me dejaran marchar. Bueno, tampoco he puesto mucho empeño, porque transcurridos los primeros quince minutos he dejado de sentirme fuera de lugar y he empezado a relajarme.

Lo cierto es que me lo han puesto fácil. Son un tanto alborotadores, pero en el buen sentido. Me recuerdan a una camada de cachorros con exceso de energía y esa energía es contagiosa. Cada uno parece cumplir un papel: Jorge es la diversión, Ángel la serenidad y Sergio, Sergio es el cemento que lo une todo, lo equilibra y le da cohesión.

Cuando llego a casa y me dejo caer en la cama, noto las mejillas calientes y una ligera sensación de euforia. No estoy acostumbrada a beber y a pesar de que después de la cuarta ronda

me he pasado a la Coca -Cola, parece que la cerveza se me ha subido un poco a la cabeza.

Me deshago de la ropa y me meto en la ducha. Permanezco bajo el chorro del agua hasta que noto la piel de las manos arrugada. Luego me preparo un sándwich y un vaso enorme de agua, y me siento en el sillón con la televisión encendida.

A medida que el alcohol va desapareciendo de mi organismo, una sensación de alarma va creciendo en mi interior y empiezo a arrepentirme de haber accedido a ir al concierto. No porque no quiera ir, sino porque mi valentía no es tanta como para hacerlo sola. Miro el teléfono móvil que descansa sobre la mesa. Al final, lo cojo, busco el contacto de Elena y escribo:

*¿Tienes planes para el sábado? Necesito que me hagas un favor.*

## Capítulo 14

Me siento sobre la cama con las puertas del armario abiertas de par en par y, una vez más, paseo la mirada por las prendas que cuelgan de las perchas; ya debe ser la décima. No tengo nada que ponerme, esa es la conclusión a la que llego. La mayoría de mi ropa continúa en mi armario en Londres y, de lo que tengo aquí, nada me parece adecuado para salir por la noche.

Tampoco es que sepa cuál es el código de vestimenta para ir a tomar una copa a un local con música en directo; nunca lo he hecho. Mi vida social, hasta ahora, ha sido casi inexistente, sobre todo en los últimos años; siempre encorsetada en horarios imposibles, siempre sin llegar a encajar lo suficiente en ningún lugar como para sentirme cómoda y conectar.

Ahora, sin embargo, en Crescendo todos han sido tan amables que, aunque me siento torpe y tímida, y mucho más insegura de lo que me gustaría, estoy decidida a hacer un esfuerzo. Por otra parte, no creo que en esta ocasión mantener la distancia de seguridad que suelo interponer por costumbre sea una opción.

Repaso las perchas una a una por última vez y con un suspiro me pongo en pie. Antes de pensar en cómo mejorar mis nulas habilidades sociales, tengo que solucionar el asunto de la ropa.

Elena me abre la puerta en albornoz y con una toalla enrollada en la cabeza.

—¿Qué ocurre? Parece que alguien se haya llevado en tus narices el último pastel de nata.

—¿Qué vas a ponerte esta noche?

Sonríe y abre un poco más la puerta.

—Un vestido monísimo que me compré el otro día y todavía no he estrenado. Pasa, te lo enseño.

La sigo pasillo adentro hasta su habitación. Abre el armario, saca una de las perchas y la sostiene frente a mí.

—¿Qué te parece?

Es negro, de manga larga y salpicado de pequeños cristales. Muy Elena.

—Seguro que te queda genial.

Se ríe y suelta la toalla dejando caer su larga melena mojada por la espalda.

—Yo creo que sí. Y espero no ser la única que lo piense.

Me extrañaría que fuera así. Independientemente de lo que se ponga, Elena es de esas personas que llaman la atención sin pretenderlo ni tan siquiera ser conscientes de ello.

—¿Y tú qué? ¿Cuál es el modelito que has elegido?

Me dejo caer sobre su cama y abrazo uno de los cojines.

—No lo sé. No he traído mucha ropa.

—¿Y eso es un problema por...? —Me mira con las cejas arqueadas.

—Porque no tengo nada que ponerme.

—Vale. No me estás entendiendo. Eso no es un problema, sino una oportunidad. Una para que levantes tu bonito culo de mi cama e irnos de compras.

Me giro y la miro indecisa.

—¿Estás segura? No quiero estropear los planes.

—No tenía ninguno hasta esta noche, así que me has arreglado el día. —Se inclina y me da una sonora palmada en el trasero—. Vamos, que es para hoy —me azuza con una sonrisa—. Ve a coger lo que necesites y en quince minutos nos vemos.

Quince minutos exactos después, salgo de casa y encuentro a Elena esperando junto a mi puerta. Me regala una sonrisa y yo se la devuelvo.

—¿Sabes lo que quieres comprar?

—No tengo ni idea —reconozco con sinceridad.

Mi amiga coge mi mano y tira de mí hacia el ascensor.

—Mejor, así es más divertido.

Parece ser que el concepto que tenemos Elena y yo respecto a lo que a diversión se refiere no tiene mucho que ver. Me he dado cuenta en el momento en que hemos llegado al centro de Madrid y me ha obligado a entrar en todas las tiendas que hemos encontrado. Al principio, he tratado de resistirme, solo con ver el escaparate sé que la mayoría no son de mi estilo, pero a la tercera tienda, me he resignado; Elena es como un ciclón y nada va a detenerla hasta arrastrarme puertas adentro. Su pretexto: que muchas veces lo que estás buscando se encuentra en el lugar más inesperado.

Y puede que tenga razón, porque en esta pequeña tienda de segunda mano de la calle Fuencarral he encontrado un vestido que me parece precioso. Lo giro una última vez en su percha y sonrío. Luego busco la caja con la mirada y me dirijo hasta allí.

La dependienta pasa el vestido por el lector y el precio aparece en la pantalla. Lo miro con desconfianza, suspiro y saco la tarjeta de crédito del monedero. Llevo varios días pensando en todas las cosas que debería cambiar en mi vida. Tengo veintisiete años, he viajado por medio mundo y he estado sometida a una presión continua que pocas personas experimentarían en su vida y, sin embargo, no tengo casa, ni coche, ni gestiono mi propio dinero. Mi vida, en lo fundamental, apenas ha cambiado desde la adolescencia, pero ya no tengo dieciséis años. No puedo vivir en un limbo eterno, ahora tengo que enfrentarme al mundo y debo hacerlo bajo mis propios términos.

Y sé que para poder hacerlo tengo que hablar con mi madre. No obstante, me resisto a hacerlo. Me resisto a ser yo la primera que levante el teléfono. Y es que a pesar de la presión que ha supuesto la atención constante de mi madre sobre mi vida, ahora que se ha alejado, que el silencio es la única conversación que existe entre las dos, me siento abandonada. Y eso me rompe el corazón. Y ese sentimiento, a la vez, me frustra porque no debería sentirme así. Pero supongo que esa soy yo, moviéndome siempre entre puntos opuestos, en una eterna contradicción.

Elena se acerca y me toca el hombro.

—¿Lo tienes todo?

Dejo mis pensamientos a un lado y asiento con una sonrisa.

—Sí, ya está —digo y levanto la bolsa que me acaba de entregar la dependienta.

Salimos a la calle y Elena entrelaza su brazo con el mío. Me envaró durante un segundo, pero al segundo siguiente me relajo y me dejo llevar.

—¿Qué te apetece hacer? ¿Tomamos algo?

Miro el reloj. Es cerca de la una del mediodía.

—Por favor. Me duelen las piernas de tanto andar.

La risa suave de Elena me envuelve.

—¿Y aguantarías un poco más? Conozco un sitio genial a unos diez minutos.

—Solo si me prometes que cuando me sienta no tendré que volver a levantarme en la próxima hora.

Su brazo se encaja mejor con el mío.

—Hecho.

Comenzamos a caminar y me relajo mientras la escucho hablar de algo sobre un problema con el artículo que está escribiendo, y permito que nos guíe entre la gente. Resulta fácil dejarme llevar cuando estoy con Elena. Me siento cómoda, y no solo con ella, también en mi propia piel. Es como si me reconociese, como si recuperase una parte de mí que hubiese perdido.

Pasamos la Puerta del Sol y cogemos la calle del Arenal. Cuando nos acercamos a la Plaza de Isabel II y veo aparecer la fachada del Teatro Real al fondo, mis ojos se quedan fijos en ella y una sensación incómoda me invade. No puedo evitar preguntarme si a partir de ahora siempre va a ser así. Si cada vez que pase delante de una sala de conciertos va a suponer un recordatorio de lo que no fui capaz de hacer. Elena se da cuenta de donde estoy mirando y me pregunta.

—¿Has tocado aquí alguna vez?

—Solo una. Antes de marcharnos de Madrid. Debía tener unos trece años.

—Debe ser increíble tocar en sitios así.

Me encojo de hombros.

—No era ningún evento importante y había poco público, pero aun así estaba muy nerviosa. —Contengo el aire un instante y luego dejo que la verdad se convierta en palabras—. En realidad, yo nunca lo he disfrutado.

Elena me mira con curiosidad.

—¿Y por qué lo haces?

—Supongo que hasta hace unas semanas creía que era lo que tenía que hacer.

Mira al frente y luego de vuelta a mí.

—¿Y ahora? —pregunta.

—Ahora he dejado de ir al conservatorio, tengo demasiado tiempo libre y no sé si me hablo con mi madre.

Seguimos caminando en silencio mientras parece sopesar mis palabras.

—Supongo que todos pasamos media vida intentando encontrarnos, solo que no lo sabemos de antemano y nada más nos damos cuenta en cada nueva bifurcación que la vida planta ante nosotros. Siempre reinventándonos. Mírame a mí. Quería ser veterinaria y he terminado siendo periodista. Pensé que iba a estar toda la vida con mi exnovio y ahora no me planteo meterme de nuevo en una relación. —Giramos por una calle estrecha que termina en una pequeña plaza. Hay una terraza con estufas y mesas de mimbre. Elena me señala una entre todas las que están vacías y yo asiento—. No sé, me parece una ventaja que tú al menos seas consciente de que no estás en el lugar que quieres aún.

Es otro punto de vista. Uno mucho más optimista y que no había tenido en cuenta hasta ahora. El vaso medio lleno. Enfocar todos estos cambios como una puerta abierta, una oportunidad. Suena bien, pero sospecho que a mí nunca se me hubiera ocurrido.

Una camarera se acerca libreta en mano. Pedimos una cerveza para Elena y una Coca-Cola para mí y se marcha de nuevo.

—A ver, cuéntame algo de los chicos con los que hemos quedado esta noche. ¿Cómo son? ¿Son interesantes? ¿Hay alguno guapo? Dime que sí.

Junta las manos bajo la barbilla y pestañea varias veces haciéndome reír.

—No sé qué decirte. No están mal, supongo. Y son simpáticos.

—Necesito más datos.

—A ver, los tres son altos, más que yo.

Elena levanta las cejas con expresión de «dime algo que no sea evidente».

—Vale, espera. Dame un segundo. Ángel tiene el pelo castaño, los ojos marrones y lleva gafas. Jorge también es castaño con ojos oscuros. Y Sergio es más claro de pelo y ojos, los tiene de un color azul grisáceo.

—Chris, cariño. Se te da fatal.

—Pues no sé qué quieres que te diga.

—Fácil, lo que ves tú.

Cojo aire y me concentro. Lo que veo yo.

—No sé, Ángel me resulta dulce. Es más pausado y parece más tranquilo, aunque cuando sonríe se le pone cara de niño malo. Jorge es más varonil y también más payaso, y se lo toma todo a broma. Y Sergio, pues es el prototipo de niño mono, extrovertido, seguro de sí mismo, un dechado de virtudes al que te apetece odiar, pero tan majo que no puedes hacerlo.

La camarera se acerca y deja las dos bebidas sobre la mesa. Elena espera a que se vaya y da un trago a su cerveza. Luego me mira con una sonrisa que no sé descifrar.

—Vamos, que te gusta.

Me pellizco el borde del labio inferior con los dientes, es un tic, lo hago siempre que algo me desconcierta o me pone nerviosa. ¿Me gusta? Sergio es todo lo opuesto a mí. Pero sí, contra todo pronóstico, en vez de repelerme, para mi sorpresa me atrae. Aunque por ahora no sé muy bien lo que significa ni qué hacer con ello, más allá de dejarlo apartado en el enorme cajón de las cosas que no puedo controlar.

—No lo sé. Puede —lo digo bajito, con la mirada puesta en mi vaso.

La carcajada de Elena llena la plaza.

—Genial. Por ahora, me conformaré con eso. —Levanta su vaso y lo choca contra el mío.

Al final, la parada para descansar se convierte en unas cuantas rondas y algo para picar. Cuando nos levantamos para emprender la vuelta a casa, me siguen doliendo las piernas, pero tengo el estómago lleno y contento. Y esa felicidad irradia hacia el resto de mi cuerpo.

Me despido de Elena en el rellano de nuestra planta con la promesa de vernos en unas horas y entro en casa. Huele a infancia, limón y hogar. Me detengo al pasar por delante de la puerta abierta del salón. Me apoyo en el marco y miro hacia el interior. Sin mucho esfuerzo, la imagen de mis padres abrazados en el sofá me viene a la mente. Y hasta en mis recuerdos soy capaz de sentir el amor que compartían. Solo puedo imaginar cómo es, porque yo nunca he estado enamorada y no preveo que esa circunstancia cambie a corto plazo.

## Capítulo 15

El timbre suena a las diez en punto. Abro y Elena aparece tras la puerta. Está preciosa con el pelo suelto y su vestido negro. Cuando me ve, me recorre de arriba abajo y suelta un silbido, y yo no puedo evitar reírme mientras noto cómo el calor se instala en mis mejillas.

—¿Lista?

—Sí.

O, al menos, eso creo, porque el cosquilleo nervioso que siento en el estómago no ha dejado de crecer desde que he entrado en el cuarto de baño para empezar a arreglarme. Inspiro despacio y mientras descuelgo el abrigo del perchero, me digo que solo tengo que relajarme y pensar en pasármelo bien. Tiene que ser fácil, ¿no?

Salimos del portal y un taxi ya nos está esperando. Nos acomodamos las dos en el asiento trasero y le doy la dirección al conductor. Elena, a mi lado, saca su teléfono móvil y comienza a teclear. Me mira y dibuja una sonrisa de disculpa.

—Perdona, es mi madre. Todavía se cree que tengo quince años y que debe advertirme de todos los peligros del mundo cuando salgo por la noche.

El tono de divertida indignación no oculta el cariño que impregna sus palabras. Me apoyo contra el respaldo y, mientras veo cómo crece su sonrisa al leer el texto que aparece en la pantalla, no puedo evitar sentir cierta envidia. No soy capaz de recordar la última vez que hablar con mi madre no supuso algo diferente a desencanto o frustración. Sé que no siempre fue así, pero por más que me esfuerzo soy incapaz de identificar en qué parte del camino perdimos la capacidad de comunicarnos.

—Te manda recuerdos. —Abre el bolso y mete el teléfono.

Me sacudo la sensación de desazón que últimamente siempre me embarga cuando pienso en mi madre y le regalo una sonrisa.

—Dale un beso de mi parte la próxima vez que hables con ella.

—Entonces será mañana por la mañana. No es de las que da tregua. —Me guiña un ojo y las dos nos reímos.

Diez minutos después, el taxi se detiene y el conductor nos señala un local a nuestra derecha.

—Es aquí.

Miro por la ventana mientras saco el monedero, pero no veo nada más allá de la puerta y el cartel que la corona. Le pagamos la carrera al taxista y nos bajamos. A pesar del frío, encontramos varias personas fumando en la entrada. Pasamos entre ellas y, al empujar la puerta, la música nos envuelve.

El sitio no es muy grande. Es una especie de café con la barra a la izquierda y una decena de mesas con sillas, frente a un escenario que, por ahora, está vacío. Miro a mi alrededor en busca de alguna cara conocida y, en la esquina de la barra más alejada del escenario, reconozco a Jorge. Él, que también me ve, agita el brazo a modo de saludo.

Se lo señalo a Elena y buscamos un camino entre las mesas que nos permita llegar hasta su posición. A medida que nos acercamos, descubro que no está solo. Ángel se gira en su taburete y

espera a que nos acerquemos con una sonrisa pintada en los labios.

—Da gusto ver una cara amiga. Hoy al menos nos aseguramos los aplausos. —Se pone de pie y me da dos besos.

—Sí, siempre es mejor eso a que te tiren tomates. Me alegro de verte. —Jorge se estira en su asiento e imita a su amigo. Luego mira a Elena. —Hola, soy Jorge.

—Elena. —Se besan en las dos mejillas.

Ángel se acerca y la presentación se repite.

—¿Qué queréis tomar?

Elena señala las botellas de cerveza que descansan en la barra.

—A mí me vale con una de esas.

Jorge me señala.

—Otra. ¿Sergio no ha llegado? —lo pregunto casi con miedo. Después de la conversación de esta mañana con Elena, me siento como si llevase un cartel luminoso a la vista de todo el mundo que solo con pronunciar su nombre se llenase de fuegos artificiales.

—Sí, pero tenía que hablar con el gerente. No creo que tarde en volver.

—Hola.

Como si le hubiese invocado, su voz suena junto a mi oído. Contengo a mi corazón que amaga con salir al galope, pero lo que no soy capaz de contener es la oleada de sangre caliente que se me agolpa cuello arriba. Me siento como una niña pillada en falta.

—Hola.

—Me alegra que no se te haya olvidado esta vez. —Cuando me besa, la piel de su mejilla roza contra la mía que debe estar ardiendo. Me aparto lo más rápido que puedo con la esperanza de que no lo haya notado—. ¿Habéis llegado hace mucho?

—Cinco minutos. —Por el rabillo del ojo veo a Elena que me mira con una sonrisita—. Sergio, ella es mi amiga Elena.

—Encantada. —Se acerca y le da los dos besos de rigor—. Tenía ganas de ponerte cara.

La mirada de Sergio cae en mí y el calor de mis mejillas vuelve a subir al escucharla.

—Deberíamos ir preparándonos. —Jorge nos entrega una botella de cerveza a cada una y mira a sus amigos.

Ángel asiente, da un último trago a la suya y se pone en pie.

—Vamos allá.

Sergio se queda rezagado un instante.

—Os he reservado una mesa. Es la primera a la derecha. —Señala una de las que están más cerca del escenario—. Deseadnos suerte. —Nos regala una sonrisa y luego se marcha en busca de sus compañeros.

Con la piel ardiendo y la cerveza en la mano, le observo unos segundos mientras se aleja. Elena, a mi lado, me mira conteniendo una sonrisa.

—¿Nos sentamos?

Asiento y sigo a mi amiga que ya se está abriendo camino entre las mesas. Cuando ocupamos nuestros asientos, los chicos ya se encuentran cada uno junto a su instrumento sobre el escenario. La voz de Sergio amplificada por el micrófono se eleva sobre el murmullo.

—Buenas noches. Somos The String Band y espero que esta noche disfrutéis tanto como nosotros.

Un instante después la música del piano comienza a sonar. Ya con los primeros acordes reconozco la canción, es a *Sky full of stars* de Coldplay, una versión instrumental. El chelo y el violín se unen y mis ojos pasan de Jorge a Ángel. Se los ve concentrados, pero a la vez relajados.

Cuando se posan en Sergio, ya no soy capaz de dejar de mirarlo.

Durante los siguientes treinta minutos, van encadenando diferentes versiones de canciones actuales y nos hacen disfrutar con cada una de ellas. Cuando tocan las últimas notas, una energía contagiosa se ha extendido por la sala. Con los primeros aplausos, Ángel mira a Sergio y luego los dos a Jorge, y sonríen.

—Son buenos. —Elena silba y los tres vuelven la cabeza hacia nosotras y se ríen.

—Sí, lo son —coincido sin dejar de aplaudir.

Se despiden del público y bajan del escenario. En un minuto los tenemos sentados al lado. Ángel hace una seña al camarero y le muestra cinco dedos para que traiga otra ronda de cervezas.

—No ha estado mal, ¿verdad? —Jorge se sube las mangas de su camisa de cuadros y sonríe satisfecho.

—Ha sido genial. Me ha encantado. Tanto que voy a intentar convencer a mi jefe para hacer un artículo sobre vosotros.

La sonrisa de Jorge se ensancha al escuchar las palabras de Elena.

—Entonces tengo que darte mi teléfono. Así puedes preguntarme lo que quieras.

—Te lo advierto desde ya. —Ángel señala a mi amiga con la botella que le acaba de entregar el camarero—. No le des muchas alas o no habrá quien lo soporte.

—No le hagas ni caso. Es solo que tiene envidia. El violín es mucho más sexi.

—Eso será en tus sueños.

—No te piques, Angelito, la verdad es la verdad.

—¿Ves? Ahí coincido. La verdad es la verdad y que eres idiota no lo puede rebatir nadie.

Todos nos reímos y Jorge se pone la palma sobre el pecho como si le doliese el corazón.

—Y a ti, ¿te ha gustado?

Vuelvo la cabeza y me encuentro con la sonrisa de Sergio. Esa que, más que verse, se intuye en las comisuras apenas levantadas y los labios apretados. Una promesa que sabes que esconde algo mayor. La que es suya, su marca personal y que hace que se me tense el estómago como la cuerda de un violín.

—Sí, mucho —lo digo con sinceridad, porque, aunque mi relación con la música es complicada o precisamente por ello, entiendo el esfuerzo y el talento que hay detrás de eso que ellos han hecho parecer fácil sobre el escenario.

—Bien. Me alegro. No me hubiera gustado ser el culpable de que desperdiciases la noche de un sábado. No aguanto bien los remordimientos.

Sé que está bromeando, a pesar de mis nulas dotes para interpretar a los demás, con Sergio me resulta fácil, así que le sigo la corriente.

—Ya imagino, en el fondo no eres tan majo.

Me mira. Un segundo, dos.

—¿Has hecho una broma?

El calor sube de golpe hasta mi cara. Aprieto los labios.

—Joder. Perdona, no te enfades. No quería molestarte. —Su sonrisa se va ensanchando poco a poco hasta ocuparle toda la cara—. Es solo que me ha gustado. Mucho.

—¿Por qué? —digo cohibida—. Ha sido solo una tontería.

—No sé, quizá por eso. Y porque siempre pareces tan seria, tan analítica. Y quizá también porque que te sientas cómoda para decir tonterías significa que empezamos a ser amigos.

Amigos.

—¿Eso somos?

—Yo diría que sí. Al menos, la promesa de llegar a serlo, ¿no crees?

Y aunque lo lógico sería que sus palabras fuesen una decepción, lo que siento no se parece en nada. Lo que siento es cálido e inesperado. Y bonito, porque por una vez me siento aceptada sin condiciones ni expectativas, sin etiquetas, solo por ser lo que soy. Nos miramos con una complicidad nueva, recién nacida.

—Sí, creo que sí.

Y alzamos nuestras cervezas.

—¿Qué celebramos?

Sergio me dedica una última mirada y luego se vuelve hacia Jorge.

—¿Que somos jóvenes y tenemos toda la noche del sábado por delante para disfrutarla?

—Me vale —acepta y levanta su botella.

Elena acerca la suya.

—A mí también.

—Y a mí —secunda Ángel.

Brindamos por los sábados y me llevo la botella a la boca con la intención de que el trago de cerveza consiga apagar el cosquilleo en mi estómago. Porque con esa simple frase, que cubre un secreto que en realidad no lo es, me he dado cuenta de que Sergio tiene una cualidad que muy pocas personas en mi vida han poseído y es la de hacerme sentir segura.

A mi cerebro obsesivo le gustaría analizar más a fondo ese pensamiento, pero no tengo más remedio que apartarlo para más adelante cuando Ángel propone ir a tomar la siguiente a algún sitio más animado.

Nos terminamos las cervezas y después de que los chicos se despidan de los camareros y algunos clientes que deben ser habituales, salimos a la calle. El contraste de temperatura entre el interior y el exterior me eriza la piel y me cierro el abrigo. Elena se acerca con una sonrisa y entrelaza su brazo con el mío, como ya va siendo costumbre.

—Ven, anda, friolera.

Le devuelvo la sonrisa y comenzamos a caminar. Lo hacemos un par de pasos por detrás de los chicos que van discutiendo dónde ir a continuación.

—¿Qué tal la primera toma de contacto? —le pregunto mirando las tres figuras delante de mí.

—Bien. Son majos.

—Sí, eso creo yo.

—¿Sabes, Christina?, presiento que este es el comienzo de una hermosa amistad.

La imitación de Humphrey Bogart es tan mala que no puedo evitar reírme.

—¿Qué? —pregunta indignada.

—Que me alegro de que seas periodista y no actriz. Te hubieras muerto de hambre.

Arruga la nariz y me mira muy seria. Luego deja escapar una carcajada.

—Bien visto.

Tras diez minutos de caminata, al final, terminamos en un bar algo escondido en el que casi todo lo que suena es música de los ochenta. Contra todo pronóstico, está bastante lleno, pero tenemos suerte y conseguimos una mesa que se queda libre justo cuando pasamos a su lado. Mientras nos sentamos, Ángel y Sergio nos preguntan qué vamos a tomar y desaparecen camino de la barra. Elena y Jorge, que parecen haber hecho buenas migas, están enzarzados en una conversación sobre música, así que yo me dedico a mirar a mi alrededor.

La media de edad es algo más alta que la de nuestro grupo, sin embargo, los chicos parecen ser habituales. O eso interpreto por el saludo que intercambian Ángel y Sergio con el camarero. Mientras prepara las bebidas, charlan de forma distendida y yo no puedo evitar preguntarme por

qué algo que parece tan fácil para los demás, a mí me resulta tan difícil. Sergio se gira y sus ojos se encuentran con los míos en la distancia. Me guiña un ojo y esboza una sonrisa que provoca otra automática en mis labios.

Cuando llega a mi lado, me tiende un botellín de cerveza y deja sobre la mesa una botella de agua. Le sonrío agradecida, cambio el botellín por la botella y doy un trago largo. El líquido frío baja por mi garganta y apacigua el ardor que el calor que hace en la sala y las dos cervezas que me he tomado en el otro local han provocado.

—Gracias —le digo.

Se sienta a mi lado y apoya su cerveza junto a la mía.

—No hay de qué. Todavía queda mucha noche por delante.

—¿Qué te parece el sitio? —me pregunta Ángel mientras se acomoda en un taburete bajo enfrente de nosotros—. Seguro que no tiene nada que ver con los de Berlín. Un amigo que estuvo allí tres meses me contó que la «marcha» en esa ciudad es otra cosa.

—La verdad es que no sabría qué decirte. Mientras vivía allí no salía demasiado.

De hecho, creo que podría contar con los dedos de las dos manos las veces que lo hice durante los cuatro años que estuve allí —siempre a instancia de Anna que creía que aislarme no me beneficiaba— y creo que me sobraría alguno. Pero eso no se lo cuento.

—¿Cuántos años tenías?

—Llegué con dieciséis y me fui casi con veinte. Pero me costó mucho adaptarme, echaba de menos España.

Mi casa, a mi padre, mi vida.

—Y a mí. También me echaba de menos a mí —añade Elena que en algún momento se ha unido a la conversación.

La miro y sonrío.

—Por supuesto, a ti también te echaba de menos.

—Así que, ¿os conocéis de siempre?

Elena mira a Ángel y asiente.

—Básicamente, sí. En mis primeros recuerdos siempre está Christina en la puerta de enfrente. Con el mismo pelo rubio y esos ojos azules, pero con menos tatuajes y pendientes —. Dice divertida y señala la hilera que me recorre la oreja desde el hélix hasta el lóbulo.

—Angelito, ¿a ti no te hubiera encantado que hubiéramos vivido de pequeños puerta con puerta? —pregunta Jorge. Una sonrisa irónica le curva los labios.

Ángel le mira un segundo mientras parece meditarlo.

—No. Para nada —responde escueto y le da un trago a su cerveza.

—Por lo menos en algo estamos de acuerdo —alarga el brazo y ambos chocan sus botellas.

Miro a Jorge, que me guiña un ojo, y mi sonrisa se encadena con todas las otras que no han dejado de asomar a mi boca en toda la noche. Me vuelvo hacia Elena que también sonrío. De pronto, la música que suena por los altavoces cambia y su sonrisa se ensancha y la cara se le ilumina

—Me encanta esta canción. ¿Te vienes a bailar? —me pregunta.

Hago un movimiento negativo con la cabeza.

—Quizá más tarde.

—Yo te acompaño. —Ángel se levanta de su asiento y espera a que Elena llegue a su lado.

Ya van camino de la pista cuando Jorge deja su cerveza sobre la mesa y se pone en pie de un salto.

—Yo también me apunto.

Los miro alejarse y hacerse un hueco entre la gente. Luego devuelvo mi atención a Sergio que continúa a mi lado y me observa con media sonrisa.

Sus ojos me estudian unos instantes.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Christina?

Asiento.

—¿Te escondes de mí? Porque hace varios días que no te veo por la Escuela.

—Ya, es que no estoy yendo. —Deslizo los dedos por el plástico de la botella y me centro en su tacto contra las yemas de mis dedos mientras decido cuánto quiero compartir—. Creo que me estoy tomando un descanso.

—¿Crees?

Me encojo de hombros. No quiero ser estúpida. Sergio ya ha cargado con bastante cuota de mi inaccesibilidad desde que nos conocemos, pero tampoco me apetece hablar de ello. Opto por ser sincera.

—Preferiría no hablar de ello ahora mismo.

Me observa durante un par de segundos y luego señala la pista de baile.

—Entonces, ¿no te gusta bailar?

—Algo así.

—Cuéntamelo. —Su tono es suave y bajo, como si estuviéramos compartiendo un secreto.

—No es gran cosa. Solo que no se me da muy bien. Siempre he sido un tanto descoordinada.

—No me convence.

Alzo las cejas y me acomodo mejor en el asiento para mirarle de frente.

—Es que no tiene que convencerte. Simplemente no me siento cómoda bailando mientras los demás me miran. —Llevo tantos años exponiéndome para que me evalúen y juzguen que cuando depende de mí lo evito a toda costa.

Sergio parece meditar mis palabras mientras gira la botella de cerveza sobre su rodilla.

—No, sigue sin convencerme. —Suelta la botella sobre la mesa y extiende la mano—. Vamos.

—No.

—Sí. Vamos. —Sus dedos apresan los míos—. La perfección no existe, Christina, —sonríe— y, sobre todo, aquí no importa. Solo consiste en divertirse. —Da un pequeño tirón tentativo—. Por favor.

Mi resistencia tarda en desvanecerse lo que sus ojos en posarse sobre los míos. Brillan con diversión, calidez y confianza, y no soy capaz de negarme a ninguna de esas emociones que proyecta en mí. Así que le permito que tire de mi cuerpo y me lleve hasta la pista, siempre con su mano en la mía.

Cuando Elena, Ángel y Jorge nos ven, silban y abren el círculo. Sergio me suelta y me coloco junto a mi amiga. Suena una canción en inglés que no reconozco, pero que resulta pegadiza. Inspiro e intento seguir el ritmo. Jorge se coloca a mi izquierda y choca su cadera con la mía, provocándome una carcajada. Ángel me mira, me guiña un ojo y se mueve al mismo ritmo que yo.

Una canción da paso a otra y, poco a poco, me voy olvidando de todo lo que no tenga que ver con las cuatro personas que bailan, bromean y ríen a mi alrededor, y la energía que estalla bajo mi piel. El sudor empapa mi nuca y noto el vestido pegado al cuerpo, pero no me dejo de mover.

Las luces bajan y la música se vuelve más lenta. Levanto la mirada y me encuentro con el rostro sonriente de Sergio. Se acerca un paso y coloca una mano en mi cintura. Está guapo a rabiar, con los ojos brillantes y el pelo alborotado. Se acerca un poco más para acompañar

nuestros movimientos y su olor me envuelve. No puedo dejar de mirarle.

«Me gusta».

Es apenas un destello, más una emoción que un pensamiento, pero no dejo que coja forma. Antes de que pueda hacerlo, lo guardo en uno de esos cajones que tengo llenos de cosas que no son para mí.

## Capítulo 16

Vivir en una gran ciudad puede tener muchas ventajas, pero también inconvenientes. Encontrar una dirección, cuando tu sentido de la orientación es un desastre y todas las calles parecen iguales, puede convertirse en algo desesperante o, al menos, así es como me siento después de más de media hora perdida por una zona residencial en la zona norte de Madrid. Consulto otra vez el mapa en mi teléfono móvil y miro a mi alrededor, pero continúo sin ser capaz de encontrar el número ochenta y ocho.

Me entran ganas de gritar y no es tanto por el hecho de estar perdida, sino por saber que encontrarme en esta situación es culpa mía, consecuencia de una nueva y agobiante necesidad de mantenerme ocupada a toda costa. Porque cuando me paro siento que pierdo pie. Por eso he rechazado la oferta de Sergio de venir en coche con él, mañana viernes, y me he embarcado en esta odisea de trenes, autobuses y aceras infinitas. Inspiro despacio y profundo para calmar la frustración, y vuelvo de nuevo al principio de la calle.

Tras diez minutos más de caminata, por fin, doy con el dichoso número ochenta y ocho. Lo encuentro al doblar la esquina en un pequeño fondo de saco. La madre selva ha conquistado gran parte del muro y flanquea la puerta tapando casi por completo los dos ochos de metal. Parece una entrada trasera, por eso lo he pasado por alto.

Me acerco y pulso el botón del portero automático. Una voz de mujer contesta tras unos pocos segundos. Le doy mi nombre y la puerta se abre con un zumbido.

Veo la casa nada más atravesar el arco de entrada. Tiene las paredes encaladas en blanco y el tejado de pizarra. Una pradera de césped algo crecido la rodea por los cuatro puntos cardinales. Cuando llego a la puerta principal, una mujer, que imagino es la dueña de la voz que me ha permitido la entrada, me está esperando. Le calculo alrededor de los sesenta años, viste ropa informal y lleva el pelo recogido en una coleta baja. Me sonrío nada más verme.

—Christina, ¿verdad? —Por el acento intuyo que debe ser argentina o uruguaya.

—Sí.

—Encantada, soy Valentina. Hemos hablado por teléfono. —Me hace un gesto invitándome a entrar y luego cierra la puerta—. Si quieres te guardo el abrigo.

Asiento agradecida y se lo entrego. Mientras lo cuelga en un armario oculto en la pared tras la puerta, miro a mi alrededor. Hay plantas por todos los rincones y las paredes están llenas de cuadros. En el centro de una consola descansan varios marcos de fotos. Los observo sorprendida, porque a pesar de no haberla visto nunca en persona, puedo reconocer a la mujer que aparece en todos ellos. Yo y supongo que la mitad de los españoles. En mi caso y debido a mi padre que la escuchaba a todas horas, su voz forma parte de la banda sonora de mi infancia.

—Parece que fue ayer.

Sigo la mirada de Valentina hasta una de las fotografías donde aparecen dos chicas con sonrisa de complicidad.

—Me dijiste que tenías que rellenar una ficha. Si no te importa, antes de empezar, a Celia le gustaría charlar un momento contigo. Para ella no son solo objetos, tienen un valor sentimental.

—Espera a que dé mi consentimiento y, cuando lo hago, sonrío—. Vamos, está en la salita.

Empieza a caminar y yo la sigo en silencio, todavía un poco descolocada por la situación. Cuando he salido esta mañana de casa esperaba encontrarme con un pequeño conjunto de instrumentos para inventariar, no con una de las cantantes españolas más reconocibles de la década de los setenta.

Nos detenemos al llegar a una puerta de doble hoja. Antes de abrir, Valentina se gira hacia mí.

—¿Puedo pedirte un favor, Christina?

No sé qué va a pedirme, pero la preocupación que leo en su mirada hace que acepte sin pensar.

—Sí, claro.

—Hace muchos años que Celia está retirada de la vida pública y nos gustaría que siguiera siendo así.

Hago un leve movimiento de comprensión y Valentina abre la puerta.

—Celia, han venido a ver los instrumentos. Ella es Christina.

Doy un paso adelante y una sensación de irrealidad me envuelve, porque de repente tengo delante a Celia Vélez. Es cierto que es una versión un poco mayor que la imagen de ella que guardo en mi memoria, sobre todo me llama la atención el gris que ha colonizado su melena azabache, pero, incluso con esos pequeños cambios, es perfectamente reconocible.

—Es un placer conocerla.

—Lo mismo digo, pero no me llames de usted. Y pasa y siéntate. —Hace un gesto hacia uno de los sillones enfrente de ella—. ¿Valentina te ha ofrecido algo de beber?

—No hace falta, muchas gracias.

—¿Estás segura? Puedo traerte un café o un zumo.

—De verdad que no, gracias.

—Entonces, os dejo. Estoy en la habitación de al lado, si necesitáis algo.

Observo a Valentina salir del cuarto y cerrar las puertas tras de sí. Celia me mira con una sonrisa y me doy cuenta de que me he quedado como un pasmarote plantada en mitad de la sala. Con el rubor subiendo a mis mejillas, recorro la distancia que me separa del sillón y me siento.

—No te voy a robar mucho tiempo. Valentina ya me ha contado la labor que hacéis y por eso le pedí que os llamara. —Hace una pequeña pausa para dar un sorbo del vaso de agua que descansa sobre la mesa frente a ella—. ¿Qué edad tienes Christina?

—Veintisiete.

—Más o menos con tu edad, yo conocí a mi marido. —Su mirada se vuelve soñadora—. Era guapo, muy guapo, pero al principio no me gustó. Nos presentó una amiga en La Coruña. Yo había ido a dar un concierto. Coincidimos en la cafetería del hotel. Yo venía de cantar y ellos, mi amiga y su grupo, estaban tomando una copa después de cenar. Me pareció muy soso, antipático. Casi ni me habló en toda la noche. Tres meses después nos volvimos a encontrar en Madrid, en un estudio de grabación, iba a ser uno de los compositores de mi nuevo disco. La noticia me cayó como una bomba. No me veía trabajando con él. Me parecía imposible congeniar con alguien que era todo lo opuesto a mí. Sin embargo, me equivoqué. Con el paso de las semanas, nos fuimos haciendo amigos y me di cuenta de que no éramos opuestos, sino complementarios. Nos equilibrábamos. Y de la amistad al amor pasamos sin darnos cuenta. ¿Sabes? Casi toda mi música la compusimos juntos en esta misma casa. En el estudio que hay al fondo de este pasillo.

No hace falta que me cuente nada más para darme cuenta del valor sentimental que tienen los instrumentos que nos va a donar. Me los imagino como pequeños ladrillos que, junto con todos

los recuerdos que abarrotan las estanterías y paredes de esta habitación y, supongo, de toda la casa, conforman la imagen del camino de su vida.

—Ahora que ya no puedo darles uso, me gustaría que esos instrumentos les sirvieran a otros. Es un desperdicio que su única utilidad sea coger polvo en un rincón olvidado.

—Estamos muy agradecidos de que hayas pensado en nosotros. Nuestra labor es darles una segunda vida a esos instrumentos y hay un montón de niños deseosos de poder hacerlo.

Me sonrío y asiente.

—Me alegra poder ayudar. Valentina te acompañará a verlos y te responderá a todas las cuestiones que necesites.

Un segundo después de que haya dicho su nombre, el rostro sonriente de Valentina asoma tras la puerta. Sin duda, es la señal para despedirme, así que le doy una última vez las gracias a Celia y me pongo en pie.

Sigo a Valentina, que me guía por los pasillos de la casa hasta llegar al estudio de grabación. Aquí no llega la luz del sol y el silencio es absoluto. Cuando entramos, mis ojos vuelan hasta el piano de cola que domina el espacio, y no puedo evitar imaginar a Celia y su marido a su alrededor mientras componen o ensayan, riendo, enamorados.

—Es por aquí. —La voz de Valentina me saca de mi ensoñación. La sigo mientras cruza la sala de grabación hasta una puerta semiescondida en la pared del fondo y entramos en un almacén.

—Ahí los tienes.

Miro en la dirección que me señala y los veo justo al lado de una estantería llena de cables, conectores, micrófonos y demás parafernalia técnica. Son varias guitarras, un par de teclados y algunos instrumentos más pequeños de viento y cuerda. Rescato de mi bolso el formulario de control que he impreso y antes de empezar a rellenarlo me dirijo a Valentina:

—No creo que tarde más de quince minutos, pero si tienes algo que hacer puedo quedarme sola.

—No te preocupes, papeleo ya hay poco. Ahora sobre todo nos dedicamos a hacernos compañía mutua. Es agradable hablar con alguien nuevo de vez en cuando. Antes eso formaba parte de mi día a día.

Me acuerdo de la fotografía del recibidor.

—Lleváis toda la vida juntas.

Su risa suave llena la sala.

—Sí, puede decirse que sí. El puesto de secretaria de Celia fue mi segundo trabajo. Tenía poca experiencia, pero muchas ganas de aprender y congeniamos bien desde el principio. No te digo que siempre haya sido maravilloso, Celia es una fuerza de la naturaleza y ha habido momentos difíciles, sin embargo, aquí seguimos.

Cojo una de las guitarras. Tiene el símbolo del infinito grabado. Deslizo con suavidad las yemas de los dedos sobre él.

—Si fuera ella, no sé si sería capaz de regalarlos.

—Es complicado. —Observa mi mano durante un par de segundos y luego suspira—. Pero es lo que quiere, sobre todo ahora que ya no puede usarlos para recordar.

La miro y esboza una sonrisa cargada de tristeza.

—La vejez a veces es una ladrona despiadada.

No dice nada más y yo no pregunto, no se me ocurriría tratar de invadir así su intimidad. Me limito a asentir con comprensión y empiezo a rellenar el formulario mientras pienso en lo cruel que es a veces la vida que da tanto como quita.



## Capítulo 17

A la mañana siguiente, me levanto con una sensación extraña. El encuentro con Celia ha removido recuerdos que hacía mucho tiempo que tenía olvidados y que se han estado paseando a sus anchas por mis sueños durante toda la noche. Mi padre era el protagonista en todos ellos. Pero no estaba solo, mi madre y yo lo acompañábamos. Eran fragmentos de momentos compartidos de mi infancia, momentos aparentemente irrelevantes, dulces, bonitos, tranquilos. Momentos que sé que no volverán y que hacen que hoy note un poco más esa soledad de la que en los últimos días no era tan consciente. También que logran que los extrañe; a mi padre, a mi madre, a pesar de las circunstancias, y, sobre todo, a la familia que fuimos.

Mi primer impulso es coger el teléfono e ir a los favoritos de mi agenda. El número de mi madre aparece el primero de la lista. Repaso las cuatro letras con la mirada, una, dos veces, tres. Al final, deslizo el dedo por la pantalla y pulso el siguiente nombre en la lista.

La voz de mi abuelo me llega a través de la línea y, cuando la escucho, una sonrisa se abre paso de forma automática hasta mis labios.

—Hola, abuelo.

—Esa voz... ¿Esa voz es de mi nieta?

Sonrí por la reprimenda velada, aunque sé que tiene razón, hace meses que no hablo con ellos.

—Sí, creo que sí.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo estás, mi nieta?

—Bien, abuelo, bien.

—Y ¿cómo va ese piano?

La voz amortiguada de mi abuela nos interrumpe sin darme tiempo a responder. No entiendo lo que dice, pero escucho a mi abuelo contestar: <<Es la nieta>>. Luego el silencio inunda la línea unos segundos. Cuando vuelven a hablar, ya no es mi abuelo quien está al teléfono.

—¿Christina?

—Hola, abuela.

—Cariño, ¿cómo estás? ¿Cómo va todo?

—Bien, todo bien.

—Me alegro, mi vida. Llevo toda la semana queriendo mandarte un wasap de esos, pero ya sabes que no me aclaro con el teléfono. Con la lata que están dando en la televisión con Londres y la muerte de la reina y la sucesión, me paso el día mirando por si te veo por casualidad.

Me río.

—Abuela, Londres tiene más de ocho millones de habitantes.

—Ay, hija, y yo que sé. Las casualidades existen.

—Sí, pero en este caso iba a ser un poco difícil, porque no estoy en Londres, sino en Madrid.

—¿Estáis aquí en España?

—Yo estoy en casa, en Madrid. Mamá sigue en Londres. Ha sido un cambio de última hora.

—Y ¿cómo te organizas? ¿Estás comiendo bien? Porque con esos horarios imposibles que

tienes ya te veo alimentándote a base de sándwiches. Si quieres, te vienes por aquí y yo te preparo comida para que te lleves o, mira, mejor te mando al abuelo con unos tápers, que seguro que tú no tienes tiempo.

Siento un pellizco desagradable bajo las costillas al oírla dar por sentado que, a pesar del tiempo que ha pasado desde la última vez que fui a verlos e incluso estando a poco menos de trescientos kilómetros de distancia, su única nieta no tiene tiempo para ellos. No la culpo, no podría, hace años que nuestra relación se basa en varias llamadas de teléfono al año y nada más.

—No mandes al abuelo, no hace falta. Puedo ir yo este fin de semana.

—Mi vida, no te preocupes por nosotros. Tú estás ocupada y tu abuelo tiene tiempo libre y seguro que no le importa.

Insisto.

—De verdad, abuela, prefiero ir yo. Además, así os veo a los dos.

—Nosotros también tenemos ganas de verte, cariño. —Percibo el cambio, incluso antes de que vuelva a hablar—. Si tú crees que tienes tiempo, no hay nada más que decir. Santiago, prepara el jamón que la niña viene el fin de semana.

Rompo a reír al escucharla.

—¿Necesitas que vayamos a buscarte?

—No, tranquila, cogeré el autobús. Todavía tengo que terminar unas cosas y no sé a qué hora voy a poder salir. —En realidad, no tengo mucho que hacer, pero no quiero que mi abuelo conduzca seiscientos kilómetros en un día por mi comodidad—. Os llamo cuando sepa a qué hora voy a llegar.

—Está bien. Que tengas buen viaje.

—Gracias, abuela. En unas horas os veo.

—Lo estamos deseando.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa pintada en los labios y una sensación cálida en el pecho que no me abandonan en lo que queda de mañana. Tanto es así que, cuando unas horas después abro la puerta de Crescendo, Sergio, que está sentado frente a su ordenador, levanta la cabeza y cuando me mira dice:

—Sea lo que sea que regalesen hoy en el Metro, yo quiero uno.

Mi sonrisa se hace más grande. Paso por su lado y rodeo su mesa hasta llegar a la que se encuentra enfrente, sin que sus ojos me abandonen.

—¿Por qué me miras?

—¿Por qué sonríes?

—Me voy a ver a mis abuelos el fin de semana.

—Y eso te hace sonreír. Es bonito.

—Hace tiempo que no los veo. A ellos no les gusta mucho el avión y para mí era difícil encontrar el momento de venir. —Levanto la tapa de mi portátil y pulso la tecla de encendido—. Ahora solo tengo que conseguir un billete de autobús.

—¿Viven lejos?

—En un pueblecito de Salamanca. En la sierra, cerca de Extremadura.

—No he estado nunca.

—Es una zona bonita. Por lo menos, lo que recuerdo. Acostumbrada a los edificios de Madrid, cuando llegaba allí, las casitas bajas de piedra me parecían de cuento. También hay mucha naturaleza.

—Me estás dando envidia. Podrías meterme en tu maleta.

—Me temo que ese hueco ya está adjudicado. Mi abuela me ha prometido comida casera para llevar y, conociéndola, voy a necesitar todo el espacio posible. Ya me veo a la vuelta arrastrando diez kilos de maleta por medio Madrid.

—Entonces, no me metas en la maleta. Deja que te lleve en coche.

Le miro, en su boca se dibuja una sonrisa, pero está hablando en serio.

—Piénsalo, son todo ventajas. Te ahorras el viaje en autobús, cargar con la maleta y tienes compañía para hacer turismo.

Suena bien. Muy bien. Pero estoy tan poco acostumbrada a contar con los demás, a pedir o aceptar favores, que dudo.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé. Quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—La pregunta sería ¿por qué no? Hago un favor a una amiga y en el transcurso aprovecho para salir unos días de Madrid y respirar aire fresco. Me parece un plan redondo. Siempre que a ti te apetezca compañía, claro está.

Me muerdo los labios. Si mi zona de confort fuera la Tierra, pasar casi dos días con sus horas con alguien que apenas conozco en un pueblo al que hace años que no voy estaría situado en la órbita del sol. Sin embargo, y para mi sorpresa, no digo que no. Últimamente me cuesta acostumbrarme a la soledad como compañera de viaje, pero no es solo eso. Es Sergio. O soy yo cuando estoy con él. Me siento cómoda, casi relajada. Me parezco menos a quien soy y más a quien quiero ser.

—Con una condición: yo pongo la música en el coche.

Me mira pensativo durante un par de segundos y luego su boca se extiende en una sonrisa enorme.

—Hecho. ¿Cuándo nos vamos?

Pasamos los siguientes treinta minutos organizando la logística del viaje. La mitad de ese tiempo lo empleo en convencer a Sergio de que no tiene que llevar la comida para el fin de semana, ni sus sábanas, ni toallas. Él insiste en que no quiere darle trabajo a mis abuelos, que bastante es con que le acojan en su casa. Pero yo los conozco y sé que habrán comprado comida para un regimiento, más ahora que saben que voy acompañada, y que están felices de poder llenar por unos días las habitaciones de la casa.

La otra mitad se va en decidir la ruta —ahí yo puedo aportar poco, ya que ni conduzco ni conozco las carreteras— y la hora de salida. Al final, decidimos salir a las tres, antes de que las carreteras se congestionen y con la idea de llegar al pueblo mientras todavía sea de día.

Mientras caminamos hacia la parada de Metro, noto que Sergio me mira con media sonrisa.

—Ahora eres tú el que sonríes.

—Sí. ¿Quieres saber por qué?

Avanzamos acompasados, uno al lado del otro. Él con las manos en los bolsillos del abrigo y yo en los extremos de la bufanda para que no ondeen con el viento. No nos rozamos, pero puedo sentirlo a mi lado como una fuerza constante. Inclina la cabeza hacia mí y alza las cejas retándome en silencio. Y aunque estoy segura de que es una de sus constantes bromas, algo en mi interior me impide decir que <<sí>>.

—No, en realidad, no.

Su sonrisa se ensancha, pícara y satisfecha, y no puedo evitar pensar que parece conocer un secreto que yo no sé.

Elena me abre la puerta con una especie de campanillas en los dedos que me recuerdan a las que utilizan los Hare Krishna. Las observo unos segundos, antes de devolver la mirada hasta el rostro de mi amiga.

—¿Interrumpo algo?

—No, pasa. Ya he terminado.

Cierro la puerta tras de mí y la sigo hasta el salón.

—Trataba de poner un poco de orden en esta locura —dice mientras se señala la cabeza.

—¿Y lo has conseguido? —pregunto divertida.

Se agacha para recoger una esterilla de yoga, que descansa en medio del suelo del salón.

—En realidad no sé si es posible, pero hago lo que puedo. —Me guiña un ojo y las dos sonreímos—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. He quedado en —consulto mi reloj— diez minutos con Sergio. Nos vamos el fin de semana al pueblo a ver a mis abuelos.

Elena detiene la botella de agua de la que está a punto de beber a unos centímetros de sus labios y me mira.

—¿Podrías repetir esa frase otra vez?

—He quedado con Sergio en diez minutos para ir al pueblo a ver a mis abuelos.

Sin decir nada, termina el movimiento, se lleva la botella a la boca y da un trago largo. Luego la apoya en la encimera de la isla.

—¿Pasa algo? —pregunto sin saber muy bien cómo interpretar su silencio.

—Nada de nada —asegura negando con la cabeza—. ¿Se lo has pedido tú?

—No, se ha ofrecido él.

—Entiendo —lo dice con una sonrisilla que me recuerda a cuando éramos adolescentes y nos cruzábamos por la calle con un grupo de chicos guapos.

—No te imagines cosas. Solo es un amigo haciendo un favor a su amiga.

—Y ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Qué?

—Por qué tiene que ser solo eso.

Resoplo.

—No, en serio, piénsalo. ¿Por qué conformarte con que sea solo un amigo? Es divertido, buen tío...

—Y Jorge y Ángel. ¿Debería liarme con los tres?

—Calla y déjame terminar.

Me cruzo de brazos mientras le saco la lengua para demostrar mi desacuerdo y espero.

—Es solo que... —busca mis ojos y me sonríe con dulzura— os veo. Cuando estáis juntos parece que fluis uno alrededor del otro. Además, te hace reír, pero no solo eso, logra que bajes la guardia. Y eso es difícil de ver. —Sin darme tiempo a decir o hacer nada añade: — Y es un bombón. Solo por eso ya merecería la pena.

El toque de frivolidad consigue que sonría y ponga los ojos en blanco.

—Me parece que tanto zen te está afectando. Sergio y yo solo somos amigos.

—Yo creo que no. —Me lo dice con una sonrisa esperanzada.

Tomo aire y me pongo seria dispuesta a romper su burbuja de celestina.

—Elena, no va a pasar nada.

—¿Porque tú no quieres?

—Porque ninguno de los dos queremos. Nuestra relación está bien tal y como es.

Un pitido suena en mi teléfono móvil. Miro la pantalla.

—Tengo que irme. Es Sergio. Ya viene de camino. —Me guardo el teléfono en el bolsillo—. Pues eso, que me marchó el fin de semana. Solo quería que lo supieras.

Elena hace un mohín, luego suspira y se acerca.

—Perdona si soy muy pesada. Puedes hacer lo que quieras: irte a Salamanca sola o acompañada; comerle la boca a Sergio, a quien quieras o a nadie. Da igual lo que yo piense o vea o diga. No me hagas ni caso. Tú solo pásatelo bien y disfruta del fin de semana.

Me envuelve entre sus brazos y me besa en la mejilla. Le devuelvo el beso.

—Gracias. Nos vemos a la vuelta. —Con un gesto de la mano me despido y me encamino hacia la puerta.

Mi teléfono vuelve a sonar en el momento exacto que apoyo mi bolsa junto a la puerta del ascensor. Leo el mensaje de Sergio y sonrío. Soy muy consciente de que con él se está convirtiendo en algo habitual y que parte del discurso de Elena ha puesto en palabras mis propios sentimientos. No sé si podría pasar algo entre Sergio y yo, y tan siquiera me atrevo a pensar en ello, esa es la verdad. No se trata solo de Sergio y de mí. Son Jorge, Ángel, Elena, Crescendo y la nueva vida que quiero o siento que estoy creando en Madrid. Es que por primera vez desde hace años me siento parte de algo y no voy a hacer nada que pueda estropearlo.

## Capítulo 18

Cuando salgo del portal, Sergio me está esperando apoyado en un Mini Countryman azul marino aparcado en doble fila. Mientras me acerco, le observo. Su postura es relajada. Las gafas de sol esconden sus ojos y tiene las manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros. Viste un jersey de lana azul que combina tan bien con el color del coche, que parece que los dos estén posando para un anuncio. Se me escapa una sonrisa que intento ocultar, pero a Sergio no le pasa desapercibida.

—¿Qué? —pregunta con las cejas arqueadas mientras le doy mi maleta para que la guarde en el maletero.

—Nada.

—No cuela. Te estás riendo.

Niego con la cabeza a la vez que trato de escapar de su mirada.

—Solo es una sonrisa.

—Por eso te ocupa la cara entera. Vamos, desembucha. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—A ver, cómo te lo explico. Tú. Que siempre seas —hago un gesto indeterminado que lo abarca de la cabeza a los pies— así.

Abre la puerta del conductor y me mira por encima del techo del coche.

—Así —repite marcando cada letra—. ¿Podrías ser más concreta?

—Si estuviéramos en una película americana de instituto, serías el capitán del equipo de fútbol, del de debate y el rey del baile. Extrovertido, seguro de sí mismo y siempre perfecto.

Me mira con los ojos entrecerrados y una sonrisa.

—Y a pesar de que esos adjetivos suelen tener una connotación positiva, no me suenan a halagos —dice burlón.

Yo me encojo de hombros y con el mismo tono contesto:

—Tú sabrás por qué.

Se ríe y su risa nos acompaña hasta el interior del coche. Mientras nos ponemos el cinturón de seguridad y Sergio arranca, echo un vistazo a mi alrededor. Por supuesto, el coche por dentro está tan impoluto como por fuera y huele a algo cítrico. Mi sonrisa se ensancha, pero esta vez no me molesto en disimularla. Sergio me mira y sacude la cabeza.

Con el sonido de la radio como acompañante, nos incorporamos al poco tráfico que circula a estas horas por mi calle. Cuando llegamos a una de las avenidas principales, Sergio alarga la mano y baja el volumen.

—Ahora has despertado mi curiosidad. ¿Cuál sería tu papel en esa película de instituto americana?

Hago un gesto con la mano.

—No creo que debas preocuparte por eso, no te quitaría protagonismo. Sería una secundaria. La chica solitaria. Saldría de relleno en una o dos escenas —respondo con una mueca.

Sergio frunce el ceño en un gesto de concentración.

—No, no me encaja. —Suelta una mano del volante y me señala—. Serías la alumna nueva.

Reservada, pero interesante. Un personaje que va cogiendo fuerza a medida que se desarrolla la trama.

Me quedo callada mientras asimilo sus palabras. Me gustan. Me gusta lo que dicen de mí, la forma en que me ve; tan distinta de cómo me veo yo. Por eso no se las rebato, simplemente me dedico a repasarlas en mi cabeza mientras los kilómetros pasan y vamos dejando Madrid y sus calles atrás.

—¿Cómo son tus abuelos?

El tráfico en la autovía está tranquilo, los Beatles suenan bajito por los altavoces y los rayos de sol que inciden en el cristal me calientan la cara. Me giro un poco en el asiento y miro a Sergio.

—Conmigo: cariñosos, pacientes. En general, mi abuela es la fuerza y mi abuelo la calma. Supongo que se complementan. Como ya te dije, nos hemos visto muy poco en los últimos años, pero siempre se han esforzado en hacerme saber que seguían ahí.

—¿Son los padres de tu padre o de tu madre?

—De mi padre. Era su único hijo.

Leo la pregunta en los ojos de Sergio y le doy la respuesta antes de que pueda formularla.

—Mi padre murió cuando yo tenía trece años. Al poco tiempo, nos mudamos a Berlín y de ahí a Londres, así que, básicamente, llevó años comunicándome con mis abuelos a través del teléfono.

—Lo siento.

Hago un leve asentimiento.

—Hace mucho tiempo.

—Sí, el tiempo cambia la perspectiva. Al menos, en mi caso. Mi padre hace ya quince años que murió.

Parpadeo, sorprendida.

—También lo siento.

Me sonrío en agradecimiento y continúa.

—Tuvo un accidente de tráfico y de un día para otro dejó de estar. Me pilló en plena entrada a la adolescencia y no lo supe gestionar. Estaba enfadado por todo y con todos; incluso con mi padre. No quería hablar de él ni hacer nada que me lo recordase. Por eso empecé a tocar el piano.

—Hace una pausa y sonrío—. Ahora, sin embargo, me recreo en los buenos recuerdos. He vuelto a hacer cosas que antes compartía con él. Y me gusta pensar que mi padre guio de alguna manera mi camino para encontrar mi verdadera vocación.

—Sí, el tiempo es un gran ponderador.

—Para lo bueno y para lo malo.

Ninguno añadimos nada y durante algunos kilómetros, la música es el único sonido en el interior del coche. Sergio conduce con la vista fija en la carretera y yo giro la cabeza hacia la ventanilla. Y, mientras veo pasar el paisaje a través del cristal, pienso en cómo dos experiencias similares pueden tener resultados tan diferentes. Los dos hemos perdido a nuestro padre en la adolescencia y como consecuencia el piano pasó a ser una parte fundamental en nuestra vida. Sin embargo, lo que para Sergio supuso una bendición, para mí ha sido una condena.

Vuelvo la vista al frente y observo a Sergio por el rabillo del ojo. Y por primera vez, me doy cuenta de que no es que seamos diferentes en la ropa, el estilo o el carácter. Es que somos opuestos por dentro y por fuera a todos los niveles.

El resto del viaje se me pasa en un abrir y cerrar de ojos. Tanto que, mientras atravesamos el pueblo para llegar a la calle de mis abuelos, me sorprende pensando en lo extraño que es y a la vez lo fácil que me resulta estar con Sergio. Tiene algo que calma la tensión que siempre me invade cuando tengo que relacionarme. Es como si entendiese mis tiempos mejor que yo. Respeta mis silencios, pero a la vez consigue que me implique en la conversación y que todo fluya. Y aunque, en general, es un sentimiento agradable, sentirse comprendida o reconocida, soy capaz de detectar ese pequeño matiz que hace que también me resulte algo inquietante.

Sergio detiene el coche y señala a su derecha.

—¿Es esta?

Observo la casa de piedra de dos alturas con sus balcones de reja llenos de flores y sonrío.

—Sí, esta es. Puedes aparcar aquí, si quieres.

Lo hace en una sola maniobra y para el coche. Después, me sonrío.

—¿Lista?

Asiento y, con una sonrisa nerviosa, agarro el tirador.

Estoy cogiendo la maleta de manos de Sergio, cuando escucho una verja abrirse a mis espaldas. Me giro y me encuentro con las caras sonrientes de mis abuelos que vienen hacia mí.

—Cariño.

Mi abuela me besa, me envuelve en un abrazo y yo me dejo hacer.

—Hola, abuela.

De sus brazos paso a los de mi abuelo. Su abrazo es más breve, pero más firme y su cuerpo me cubre por completo. Antes de soltarme del todo, me acaricia la cara con las dos manos.

—Mi niña. Bienvenida.

—Gracias, abuelo.

Nos miramos los tres en un silencio emocionado hasta que escucho el sonido del maletero al cerrarse. Sergio espera un paso por detrás de mí cargado con su bolsa y una caja de cartón en cada mano, así que me hago a un lado para dejarle espacio.

—Sergio, estos son mis abuelos: Santiago y Julia.

—Encantado. Muchas gracias por acogerme en su casa.

—No tienes que darlas. Nos encanta conocer a un amigo de Christina. Y, por favor, no nos llames de usted.

Mi abuela se acerca y le coloca un beso en cada mejilla. Mi abuelo, le mira las manos.

—Trae, deja que te coja algo, que vas muy cargado.

Sergio me lanza una mirada de disculpa y, con media sonrisa y un <<no me juzgues>>, entrega un paquete a cada uno de mis abuelos.

—En realidad estos son para vosotros —dice y le entrega un paquete a cada uno—. No es gran cosa, solo son unos dulces y una planta.

Mi abuela le sonrío agradecida.

—No tenías por qué, pero gracias por el detalle.

—Era lo menos que podía hacer.

—Es muy considerado. —Mi abuelo le palmea la espalda—. Y ahora vamos para adentro que os vais a quedar helados.

Agarro el tirador de la maleta que he dejado en el suelo y, con ella traqueteando a mis espaldas, sigo a mis abuelos que ya van camino de la puerta. Sergio camina a mi lado en silencio con expresión entre divertida y culpable. Cuando le miro, se encoge de hombros.

—Tú lo has dicho, no puedo evitarlo.

—En realidad es bonito, así que gracias.

Nuestros ojos se encuentran y leo la satisfacción en su mirada. Dicen que la mirada es el espejo del alma, pero en el caso de Sergio es una puerta abierta a sus pensamientos. Al contrario que la mía, la suya nunca oculta nada.

Al igual que me ocurrió al llegar a Madrid, traspasar el umbral de la casa de mis abuelos es como transportarme a otra vida. A una que huele a pan, madera e infancia. Aunque esta vez el brazo de mi abuela agarrado al mío me sirve de ancla y hace que el impacto sea menor.

—Os he arreglado las habitaciones de la buhardilla. Subid a dejar las maletas y, de paso, le enseñáis a Sergio dónde está todo.

Coloco mi mano sobre la de mi abuela y me recreo un instante en el cálido consuelo de su piel contra la mía mientras trato de controlar el revoloteo de los recuerdos de mi niñez. Luego la beso en la mejilla.

—Gracias, abuela. Es perfecto.

Subimos los dos tramos de escaleras conmigo encabezando la marcha. Cuando llegamos al rellano del último piso y nos detenemos, Sergio mira a su alrededor: a los techos de madera que decrecen a medida que se van acercando a las paredes, a la ventana con forma de ojo de buey por la que todavía entran los rayos del sol, a la alfombra de lana que cubre el parqué del suelo, suave por el uso.

—Dan ganas de quedarse aquí todo el invierno —dice.

Su comentario me dibuja una sonrisa.

—Siempre ha sido mi lugar favorito de la casa. —Camino hacia la puerta que queda a mi derecha y la abro—. Esta es tu habitación. La mía es la puerta de enfrente.

Sergio se coloca a mi lado y se asoma por el vano.

—Madre mía. Y tiene vistas privilegiadas. —Señala el ventanal que queda sobre la cama desde el que se ve el azul del cielo.

—Mi habitación tiene uno igual. Mi padre me decía que lo habían puesto ahí para que las estrellas se asomaran a darme las buenas noches.

—¿Es por eso tu tatuaje? —Su dedo índice se desliza en un toque casual por la tinta de mi cuello, expuesta por el moño en el que me he recogido el pelo, y es solo un instante, pero logra que se me erice toda la piel del cuerpo.

—No, esa es otra historia.

Puedo notar la curiosidad en sus ojos, pero no me pregunta y yo cambio de tema.

—Tenemos que compartir baño. —Abro la última puerta que queda y entro—. Espero que no te importe. —Me agacho y saco un juego de toallas verde del armario bajo el lavabo y lo dejo en el banco de madera que hay junto a la ducha.

—Cuando dices compartir, ¿te refieres a que tenemos que utilizarlo a la vez?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Cruza los brazos y se apoya contra el marco de la puerta con una sonrisita.

—Una importante.

—Por supuesto que no, idiota.

En cuanto mi cerebro registra el insulto, me quedo de piedra. Sergio me observa un instante, luego acorta la distancia entre los dos, me envuelve con sus brazos a la vez que me levanta del suelo y me besa en la coronilla.

—Y eso ¿a qué ha venido? —pregunto cuando me suelta.

—A que nuestra relación ha subido de nivel. —Me guiña un ojo y sale del cuarto de baño.

Me cuesta unos segundos reaccionar, pero, cuando lo hago, la confusión da paso a una sonrisa que me acompaña hasta mi habitación.



## Capítulo 19

Tardo menos de diez minutos en deshacer la maleta. Cuando termino de colgar la última prenda en su percha y me giro, Sergio está en la puerta de mi habitación observándome.

—¿Pasa algo?

Agita la cabeza como si volviese de un sitio lejano y me sonrío.

—No, solo trataba de imaginarte con unos cuantos años menos.

—Y ¿qué has visto?

—Un angelito rubio con dos trenzas y cara de buena.

—¿Siempre tiendes a pensar lo mejor de todo el mundo?

—¿Me equivoco?

—En realidad, no. Sí fui una niña obediente y tranquila. Y también solía llevar trenzas —reconozco con mortificación.

—Eso me gustaría verlo. Cuando baje voy a preguntarle a tus abuelos. Seguro que tienen documentos gráficos.

Acorto la distancia que nos separa y me detengo justo delante de él.

—Ni se te ocurra pedirle a mi abuela que te enseñe mis fotografías —le advierto y acompaño la advertencia de un pellizco.

Sergio se queja y se frota el brazo.

—Está claro que el mal genio te ha sobrevenido ya de mayor. —Le escucho asegurar entre risas mientras me sigue escaleras abajo.

Cuando llegamos a la planta baja, le hago una pequeña visita guiada por las estancias principales de la casa. Dejo la cocina para el final, a sabiendas de que es allí donde voy a encontrar a mis abuelos. Y no me equivoco. Mi abuelo pela patatas sentado a la mesa y mi abuela, de pie junto al fuego, remueve algo en una cacerola. Vuelve la cabeza al escucharnos entrar y nos regala una sonrisa sin dejar de atender a lo que está cocinando.

—¿Tenéis hambre? Hay café caliente en la cafetera y hemos comprado las rosquillas que tanto te gustaban.

Miro a Sergio, que niega con la cabeza.

—La verdad es que no mucho. ¿A qué os ayudamos?

—A nada, cariño. Tú abuelo y yo ya nos apañamos. ¿Por qué no vais dando un paseo hasta la plaza y así Sergio se familiariza con el pueblo? Todavía queda un rato hasta la cena y luego ya tendremos tiempo de ponernos al día.

Busco los ojos de Sergio, que asiente dándome su beneplácito. Luego, miro dubitativa a mi abuelo que me sonrío de forma alentadora. Al final, claudico.

—Vale. En un rato volvemos. Pero si necesitáis algo, llamadme al móvil.

Con ellos el cariño me sale fácil, como si se hubiese preservado junto con los recuerdos de mi infancia. Por eso, y sin pensarlo, los beso antes de salir de la cocina.

Las calles del pueblo están tranquilas. Aunque es viernes por la tarde y todavía no ha

anochecido, se nota la distancia de la ciudad. Caminamos tranquilos, uno junto al otro, con los abrigos cerrados hasta el cuello, porque el sol ha comenzado a esconderse y el frío se ha vuelto más intenso.

—Se me había olvidado la calma que se respira aquí. Aunque ya no es como lo recordaba. Todas esas casas —digo y señalo las varias decenas de tejados adosados unos con otros que se ven en el horizonte—, antes no estaban.

—Bueno, supongo que es normal, hay pocos pueblos en España que no sucumbieran a la explosión inmobiliaria. Aun así, aquí parece haberles tocado de lejos. Por ahora nos hemos cruzado con dos personas y tres gatos —asegura y puedo escuchar la sonrisa en su voz.

—A ver, está claro que sigue siendo un pueblo pequeño y tranquilo, pero, no sé, me hubiera gustado encontrarlo tal cual lo recordaba.

—<<No vuelvas donde un día fuiste feliz, es una trampa de la melancolía, todo habrá cambiado y ya nada será igual, ni tan siquiera tú>>.

Le miro con las cejas arqueadas y una mueca de horror fingido.

—Madre mía, ¿también eres poeta?

Sin dejar de caminar, choca su hombro con el mío.

—Pues no. Para tu información, ese no está entre mis muchos talentos —responde burlón—. Tenía una amiga que lo llevaba tatuado y de tanto verlo terminé aprendiéndomelo.

—Una amiga..., ya.

Se para, se inclina hacia mí y alza las cejas con picardía.

—¿Quieres que hablemos de mi vida sentimental, Christina?

Sonrí y le empujo para que vuelva a caminar.

—No, para nada. Todavía no hemos llegado a ese nivel en nuestra amistad.

Nos reímos y seguimos paseando.

—La verdad es que tiene un mensaje un tanto descorazonador.

—Aunque pueda parecerlo, en realidad habla de crecimiento. El poema es más largo y no recuerdo las palabras exactas, porque mi amiga —hace una pausa y me mira retándome a añadir algo. Cuando ve que no lo hago, sonrío y continúa— solo se tatuó las primeras líneas, pero venía a decir algo como que no hay que anclarse al pasado, que la vida sigue y hay nuevas cosas y caminos por descubrir.

—Odio la positividad crónica de la generación de Mr. Wonderful. Como si fuera tan fácil. No dejes que una frase de autoayuda anime tu día de mierda.

—Podrías ponerlo en una taza.

—No, en serio. Tomar decisiones siempre tiene consecuencias y nadie ha dicho que tengan que ser positivas. A veces, el pasado resulta mucho más acogedor que un futuro incierto.

—¿Seguimos hablando del poema?

—Puede.

Caminamos un poco más. Sergio me da espacio y se mantiene en silencio.

—No quiero volver a tocar el piano. Lo odio.

Lo digo en voz alta y clara, como si el peso de las palabras, ahora que ya he tomado una decisión, fuese menor. No siento que las tenga que arrancar de mi interior. Me muerdo el labio y busco en la cara de Sergio alguna reacción. No espero que me entienda, para él es diferente, la música forma parte de lo que es.

—No te habrá sido fácil tomar esa decisión. Te he visto tocar. Eres buena. Sé el sacrificio que conlleva lograr ese nivel de ejecución.

Cruzamos uno de los arcos que da entrada a la plaza. El cielo se ha vuelto azul marino. Sergio

señala un banco de piedra bajo los soportales.

—¿Nos sentamos?

—Vale.

Recorremos esos pocos metros en silencio. Nos acomodamos uno junto al otro, cerca, pero sin tocarnos. El frío de la piedra traspasa la tela de mi pantalón y se filtra por mi piel. Me remuevo dentro del abrigo en busca de calor, meto las manos en los bolsillos y, despacio, dejo que el aire salga de mis pulmones.

—¿Sabes? Yo lo que quería era un perro.

Sergio sonríe.

—¿Y cómo lo hubieras llamado?

—Bongo o Mango. No lo tenía del todo decidido. Pero no tuve oportunidad de hacerlo porque lo que mis padres trajeron a casa fue un piano. —El recuerdo de ese día revolotea por mi cabeza y vuelvo a sentir la misma pequeña punzada de decepción—. No lo odié desde el principio, no creas. Tampoco me sentí especialmente identificada. Solo era una cosa más de las muchas que llenaban mi vida. Nadie me preguntó nunca si era lo que quería, mi madre solo lo dio por hecho, hasta que llegó un momento en que lo ocupó todo. Bueno, todo no, porque yo llevo mucho tiempo sintiéndome vacía; como una muñeca encerrada en una caja de cristal que ve el mundo a su alrededor, pero no lo experimenta.

>>Tengo veintisiete años y no tengo carné de conducir, nunca he vivido sola, no me he ido de vacaciones con mis amigos, no me he emborrachado ni me he levantado en otra cama que no sea la mía o la que me corresponda del hotel de turno. Y ¿sabes lo peor? Que ni siquiera había sido consciente de ello, de que quizá quería hacer todas esas cosas, hasta que me subí a un avión y volví a Madrid.

Me callo mientras rumio todo lo que acabo de decir.

—Y ¿qué es lo que de verdad te hubiera gustado hacer?

Vuelvo la cara y me encuentro con los ojos de Sergio que me miran con un interés sincero.

—Ese es el problema. Nunca sentí que tuviera opciones y ahora ni siquiera sé qué puedo o quiero hacer con mi vida, y esa incertidumbre me está volviendo un poco loca. Así que, sí, recrearme en otros momentos en los que fui feliz, últimamente me resulta más fácil que pensar en ese camino que ni siquiera todavía soy capaz de vislumbrar. —Esbozo una sonrisa triste que refleja parte de la frustración que siento.

—El tiempo, ¿recuerdas? Creo que también se puede aplicar a esto. Quizá debas darte tiempo. Y mientras, haz todo eso que quieres hacer. Experimenta, déjate llevar. Estoy seguro de que te sorprenderá lo que puedes descubrir por el camino.

Inspiro con fuerza y luego dejo ir el aire. De alguna manera, las palabras de Sergio me hacen sentir reconfortada y también aliviada. No porque crea que su consejo pueda ser o no la solución a mis problemas, sino porque pensé que quizá mi confesión supondría un obstáculo en esta inesperada complicidad que fluye entre nosotros, y porque acabo de darme cuenta de que, que hubiera sido así, me importa más de lo que me esperaba.

—Creo que deberíamos volver. —Saco las manos de los bolsillos y me pongo de pie.

Sergio asiente y hace amago de levantarse.

—¿Qué? —pregunto al ver que sigue sentado con el ceño fruncido.

—Nada.

—Pues vamos.

Se apoya en el respaldo del banco y con una contorsión de lo más extraño se pone en pie. Al ver que no se mueve, frunzo el ceño preocupada.

—¿Te duele algo?

—Más o menos.

—¿Necesitas que te ayude?

Antes de que le dé tiempo a contestar, mis manos ya están en su espalda.

—¿Es aquí?

—Hum, más abajo.

Muevo las palmas unos centímetros alrededor de su columna vertebral.

—¿Aquí?

—Un poco más abajo.

Me detengo en la zona lumbar.

—¿Aquí?

—Un poco más abajo aún.

Me quedo quieta porque no puedo descender más sin ponerle las manos en cierta zona que no pretendo tocar. Sergio gira la cabeza y me mira con los labios apretados y ojos brillantes.

—Sergio, ¿podrías decirme qué es exactamente lo que te duele?

Aprieta más los labios, pero aun así la sonrisa se le escapa.

—A ver, doler, doler. Es más bien un cosquilleo bastante incómodo.

—¿Dónde?

—En el culo y las zonas adyacentes. Se me han dormido por el frío —confiesa.

Según escucho <<culo>>, aparto las manos de su espalda como si quemara. Sergio se da la vuelta con ojos de cachorrito inocente y una sonrisa enorme dibujada en la cara.

—¿Ya no me vas a dar un masaje?

—Eres idiota. —Le esquivo y comienzo a andar de vuelta a casa de mis abuelos.

—¡Pero si has sido tú la que te has ofrecido! —dice siguiéndome, ya sin poder contener la risa.

Se pone a mi altura y me rodea con el brazo acercándose a su cuerpo.

—No te enfades, Christina. Me lo has puesto demasiado fácil para resistirme.

Sé que tiene razón, así que me relajo contra su cuerpo.

—Vale, pero sigues siendo idiota.

—No hay problema —dice risueño. Luego me da un beso en la coronilla y me suelta.

Emprendemos el camino de vuelta en un silencio cómodo. Por el rabillo del ojo, puedo ver la sombra de sonrisa que todavía perdura en los labios de Sergio.

—Gracias —musito sin dejar de mirar al frente, tras recorrer un par de calles.

—¿Por qué? —pregunta.

—Por escucharme y por no juzgarme.

—Puedes contar con ello.

El calor de la calefacción y el olor a cosas ricas nos asaltan nada más entrar por la puerta de la casa de mis abuelos. Colgamos los abrigos en el perchero y, como ratones en Hamelin, nos dirigimos derechos a la cocina.

—¿Quién más viene a cenar? —digo tirando de ironía al ver las dos tortillas, el hornazo, el plato de jamón, el de lomo, el de queso y la ensalada que llenan la mesa.

—Calla, anda —me regaña mi abuela con un cachete cariñoso cuando pasa por mi lado a dejar una bandeja de pan sobre la mesa—, que a saber qué has estado comiendo desde que estás sola en Madrid.

Me callo, porque tiene parte de razón, no es que haya estado llevando una dieta muy sana en

las últimas semanas. Como cocinera no podría ganarme la vida, lo más complicado que consigo preparar son unos espaguetis con tomate, así que gran parte de la nevera está ocupada por comida que solo me pide calentar y comer.

—Yo no me voy a quejar —dice Sergio que está a mi lado.

—Pues, hala, no se hable más —concluye mi abuelo con una palmada—. Lavaros las manos y a cenar.

Esa frase sencilla, natural, de familia y hogar me produce tanta ternura que no puedo evitar abrazar a mi abuelo según paso por su lado. Él se deja hacer sin rechistar, solo sonríe y palmea mi brazo.

La cena transcurre tranquila. Mientras comemos, más de lo que deberíamos —al menos Sergio y yo—, nos vamos poniendo al día. Cuando la conversación llega a mi carrera y la ausencia de mi madre en Madrid, maquillo un poco las circunstancias y me limito a contarles que estoy planteándome diferentes opciones de futuro, sin llegar a decirles que he dejado de tocar. El motivo no tiene nada que ver con mi viejo hábito de esconderme, sino con la necesidad de no preocupar a mis abuelos más de lo necesario. Ya habrá tiempo de ponerles al corriente cuando tenga mi vida de nuevo encauzada.

Pero no solo hablamos del presente, también lo hacemos del pasado. De mi padre, de su infancia, de la mía. De las noches en la buhardilla y los días en el río, si era verano, y asando castañas frente a la chimenea, si era invierno. Sergio, en un descuido, consigue que mi abuela saque los viejos álbumes de fotos y por unas horas me pierdo en esas imágenes de otra vida; una que, aunque lejana, me recuerda lo que es ser feliz.

## Capítulo 20

Me despierto con la sensación de haber dormido durante dos días seguidos. Noto el cuerpo pesado, la cabeza embotada y la boca pastosa; esto último, probablemente, consecuencia del atracón que me di en la cena. Esbozo una sonrisa, pero viene empañada por una pizca de tristeza. Ya no recordaba lo que era una cena en familia, porque lo que llevamos años haciendo mi madre y yo cada día no se podría calificar así. Eran más bien reuniones de planificación y control en las que aprovechábamos para alimentarnos. Siempre hablando de ensayos, de mi música, de cualquier aspecto relacionado con ella. Los demás temas quedaban descartados.

Suspiro. No sé cuándo nos convertimos en dos extrañas, cuándo se abrió este abismo que nos separa y nuestra relación pasó a ser estrictamente profesional. Pero eso no me parece lo peor. Lo que me produce más pena es el hecho de que ninguna de las dos sepamos cómo remediarlo. O incluso que no queramos hacerlo. Sería tan fácil como que alguna cogiese el teléfono y preguntase << ¿qué tal estás? >> desde el corazón, con sinceridad. Y aunque suena sencillo, yo ahora mismo no encuentro ni la motivación ni el valor para hacerlo. Necesito sentirme independiente, no juzgada o manipulada. Los motivos de mi madre, ella los sabrá. Yo, por ahora, lo máximo que puedo hacer es aceptar cómo están las cosas y seguir adelante. Y con eso me conformo.

No quiero darle más vueltas, así que me incorporo y salgo de la cama. Necesito una ducha y despejar la cabeza. Camino descalza por la alfombra hasta llegar a mi maleta y busco un conjunto de ropa interior limpio. Luego cojo el neceser y me dirijo al cuarto de baño.

El frío del pasillo me eriza la piel y acelero el paso. Cuando abro la puerta del cuarto de baño y una oleada de calor me envuelve, destenso los músculos de la espalda y suspiro agradecida.

Cierro para que el calor no se escape, me doy la vuelta y me quedo clavada en el sitio. Porque no estoy sola. Sergio está en el lavabo frente a mí, vestido solo con unos bóxer grises y me mira a través del espejo con una sonrisa que le ocupa toda la cara.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —le respondo despacio intentando mantener la compostura, pero estoy segura de que el color rojo de mi cara me delata—. Perdona, no sabía que estaba ocupado.

—No pasa nada. Ya he acabado. —Cierra el grifo y se seca la cara con una toalla. Luego coge su neceser—. Todo tuyo.

Se da la vuelta y mis ojos chocan contra su torso desnudo. Es delgado, pero no en exceso y cada grupo muscular está marcado en su justa medida. Cuando me doy cuenta de que me lo estoy comiendo con los ojos, desvío la vista hacia el suelo. Un segundo más tarde, sus pies desnudos entran en mi campo de visión y escucho su voz que pronuncia mi nombre.

—Christina.

Levanto la cabeza de golpe y al hacerlo el olor a limpio de su champú me envuelve. Le miro a los ojos que hoy me parecen más grises que nunca. Siento la cara a punto de explotar.

—¿Sí? —Apenas me sale la voz.

—Me gusta tu pijama. —Me guiña un ojo y con una sonrisa sale del cuarto de baño.

Me cuesta al menos un minuto completo recuperar la movilidad. Cuando lo hago, suelto la ropa que sostengo contra el pecho en una banqueta y me dejo caer sobre el inodoro a su lado. Todavía conservo la imagen del cuerpo semidesnudo de Sergio grabada en la retina. Cierro los ojos y me tapo la cara con las manos. Aún puedo notar el calor en mi piel. Inspiro con fuerza y dejo escapar el aire, y a medida que sale, una sonrisa se va dibujando en mis labios.

—Joder —susurro para que solo yo pueda escucharlo.

Una carcajada suave escapa de mi garganta y agito la cabeza, porque no voy a negar que ha sido lo suficientemente incómodo como para querer que me tragase la tierra, pero también una sorpresa inesperada que ha conseguido cambiarme el humor. Y es que, si Sergio es impresionante vestido, sin ropa me ha dejado literalmente sin palabras, y a la vez ha sido como si hubiese activado algún tipo de interruptor que ha dado el pistoletazo de salida al cosquilleo extraño que me hormiguea bajo la piel.

Cuando entro en la cocina, Sergio está apoyado con aspecto relajado en la encimera y sujeta una taza de café mientras charla con mi abuela. Me mira y, al ver mi expresión estudiadamente neutra, esconde una sonrisa.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien? —Mi abuela se acerca, me coloca el pelo, todavía húmedo, detrás de las orejas y me besa en la mejilla.

—Sí, abuela. La cama es tan grande que casi me pierdo en ella. No la recordaba así.

—La cambiamos hace unos años. La tuya y la de la otra habitación. Ya te habías hecho demasiado mayor para dormir en una cama de noventa —me explica mientras coge la cafetera y me sirve una taza de café—. ¿Quieres leche?

—Sí, por favor. —Recojo la taza de sus manos y pienso en lo agradecida y querida que me hace sentir que a pesar del tiempo y la distancia mis abuelos siempre me hayan mantenido en sus pensamientos.

—Y ¿qué planes tenéis para hoy? —pregunta mi abuela.

—Había pensado en ir al Alto y luego quizá comer en algún pueblo alrededor. —Miro a Sergio en busca de aprobación.

—Yo soy el forastero. Donde quieras llevarme me parecerá bien —asegura.

Mi abuela coloca un plato con rosquillas junto a mí.

—Entonces abrigaos bien, en el Alto hace bastante frío en esta época.

—Lo haremos, no te preocupes.

El sonido de un claxon llega del exterior y mi abuela vuelve la cabeza hacia la ventana.

—Debe de ser tu abuelo. —Se quita el delantal y lo cuelga de un gancho en la pared. Al pasar junto a mí, deja una caricia en mi pelo—. Disfrutad y tened cuidado. Y cerrad cuando salgáis. Hay un juego de llaves en el mueble del recibidor.

Nos terminamos el café en silencio mientras escuchamos en silencio el ir y venir de mi abuela por la casa. Cuando se cierra la puerta de la entrada, me pongo en pie.

—Nosotros también deberíamos irnos. Estamos a veinte kilómetros y en hacer la subida no creo que tardemos menos de una hora.

—¿Debería preocuparme que me lleves al medio del monte?

Le miro sin entender qué es lo que quiere decir.

—Es que vuelves a mirarme de esa manera, como si quisieras arrancarme alguna parte del cuerpo —asegura con un punto de diversión en la voz.

—Te imaginas cosas —digo mientras guardo la taza en el lavavajillas para esquivar su mirada. No quiero que se dé cuenta de que miento, porque sí que estoy un poco enfadada. No con él, Sergio no ha hecho nada para merecerlo, sino conmigo misma porque cuando he entrado

en la cocina y le he visto riéndose con mi abuela, como si perteneciese a este lugar y formase parte de todo lo bueno que hay aquí para mí, durante solo un segundo, se me ha ocurrido la absurda idea de que quizás Elena tiene razón y yo estoy equivocada.

—Me dejas más tranquilo.

Le pongo los ojos en blanco por el tono burlón y coloco la taza que me entrega junto a la mía.

—Vamos, anda, que tranquilo no sé, pero cansado vas a terminar un rato.

—Estás muy callada. ¿Te falta el aliento o tengo que preocuparme?

Caminamos montaña arriba por un sendero bordeado de árboles, hemos recorrido algo más de la mitad del camino. Aunque había otros coches aparcados en la explanada que hace las veces de aparcamiento, todavía no nos hemos cruzado con nadie. Eso y la quietud viva a nuestro alrededor crean cierta sensación de irrealidad, como si no existiese en el planeta nada ni nadie más que nosotros aquí y ahora.

—Estoy relajada.

—Vale, vamos a urgencias.

Sergio hace el amago de echar a andar camino abajo y yo le sujeto por el brazo.

—Vamos, sigue, que me rompes el ritmo.

Se vuelve a colocar a mi lado y continuamos ascendiendo.

—Es esto. —Señalo alrededor—. Se respira calma. No sé, siento como si en este instante fuese otra versión de mí, una sin problemas ni preocupaciones, como si aquí no me pudiesen alcanzar.

Inspiro con fuerza para que el aire llegue hasta el último rincón de mis pulmones, lo retengo un segundo y lo dejo salir.

—La verdad es que siempre me ha gustado la naturaleza, pero como con tantas otras cosas en mi vida adulta nunca he tenido tiempo para disfrutarla. El vivir en grandes ciudades, como Berlín o Londres tampoco ha ayudado mucho.

—Yo trato de escaparme de vez en cuando con Ángel. Nos vamos a la montaña y subimos algunas paredes. Nada muy complicado, pero si lo suficientemente exigente para vaciar la mente. Podrías venir algún día.

—Hum..., no sé. No lo veo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, no he escalado nunca.

—Las primeras veces son las más especiales, las que siempre quedan en el recuerdo, así que esa no me vale; busca otra excusa.

—Puede que me dé miedo.

—O puede que te encante. Nunca lo averiguarás si no lo pruebas. —Se encoge de hombros—. Otra.

—No quiero caerme —confieso.

—Nunca dejaría que lo hicieras —asegura mientras me mira a los ojos.

E intuitivamente sé que es cierto, que puedo confiar en él, que para mí Sergio siempre será un lugar seguro.

—Creo que se me han acabado las excusas.

—Me alegro. Si se te ocurre alguna otra, no te olvides de contármela para que pueda rebatirla.

—¿Qué dices? —Ahueco la mano junto a mi oreja—. No te escucho con el viento.

—Digo que...

Cuando se inclina hacia mí, acelero el paso.

—No, lo siento, no te oigo.

Me doy la vuelta sin dejar de caminar para mirarle y veo cómo entrecierra los ojos y una sonrisa depredadora se dibuja en sus labios. Anticipo el movimiento y cuando alarga el brazo para cogerme, echo a correr.

A Sergio le cuesta unos segundos reaccionar y yo lo aprovecho para poner toda la distancia que puedo entre nosotros. Corro todo lo deprisa que la risa me permite, pero no es suficiente para que Sergio no me atrape. Sus brazos se cierran desde atrás en torno a mi cintura y me levanta en el aire. Cuando me vuelve a posar en el suelo, acerca su boca a mi oído.

—Te tengo —me dice.

Los dos jadeamos. Noto mi pulso latiendo desenfrenado en el cuello y el latido de su corazón en mi espalda. Su risa suave se enreda en mi pelo.

—¿Sabes, Christina? —dice mientras me suelta para apoyar las manos en sus rodillas—, vas a hacer que me explote el corazón.

Le observo. Tiene el pelo alborotado y una sonrisa en los labios y los ojos brillantes. Está guapo. Mucho. Demasiado para mi propia cordura.

<<Tú también, Sergio. Tú también>>.

Descansamos diez minutos sentados en una piedra al borde del camino mientras recuperamos el aliento y luego nos ponemos de nuevo en marcha. El último tramo es el más empinado y casi no hablamos. El aire se vuelve más frío y contrasta con el calor de mis mejillas. De vez en cuando, miro a Sergio que me sonríe dándome ánimos.

Tardamos veinte minutos más en llegar al punto más alto del monte. Allí el camino se ensancha y se vuelve plano creando un pequeño mirador. Cuando nos detenemos, Sergio se acerca al borde y observa el paisaje que se extiende frente a él.

—Menudas vistas.

Los distintos tonos de verde de los pinos y castaños crean un tapiz natural que parece sacado de una postal.

—Pues todavía no has visto lo mejor.

Le cojo de la mano y tiro de él. El camino continúa rodeando el monte hasta llegar a la otra cara, antes de bajar. Allí hay otro mirador semejante al anterior, pero la vista es diferente.

—¿Qué te parece?

Sergio pierde la mirada en el río que discurre plácido decenas de metros bajo nosotros rodeando un círculo casi perfecto de tierra. La luz del sol lo baña convirtiéndolo en plata.

—Parece que lo han trazado con un compás —dice sin apartar los ojos.

—Es mejor, tiene magia. Aquí no tiene nada que ver la mano del hombre, solo es un maravilloso capricho de la naturaleza.

—Ven, vamos a immortalizarlo. —Tira de mí para colocarme a su lado y me agarra por la cintura mientras sujeta el móvil con la otra mano.

—Ahora, sonríe.

—Espera. —Me paso las manos por el pelo y le miro—. ¿Cómo estoy?

—Preciosa. ¿Y yo? —pregunta poniendo ojitos.

—Horrible, espantoso, horripilante.

Me mira con el ceño fruncido y yo me echo a reír.

—Dame un segundo. —Me giro hacia él y le paso los dedos por el flequillo apartándoselo de la frente. Cuando bajo la vista, me encuentro con sus ojos que atrapan los míos como si fuesen un imán.

—¿Mejor?

Puedo sentir el peso de la mano de Sergio junto a mi cadera y oler su perfume. Intento mantener la sonrisa firme mientras disimulo el temblor que me recorre el cuerpo y le coloco un último mechón.

—Perfecto.

—Entonces, vamos allá. —Estira el brazo y nos relocalizamos hasta salir los dos en el encuadre. Cuando sonreímos, dispara una, dos, tres veces. Luego me entrega el móvil con la aplicación de fotos abierta y se coloca a mi espalda—. ¿Qué te parecen?

Las fotos son preciosas con el paisaje de cuento de fondo y en el centro nosotros, sonriendo, felices.

—Tenía que haberme puesto de puntillas. Tu barbilla queda a la altura de mi coronilla.

El calor de su respiración se enreda en mi pelo.

—A mí me parece que no hay nada que cambiar. Simplemente, encajamos.

## Capítulo 21

Es sábado y en un pueblo turístico como en el que estamos eso se nota. Grupos de gente llenan las calles y los restaurantes también. Tanto es así que hemos encontrado mesa para comer por los pelos. Una bastante pequeña, escondida en un rincón y que tenía otra reserva en cuarenta y cinco minutos, pero como contraprestación nos han puesto el café en la terraza y estamos sentados, con el cuerpo cansado y el estómago lleno, bajo un sol que, a pesar de ser de invierno, calienta lo suficiente como para que nos podamos desabrochar el abrigo. En este instante no me hace falta nada más y es una sensación tan reconfortante que me gustaría embotellarla para poder volver a ella siempre que lo necesite. Miro a Sergio, sus ojos se esconden detrás de las gafas de sol, e incluso así puedo percibir cómo se entrecierran cuando me sonrío.

—Me estás observando.

—Empezaba a dudar de si seguías vivo.

—En estado catatónico, más bien. Creo que tengo toda la sangre concentrada en el estómago.

—Se incorpora un poco y se pasa las manos por el pelo—. ¿Te apetece que demos un paseo? Necesito despejarme antes de subirme en el coche.

Asiento de acuerdo, porque ya he bostezado dos veces y el sopor a mí también empieza a ganarme la batalla, y llamamos al camarero para que nos traiga la cuenta. Luego, abandonamos la plaza paseando, sin prisa. De vez en cuando nos miramos y sonreímos, pero hablamos poco, cómodos sin tener que llenar los silencios.

—¿Te importa que me encienda un cigarro?

Estamos cruzando por un callejón por el que no cabría un coche y caminamos uno junto al otro, cerca, pero sin tocarnos.

—No sabía que fumabas.

Busca en el bolsillo interior de su abrigo y saca un paquete de tabaco y un mechero.

—No lo hago. Solo cedo a la tentación muy de vez en cuando. Son los restos de un mal hábito que adquirí en una época en la que era mucho más complicado y, por supuesto, más estúpido —me explica mientras se lleva el cigarro a la boca y lo enciende.

—No te pega nada.

Echa el humo hacia el lado contrario al que me encuentro y sonrío divertido.

—¿El qué? ¿Fumar o ser estúpido?

—La verdad es que ninguna de las dos cosas.

—Por suerte, la estupidez la suele curar el paso del tiempo. El tabaco es más un tema de costumbre, pero estoy en ello. —Da dos caladas seguidas antes de apagar el cigarro en el suelo y tirarlo a una papelería.

—¿Suenas muy mal si digo que me alegra saber que fumas? —Le miro con la cara contraída en una mueca culpable.

—Creo que prefiero que te expliques antes de opinar.

—A ver, no me malentiendas. Ya sé que es horriblemente malo para la salud y mata, y desde luego que no quiero nada de eso para ti. Pero una pequeña parte de mí es feliz al saber que tu

perfección no es perfecta —concluyo.

Sergio se ríe.

—Christina, te puedo jurar que no soy perfecto. Recuérdate que te presente a mi madre, te lo confirmará de mil amores. Le di como un millón de disgustos en la adolescencia y alguno más en la edad adulta.

—Me cuesta imaginarte en esa faceta de adolescente complicado.

—Complicado, rebelde, hiriente. Las hormonas mezcladas con el dolor por la muerte de mi padre sacaron lo peor de mí. Faltaba a clase, bebía, me juntaba con mala gente, me metía en peleas. Vamos, un tópico andante. Si mi madre me decía que llegara a las doce, llegaba a las dos. Si me castigaba, me escapaba. Fueron un par de años complicados. Se lo puse difícil y no solo con mis actos, puedo ser muy hiriente cuando estoy dolido.

—Y ¿qué te hizo parar?

—Podría decirte que me di cuenta yo solo, pero no sería cierto. Me comí unas cuantas decenas de castigos, como un millón de charlas por parte de mi madre y mi hermana, y empecé a ir al psicólogo, y poco a poco las cosas fueron mejorando.

Caminamos unos pasos en silencio.

—Así que tienes una hermana.

—Sí, Marta. Es cinco años mayor que yo.

—Y ¿os lleváis bien?

—Bastante, cuando no se dedica a sermonearme. Es broma. En realidad, nos llevamos muy bien, pero es un poco sobreprotectora. Y tú, ¿tienes hermanos o hermanas?

—No, pero me hubiera gustado. De pequeña siempre me sentí un poco sola. Me hubiera hecho feliz tener a alguien con quien poder compartir juegos o vacaciones, y, por supuesto, también expectativas maternas. No sé, quizá si no hubiera sido hija única, mi vida sería diferente.

Sin darnos cuenta, hemos cruzado todo el pueblo y las murallas que lo delimitan se alzan sólidas frente a nosotros. Sergio tira de mi mano y subimos a la parte de las almenas.

—Eso nunca podrás saberlo, pero míralo por el lado positivo. Si tu vida hubiera sido diferente, no estaríamos aquí ahora mismo y no veríamos esta puesta de sol. —Señala el cielo que empieza a cubrirse de tonos rosados y yo no puedo evitar pensar que tiene razón, que no querría estar en ningún otro lugar en este momento.

Dos chicas pasan junto a nosotros y Sergio llama su atención con un gesto.

—Perdona. ¿Nos podéis hacer una foto?

Le miro con mala cara y él me guiña un ojo mientras le entrega el teléfono móvil a una de ellas. Luego, sin previo aviso, se coloca delante de mí, me agarra por los muslos y me sube a su espalda.

—Pero ¿qué haces, loco! —le grito entre el pánico y la risa mientras me agarro a su cuello para no caerme hacia atrás.

—Tú calla y di «patata» —me ordena y me pellizca la pierna provocándome una carcajada.

Cuando la chica le confirma que ya ha hecho la foto, me deja de nuevo en el suelo. Me apoyo en la pared con la respiración todavía agitada mientras Sergio recupera su teléfono y le da las gracias a las chicas, que se marchan con sendas sonrisas.

—Estás como una cabra —le digo cuando se acerca—. Seguro que han pensado que somos dos idiotas.

—Puede o simplemente que nos divertimos. ¿Qué más da? Además, me ha gustado escucharte reír a carcajadas. —Me mira y sus ojos provocan una oleada de calor bajo mi piel que muy a mi pesar no desaparece con el siguiente parpadeo—. ¿Nos vamos?

Las luces están encendidas cuando llegamos a casa de mis abuelos. Me bajo del coche en cuanto Sergio aparca y echo a andar hacia la puerta. El camino de vuelta ha sido... desconcertante. No ha ocurrido nada fuera de lo normal, pero una tensión extraña se me ha pegado a la piel y estoy deseando deshacerme de ella.

—Hola —saludo en voz alta.

—En el salón —responde mi abuela de vuelta.

Cuelgo las llaves en su gancho y me quito el abrigo. Sergio me imita y me sigue por el pasillo. Si se ha dado cuenta de mi desazón, no ha dicho nada.

Mi abuela levanta la vista del libro que está leyendo cuando nos oye entrar y esboza una sonrisa.

—Aquí están mis chicos. ¿Qué tal ha ido el día?

—Bien, cansado. Hay una buena caminata hasta el Alto. No sé si ha sido porque hacía mucho que no subía, pero hoy me ha parecido más larga.

Le doy un beso a mi abuelo que está sentado en la mesa grande con un puzle a medio hacer enfrente y otro a mi abuela, antes de dejarme caer en el sofá junto al fuego encendido en la chimenea.

—Eso o que tu padre, cuando te cansabas, te cargaba a la espalda y subíais así parte del camino.

Y como si las palabras de mi abuela tuvieran magia, una escena que no recordaba se pinta en mi cabeza tan vívida y llena de color que me parece mentira que la hubiera olvidado. Apenas escucho cuando le pregunta a Sergio si le ha gustado el meandro, porque mi mente ha escapado lejos de este salón y de esta época.

Y mientras ellos charlan, un recuerdo despierta otro y ese al siguiente. Y durante un tiempo, que podrían haber sido minutos u horas, me refugio en la felicidad que me produce reencontrarme con esas pequeñas piezas de infancia que había perdido.

La palma suave de mi abuela sobre mi mano me saca de mi ensoñación. Pestañeo un par de veces y miro a mi alrededor para darme cuenta de que estamos solas.

—Han ido a buscar leña —me informa sin necesidad de que formule ninguna pregunta. Luego aparta un mechón de pelo de mi cara—. ¿Te encuentras bien, cariño?

Tomo aire y abrazo un cojín contra mi pecho.

—Sí, es solo que hacía tiempo que tenía la sensación de que había perdido a papá. Del todo. No solo su presencia. Ya no recuerdo cómo sonaba su voz o su risa. Sin embargo, desde que he vuelto es como si lo sintiera de nuevo más cerca. Y eso me hace feliz, pero a la vez también me siento culpable por no haber hecho más para mantenerlo a mi lado.

—Bueno, la mente es caprichosa y sabia a la vez, mi vida. Pero tu padre no es solo sus recuerdos. De cada momento compartido algo ha quedado en ti. Yo le veo en tu sonrisa y en tu constancia.

Fijo la mirada en el baile de las llamas.

—Mamá nunca habla de él —confieso—. Es como si hubiera querido alejarse, dejarlo en el camino; echar la llave a la vida que compartimos con papá y no volver a mirar atrás. Y obligarme a mí a hacer lo mismo.

Mi abuela suspira y toma mi mano entre las suyas.

—Nunca es fácil perder a alguien que amas. Y cada persona lidia con el dolor de una forma diferente. En muchas ocasiones, que no lo exteriorices, no quiere decir que no esté ahí. Yo no estoy en la cabeza de tu madre ni en su corazón, pero he visto cuanto se amaban tu padre y ella.

Los he visto empezar a caminar juntos, formar una familia, lidiar con la vida, con los momentos buenos, los que lo eran menos y con sus diferencias. Y he visto cuanto te amaban a ti. Y créeme, cariño, ese tipo de amor no se olvida.

—No lo sé abuela. Es como si cuando papá se fue, ella, de alguna manera, se hubiera ido con él. Sigue aquí, pero no la reconozco. Nos hemos convertido en dos extrañas y aunque estemos en la misma sala, siempre parece que nos separan kilómetros.

Mi abuela me rodea con sus brazos y yo me dejo envolver en su cálido consuelo. Permanecemos así abrazadas durante unos minutos. Cuando nos separamos coge mis manos.

—Christina, si algo me ha enseñado la edad es que el tiempo pasa y las prioridades cambian, pero mantener cerca a las personas importantes de tu vida no deja de tener valor. Y para empezar a acortar esa distancia solo es necesario dar el primer paso.

—Y si no quiero darlo.

—Creo que en algún momento de tu vida te arrepentirás de no haberlo intentado. Entiendo que estés dolida. Es difícil aceptar la decepción cuando proviene de un padre o una madre. Tenemos muchas obligaciones como cuidarlos, protegerlos, consolarlos, enseñarlos y en ningún punto de esas leyes no escritas figura haceros sufrir. Pero la vida es compleja y también las relaciones. Y los padres, además de padres, también somos humanos, y a veces necesitamos que nos salven; incluso de nosotros mismos. Quizá todavía no te sientas preparada para dar ese paso, pero, cariño, no te cierres y, cuando el momento aparezca, no te aferres al rencor, porque el perdón te llevará a un sitio menos oscuro.

Miro sus ojos castaños, más hundidos por el paso del tiempo, pero que siguen brillando con el amor incondicional que siempre me han regalado.

—Gracias por mantenerme cerca —le digo.

Una sonrisa se dibuja en su rostro. Aprieta mis manos.

—Hubiera sido imposible no hacerlo, porque nos enamoramos de ti incluso antes de conocerte.

Me río y el sonido sale ahogado por la emoción que se me clava contra las costillas. La voz de mi abuelo que anuncia que ya están de vuelta es lo único que evita que me ponga a llorar como una niña. Unos segundos después le veo entrar por la puerta seguido de Sergio, que carga con un cesto de mimbre lleno de troncos de encina.

Cuando pasa por mi lado para dejarla junto al fuego, sus ojos se detienen en los míos y frunce el ceño. Le regalo una sonrisa y su gesto se relaja un poco.

—Este muchacho es todo un descubrimiento —dice mi abuelo palmeándole la espalda—. Además de cargar la leña, me ha arreglado la motosierra pequeña en apenas diez minutos.

—Bueno, entonces tendremos que recompensarle —anuncia mi abuela—. ¿Qué os parece un chocolate?

Nos tomamos el chocolate sentados frente a la chimenea. Igual que la noche anterior, la conversación fluye sin esfuerzo. Observo a Sergio con disimulo, sorprendida por la facilidad con la que consigue encajar en cualquier ambiente. Si yo estuviera en su lugar, probablemente me habría mantenido en silencio la mayor parte del tiempo. Pero no le observo solo por eso, simplemente no consigo quitarle los ojos de encima, como si fuese un planeta y yo el satélite que orbita sin remedio a su alrededor. Y es que la atracción tiene algo curioso y es que puede cargar de significado cualquier palabra o gesto a la que de forma habitual no le hubieras dado importancia, porque cada vez que nuestras miradas se cruzan y me regala una sonrisa, algo cálido se agita en mi interior y me estoy haciendo adicta a esa sensación.

—Christina, deberías irte a la cama.

Me aparto la mano de la boca y me seco las lágrimas que han brotado a causa de este último bostezo. Luego sonrío a mi abuela.

—Sí, creo que sí. La caminata de esta mañana me ha dejado muerta. —Miro a Sergio—. ¿Te importa?

—No, en absoluto. De hecho, subo contigo. El día ha sido largo y mañana no deberíamos salir muy tarde, si no queremos quedarnos atrapados en el atasco de entrada a Madrid.

—Sergio tiene razón. Los domingos por la tarde la carretera se pone imposible —coincide mi abuelo.

Nos despedimos de mis abuelos y subimos las escaleras en silencio. Me detengo en el rellano. A pesar de la luz en el interior de la casa, por la ventana, puedo ver las estrellas que brillan con fuerza arriba en el cielo.

—¿Estás bien?

Bajo un instante la mirada hasta Sergio, que se ha detenido a mi lado, y sonrío con resignación.

—Sí, solo me da pena tener que marcharme.

—Podemos volver.

Me giro hacia él y recorro su rostro despacio en busca de la magia que consigue que con dos palabras y un plural una salva de fuegos artificiales explote en mi pecho.

—Seguro que mis abuelos estarían encantados. Creo que has conseguido que te adoren. Siempre es así, ¿verdad? —pregunto divertida.

—No sé. Dímelo tú. —Alarga la mano y con suavidad me coloca un mechón de pelo tras la oreja.

Mis latidos se saltan un compás, la sonrisa me tiembla en los labios y siento de nuevo esa tensión extraña estirando mi piel.

—¿Te apetece mirar un rato las estrellas? —Señala el ventanal cuajado de noche sobre su cama.

Estamos muy cerca, tanto que solo con ponerme de puntillas podría besar su boca. El corazón me palpita en los oídos. Cojo aire y doy un paso atrás.

—Creo que debería irme a la cama.

Sus ojos me recorren el rostro antes de que haga un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Otro día, quizá —dice.

—Otro día —repito y sin añadir nada más me alejo rumbo a mi habitación antes de que la fuerza de su gravedad consiga atraerme hacia él sin remedio.

## Capítulo 22

Me despierto temprano. A pesar de ello, cuando salgo de mi habitación, me encuentro la puerta de Sergio abierta y el cuarto vacío. Ha deshecho la cama y dejado las sábanas dobladas en una esquina a sus pies. Las observo durante un instante, luego sonrío y me dirijo al cuarto de baño para darme una ducha rápida.

Cuando bajo a la cocina, todavía tengo el pelo húmedo. Sergio ya está allí sentado a la mesa con una taza de café, un plato de rosquillas y la atención puesta en su teléfono móvil.

—Buenos días —saludo.

Él levanta los ojos y, al verme, esboza una sonrisa.

—Buenos días.

—Te has levantado muy pronto.

—El silencio me ha despertado.

—Creo que te has liado con las palabras —le digo en broma cuando paso por su lado para ponerme un café.

—Para nada. No estoy acostumbrado a que el único sonido a mi alrededor sea el de los pájaros y a mi cerebro urbanita hoy le ha debido parecer motivo de alarma, porque llevo despierto desde que ha salido el sol. ¿Tú qué tal has dormido?

—Como un oso en hibernación. —Las bolsas que tengo bajo los ojos son una clara prueba de ello.

Me siento frente a él en la mesa y se me escapa un suspiro de placer cuando tomo el primer sorbo de café. Bajo la taza y los ojos de Sergio caen hasta mis labios. Solo es un segundo, pero yo lo siento como si pasase a cámara lenta. Tomo aire para ahogar las mariposas en mi estómago y me enfoco en mantener una conversación normal.

—¿Has visto a mis abuelos?

—Sí, han ido a la panadería, creo que quieren que te lleves comida suficiente para alimentar a todo tu edificio durante un par de meses. —Señala las dos filas de tápers que descansan en una esquina de la encimera y en las que todavía mi mente somnolienta no había reparado.

—Te lo avisé —digo con tono de culpabilidad.

—No te preocupes, soy un genio jugando al Tetris. Además, si vemos que vamos muy apretados, siempre nos queda la opción de comernos algo por el camino —sugiere y me guiña un ojo.

—De verdad que no sé dónde lo echas. Comes como un adolescente en pleno estirón.

—Tengo una genética agradecida. —Se palmea el estómago y luego se mete en la boca un trozo enorme de la última rosquilla que queda en el plato.

Niego con la cabeza y me río.

—Da gusto escuchar risas de buena mañana. —Mi abuela entra en la cocina seguida de mi abuelo que carga con una bolsa en cada mano y al instante el olor del pan y los dulces recién hechos nos envuelve—. Os he traído dos barras de las de la tahona, que esas no tienen nada que ver con las de Madrid.

—Muchas gracias, Julia. Vais a conseguir tenerme todos los fines de semana aquí.  
—Puedes volver cuando quieras, sobre todo si traes a mi nieta de vez en cuando.  
Mi abuela me apoya la mano en el hombro y yo coloco la mía encima.  
—Eso está hecho —asegura Sergio.  
—No te preocupes abuela, que ahora que voy a estar más cerca pienso veniros a ver.  
—Y aquí te estaremos esperando.  
—¿Lo tenéis todo listo? —pregunta mi abuelo.  
—Yo tengo que subir a por mi bolsa. —Miro a Sergio.  
—Yo ya he dejado mis cosas en el recibidor, solo tengo que llevarlas al coche.  
—Pues vamos, si quieres, y te ayudo a meter todo esto en el maletero mientras mi nieta baja, que vas a necesitar más de dos manos —bromea mi abuelo señalando todos los paquetes de comida.

La despedida me resulta agridulce. Mis abuelos me abrazan y yo les reitero mi promesa de no dejar pasar tanto tiempo para volvernos a ver. Me voy con las reservas de cariño llenas, pero también con un pequeño rastro de culpa por haberme perdido esto durante tantos años. Me subo en el coche donde Sergio ya me está esperando sentado tras el volante, les digo una última vez adiós con la mano a través del cristal y nos ponemos en marcha.

—¿Estás bien?

Avanzamos solos por la carretera. Si miro atrás, todavía puedo ver el tejado de la casa de mis abuelos. Suspiro y me encojo de hombros.

—Supongo que sí. Es solo que no era consciente de cuanto los he añorado hasta que he estado con ellos. Y no es la primera vez que me pasa, se está convirtiendo en un sentimiento recurrente desde que he vuelto a España. —Me giro un poco en el asiento para mirar a Sergio—. ¿Sabes? Llevo años culpando en silencio a mi madre por la vida que me ha hecho vivir y ahora no dejo de preguntarme cuál ha sido mi papel en ello, si algo hubiese cambiado si hubiera alzado la voz y me hubiera hecho escuchar.

Sergio suelta la mano del volante y la posa sobre mi pierna.

—Yo creo que hacer trabajo de introspección y echar un vistazo al pasado es bueno de vez en cuando, siempre y cuando no te haga perder de vista el presente.

Me regala una de sus sonrisas, de esas sonrisas que hacen que se me acelere el corazón y devuelve la mano a su lugar original. Con disimulo, llevo mi palma al punto de donde acaba de retirar la suya y acaricio la parte del pantalón que todavía conserva su calor.

—¿Qué planes tienes cuando lleguemos? —La pregunta me sale sin pensar.

Coge aire y lo suelta de golpe.

—Trabajo —dice—. Participo en un programa de intercambio de la Escuela con el *Royal College of Music* de Estocolmo. Una vez cada curso, algunos de sus profesores vienen a Madrid a dar clase. Y otros de nosotros vamos allí. Este año yo soy uno de ellos. Por eso, aunque me encantaría tirarme en el sofá cuando llegue, no me queda otra que ponerme a trabajar. Me marcho en unas semanas y todavía tengo mucho material que preparar. ¿Y tú? Me refiero a después del par de horas que te va a llevar colocar las varias decenas de kilos de alimentos que llevamos en el maletero. No sé si te has dado cuenta, pero el coche se queda sin fuerza en las cuestas. —Arquea las cejas un par de veces y yo me echo a reír.

—Pues después del par de horas que voy a tardar en colocarlo todo, como tú dices, supongo que yo sí me tiraré en el sofá y aprovecharé para relajarme leyendo hasta que se me cansen los ojos.

—Me gusta tu plan. Si te apetece darme envidia, te dejo que me envíes una foto.  
—Creo que ya tienes suficientes fotografías mías por ahora.  
—¿Sabes que te pones muy sexi cuando refunfuñas?  
Suelto un bufido que dice mucho de lo que opino de su sentido del humor.  
—Mira a la carretera, no quiero que tengamos un accidente.  
—Deja de quejarte y podré quitarte los ojos de encima —responde burlón.  
Lo que le lleva a ganarse un golpe en el brazo.  
—¿Ves? Ahora creo que me he enamorado.  
Llevo la mirada al frente y exhalo con fuerza. Su risa suave llena el habitáculo y me envuelve.  
—¿Quieres que te cuente un secreto? —Tiene la vista puesta en la carretera y restos de la risa de antes en los labios—. Da igual lo que hagas, siempre me pareces sexi.  
Las palabras flotan en el interior del coche hasta posarse en el centro de mi pecho con un cosquilleo nervioso y ya no se mueven de ahí hasta que me despido de él frente a mi puerta en Madrid.

Elena me mira desde detrás de su taza de café. Hace quince minutos que he entrado por la puerta de casa, los mismos quince minutos que lleva sin quitarme el ojo de encima.  
—Si no supiera que es imposible, pensaría que me estás haciendo un escáner —digo mientras coloco el último paquete que me ha dado mi abuela en el congelador.  
—No me hace falta, ya eres bastante transparente.  
Me giro para mirarla por encima del hombro y arqueo una ceja divertida.  
—Me parece que eres la única que tienes esa opinión.  
—Eso es porque no te conocen como yo. —Hace un gesto vago con la mano y apoya la taza en la mesa—. Sin que me hayas contado nada, ya sé todo lo que ha pasado el fin de semana.  
—Ah, ¿sí? Y ¿qué crees exactamente que ha pasado?  
—Que te has divertido.  
Sonrío y niego con la cabeza.  
—Eso no es arriesgar mucho —me burlo.  
—Todavía no he terminado.  
Me siento a su lado y le hago un gesto para que continúe.  
—Y que no has dejado de pensar en lo que te dije en todo el fin de semana.  
Apoyo la frente en la encimera, luego levanto la cabeza y la miro.  
—Es posible. ¿Cómo lo has sabido?  
—Tienes la misma expresión deslumbrada de una adolescente enamorada. ¿Qué ha pasado?  
—Nada, en realidad. Nos hemos reído, hemos hablado. Ha sido cómodo, sencillo, como si ya nos conociésemos. Por algún extraño motivo que no comprendo, conectamos. Pero eso ya lo sabía antes de este fin de semana. También sabía que me atraía, aunque quizá no tanto hasta haberle visto sin ropa—. Elena abre la boca, pero levanto la mano para detenerla—. Fue un accidente, no pienses cosas raras.  
—Lo que tú digas, pero luego quiero los detalles. Ahora, continúa.  
—El caso es que, en algunos momentos del fin de semana, me ha parecido que yo no era la única que sentía esa atracción. Aunque no estoy segura, puede que me lo haya imaginado, que Sergio solo estuviese siendo Sergio y que yo haya proyectado en él lo que sentía en ese momento.  
—No lo creo, ya te dije que cuando estáis juntos hay algo. Y ¿qué vas a hacer ahora?  
—No ha cambiado nada. Somos amigos y eso me parece suficiente.

—Ya te dije que no me iba a inmiscuir, pero me parece una pena. Encontrar a alguien que en tan poco tiempo te haga sentir en casa, no es algo que pase todos los días.

—Por eso no quiero arriesgarme a perderlo.

—No es que esté de acuerdo, pero es tu decisión.

Lo es, a pesar de que, mientras Sergio aparcaba frente a mi portal, durante un instante haya pensado que me gustaría que tuviesen más de dos días los fines de semana y de que su abrazo al despedirme todavía me caliente la piel. Llevo media vida lidiando con mis emociones, apartando a un rincón lo que no puedo querer o tener. Soy una experta y sé que es lo que debo hacer.

—Te agradezco la confianza. Y tú ¿qué has hecho estos días? ¿Algo interesante?

—Más bien tranquilo. A mí también me tocaba encuentro familiar. Era el cumpleaños de mi abuela y fuimos a comer para darle una sorpresa.

—Tu abuela. Me acuerdo de ella. Me alucinaba, me parecía súper moderna con sus vaqueros y el pelo de color rojo.

—Ya sabes a quien he salido yo —bromea Elena dando un golpe de melena.

—¿Y cómo está?

—Irreductible. No para un segundo. Tiene el mismo grupo de amigas desde hace más de cincuenta años y siempre andan planeando algo.

—Me parece inimaginable mantener durante toda tu vida a las mismas personas alrededor.

En mi caso que nunca he tenido un grupo de amigas, pura utopía.

—Son bastante intensas. Todas tienen su carácter. Pero eso es lo que las mantiene unidas, yo creo, y lo que lo hace divertido.

—También es bonito.

—Ya me lo contarás dentro de veinte años, cuando siga metiendo las narices en tu vida.

—Seguramente seguiré sin hacerte caso —me burlo.

—Lo digo en serio, Christina. Te he echado de menos estos años y, aunque no sepas si vas a quedarte, me gustaría que esta vez mantuviésemos el contacto.

Algo se aprieta en mi pecho.

—Por supuesto.

—¿Es una promesa? —Estira el dedo meñique como cuando éramos pequeñas y lo alarga hacia mí.

—Es una promesa. —Sonrío y enganché mi dedo con el suyo mientras trato de mantener a raya la emoción que siento. Puede que para cualquier otra persona este gesto de amistad no suponga más allá de la alegría del reencuentro, pero para mí es mucho más. Significa que por fin algo está cambiando en mi vida, que, aunque todavía no vea el horizonte, he empezado a transitar un nuevo camino y que, esté donde esté y haga lo que haga, esta vez no voy a caminarlo en soledad.

## Capítulo 23

Miro el reloj. Llego tarde. No es ninguna sorpresa, sobre todo porque ha sido intencionado. Tampoco es el motivo por el que una energía nerviosa me recorre de pies a cabeza haciéndome sentir un tanto inestable. «El motivo» tiene los ojos grises y, al parecer, la capacidad de meterse en mi cabeza con tan solo pronunciar cuatro palabras. Cuatro palabras que llevo toda la semana tratando de enterrar en algún rincón estéril de mi interior, con poco o ningún éxito. Eso no es normal en mí, y me desconcierta y me altera a partes iguales.

También me hace sentir un poco tonta. No me va el papel de adolescente deslumbrada que no puede controlar sus instintos. Básicamente, porque hace ya mucho que dejé esa etapa atrás y, lo más importante, porque mi cabeza —que es mi parte más fiable—, me dice que mantener mi relación con Sergio dentro de los límites de la amistad es lo correcto, por mucho que las mariposas que alzan el vuelo en mi estómago quieran demostrar lo contrario.

Observo la puerta frente a la que llevo parada varios minutos, ya he perdido la cuenta de las veces que lo he hecho. Creo que podría dibujar de memoria cada veta y muesca en el barniz. No puedo posponerlo más. Cojo aire, sacudo la cabeza para vaciarla de cualquier estúpido pensamiento que pretenda tomar protagonismo sin mi consentimiento y, mientras dejo el aire salir, pulso el timbre.

La puerta se abre y la sonrisa de Ángel aparece de forma automática al verme. Me da dos besos y un breve abrazo, y el calor de su bienvenida consigue que se disipen un poco los nervios.

—Llego tarde —afirmo en respuesta a su sonrisa.

—No te preocupes, eres la última por poco. Jorge también acaba de llegar y eso que vive aquí —dice divertido—. ¿Quieres quitarte el abrigo? —Señala un perchero, casi lleno, a su espalda y yo asiento con un <<gracias>> y le entrego el abrigo. Luego le sigo hacia el interior del piso.

Veo a Elena y a Jorge nada más entrar en el salón. Solo a ellos. Están sentados en el mismo sofá y cada uno sujeta una botella de cerveza en la mano. Elena me mira y sonrío.

—¿Todo bien? Te he mandado dos mensajes.

Me acerco y alza la cara para que le dé un beso.

—Sí, solo me he equivocado de transbordo en el Metro. Perdona, no los he visto —explico tratando de que no se me note la culpabilidad en la voz, aunque sé que es una mentira sin importancia.

—Yo te hubiera ido a buscar —asegura Jorge.

—Eso no hubiera sido ninguna solución —le rebate Ángel y añade divertido hacia mí—. Habría conseguido que llegaseis mucho más tarde.

Jorge le mira airado durante un par de segundos y luego se ríe.

—Es muy posible —vuelve su atención hacia mí y se da un par de golpecitos en la mejilla—. ¿Dónde está mi beso?

Le sonrío, me inclino y le doy un solo beso en la mejilla, igual que he hecho con Elena.

—¿Mejor? —pregunto.

—Por ahora. Pero vamos a tener que volver a españolizarte, me parece que se te han pegado

las malas costumbres de los ingleses. —Y sin que tenga tiempo de reaccionar, se pone en pie y me levanta en un abrazo a la vez que planta como diez besos seguidos sobre mi cara mientras estallo en carcajadas.

—¿Vas a dejar algo para los demás?

El sonido de la voz grave de Sergio hace que mi corazón, ya alterado por la risa, se salte el siguiente latido. Jorge me suelta y cuando me giro, allí está. Mirándome. Con «esa» sonrisa. Se ha cortado el pelo y está guapo, más si cabe. Guapo a esa manera suya de buen chico, que nunca pensé que me atraería y que, sin embargo, ahora mismo me hace preguntarme si será igual en el piel con piel.

—Hola —digo.

Su sonrisa se curva un poco más.

—Hola. —Da un paso hacia mí, coloca su mano en mi cintura y, cuando sus labios tocan mi piel, la manada de elefantes alados que se ha instalado en mi estómago amenaza con levantar el vuelo.

—¿Qué quieres tomar, Christina?

Aprovecho la pregunta de Ángel para romper el contacto y dar un paso atrás.

—Una Coca-Cola, si tienes.

Por el rabillo del ojo veo cómo Sergio se aleja y se acomoda en un sillón justo al lado del que ocupan Jorge y Elena.

—Claro, te la traigo ahora. Siéntate donde quieras o puedas.

Observo los asientos libres. Solo hay dos y delante de uno de ellos hay una botella de cerveza a medio beber. Suspiro, resignada, y camino hacia la butaca que queda a la derecha de Sergio.

—¿Sabéis que ya tengo casi terminado el artículo?

—Genial. Y ¿cuándo vamos a poder leerlo? —pregunta Ángel a la vez que me tiende la Coca-Cola.

Le doy las gracias y me guiña un ojo.

—Voy a proponerlo para la sección de cultura del mes que viene. Pero antes me gustaría sentarme con vosotros, con los tres a la vez, y comentarlo.

—Eso va a ser más complicado —asegura Jorge—. Empezamos a doblar ensayos y en las próximas semanas solo me va a dar tiempo a comer y dormir.

Ángel cabecea en señal de asentimiento.

—Yo estoy igual.

—Y yo me marcho en dos semanas, así que tendremos que buscar un hueco antes —añade Sergio.

—Por mí no hay problema en el día o la hora, me adapto a lo que propongáis.

Les observo mientras sacan los móviles y tratan de encajar sus horarios a golpe de calendario. Un pequeño pellizco de desasosiego me tensa la boca del estómago. Hace poco más de un mes que me subí a un avión y aterricé en Madrid. Y aunque la mayoría del tiempo me siento cómoda aquí, hay instantes como este en los que no puedo evitar pensar que he salido de mi pequeño mundo para darme de bruces con el mundo real, uno que gira y avanza, pero yo no lo hago; yo me siento en pausa. Y me da miedo haber estado tanto tiempo quieta, que ahora no sepa cómo seguir adelante.

El sonido del vidrio del botellín de Sergio al chocar con mi vaso me trae de vuelta. Pestañeo un par de veces para mandar mis temores al rincón oscuro del que han salido y le sonrío.

—¿Dónde estabas?

—Aquí mismo, no me he movido del asiento.

—Serías una buena jugadora de póker, pero yo ya conozco las señales.

—No sé de qué me hablas —bromeo.

—Sí que lo sabes, pero es una de esas muchas cosas que no me vas a contar —no lo dice enfadado ni ofendido, sino más bien divertido, constatando un hecho.

—Entonces no preguntes —respondo en el mismo tono.

—No te lo puedo prometer, soy persistente, es uno de mis rasgos de carácter. Pero puedo darte una tregua.

—Eres muy amable —le digo en tono irónico.

—Lo sé —me concede—. Así pues, hablemos de cosas nada personales. ¿Cómo vas con las últimas donaciones?

—Bien. Esta semana ha sido muy tranquila. No ha entrado nada nuevo y solo quedan dos solicitudes por resolver.

Una de ellas es la de Celia. Valentina quedó en avisarme para que realizásemos la recogida, pero todavía no lo ha hecho. Y no me atrevo a llamarla o escribirla, porque no quiero presionarlas en un asunto tan personal.

—Sí, ya he visto el correo. Así que, ¿te has vuelto loca con tanto tiempo libre o lo has disfrutado?

No sé si es casualidad o tiene el don de la percepción, pero ha dado en el clavo.

—Puede que un poco de la primera —reconozco con una mueca—. También puede que sea un poco obsesiva y me cueste estar sin hacer nada.

—Y ¿qué ha pasado con tu lista de cosas por hacer?

Tardo un segundo en entender que se refiere a la conversación que mantuvimos el fin de semana acerca de utilizar el tiempo como aliado y experimentar.

—No existe una lista como tal. Sería demasiado deprimente. —No quiero anotar juntas todas las cosas que me he perdido.

—Bien, vale. Sin lista. Piensa una cosa, solo una que siempre hayas querido hacer.

—No sé. Ahora mismo no se me ocurre nada.

—No tiene por qué ser algo muy importante, puede ser algo sencillo.

—Es que es muy difícil —me quejo.

Sergio se lleva un dedo a la medialuna que forma su sonrisa.

—Chist. Calla y piensa.

Frunzo el ceño, pero le hago caso y trato de pensar. Intento rescatar de los cajones de mi mente alguna de esas cosas que en un momento anhelé, pero nunca llegué a disfrutar.

—Quiero ir a comer una hamburguesa —hago una pequeña pausa mientras las palabras se van ordenando solas en mi cabeza—, con patatas fritas y batido, y luego quiero ir al cine y comprar palomitas y una barra de Twix y la Coca-Cola más grande que tengan —digo y le miro a medias, a la espera de su reacción.

Su sonrisa se ensancha.

—Y ¿aceptarías compañía?

No creo que fuese capaz de hacer nada de lo que he dicho si tuviera que hacerlo sola, pero creo que eso Sergio ya lo sabe. No obstante, hago como que lo pienso.

—Solo si puedo elegir la película.

—Entonces ya tenemos un plan. —Extiende la mano y yo le imito, y cuando nos damos un apretón cerrando el trato, un cosquilleo ilusionado se extiende por mi pecho sin que pueda evitarlo.

El resto de la noche pasa en un visto y no visto o es lo que me parece. Pedimos comida china y jugamos al Trivial. No recuerdo haberme reído tanto en toda mi vida. Tampoco recuerdo haberme sentido tan cómoda y despreocupada. Cuando Elena anuncia que son las dos de la mañana y que ya es hora de irse a casa, un pellizco de pena porque la noche se acabe me pinza el corazón.

El Uber ya está esperándonos junto a la acera cuando salimos del portal. Damos las buenas noches al conductor y nos acomodamos en los asientos traseros. Elena apoya la cabeza en mi hombro y yo mi mano sobre su pierna y así recorremos casi todo el camino, sumidas en un silencio tranquilo que solo rompemos para despedirnos.

—¿Todo bien?

La mirada inquisitiva de mi amiga me llega desde el otro lado del descansillo.

—Sí, muy bien. —Le regalo mi sonrisa más sincera y giro la llave en la cerradura—. Buenas noches, Elena.

Una sonrisa se abre paso en su rostro.

—Buenas noches, Christina.

Voy directa a mi habitación. Me deshago de los zapatos en un rincón, me quito la ropa y me pongo el pijama. Entro en el cuarto de baño para lavarme la cara y al alzar la vista me encuentro con la chica que me mira desde el otro lado del espejo con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios y, mientras estudio su reflejo, me doy cuenta de que cada vez me cuesta menos reconocerme en ella.

## Capítulo 24

Los pasillos del centro comercial están hasta los topes. Resoplo, fastidiada, y me desabrocho el abrigo. Cuando saqué las entradas días atrás, no hubiera imaginado que un miércoles cualquiera me fuera a encontrar esta afluencia de gente —aunque me da que no es lo habitual y está directamente relacionado con el viento helador, más propio de diciembre que de marzo, que barre las calles de Madrid—. No obstante, ahora ya no me puedo echar atrás. Me aparto a un lado y busco en las alturas algún cartel que me indique dónde se encuentran las escaleras para subir a la segunda planta. Lo localizo unos metros a mi derecha y me incorporo de nuevo a la corriente de personas que no cesa.

Cuando llego a la segunda planta, no está mucho más despejada que la primera. De hecho, en la entrada de los cines se acumula una pequeña multitud de grupitos repartidos aquí y allá. No veo a Sergio, así que, resignada, me tomo un segundo para mentalizarme y me zambullo entre ellos mientras le voy buscando con la mirada.

Contra todo pronóstico, no me cuesta mucho dar con él. Le veo en un recodo, apoyado contra una columna de hormigón con la vista perdida entre la gente. A su lado, un grupo de chicas de unos dieciocho años le echan miradas de reojo y cuchichean entre risas. Las entiendo perfectamente, cómo no hacerlo si yo misma soy incapaz de apartar los ojos desde que se los he puesto encima.

Inspiro con fuerza y me repito en mi cabeza que solo somos amigos. Amigos. No obstante, continúo mirándole mientras me acerco. Recreándome en cada detalle que no puedo estudiar cuando tengo su atención. Y me pierdo tanto en él que, cuando de improviso vuelve la mirada y nuestros ojos se encuentran, me sobresalto lo suficiente para enredarme con mis propios pies y caer de bruces contra su pecho.

—Hola. ¿Estás bien? —Sus manos rodean mis brazos y sus iris buscan los míos mientras me ayuda a incorporarme.

—Sí, solo he tropezado —contesto mortificada. El calor me sube rápidamente por la cara y doy un paso atrás para poner un poco de distancia entre su cuerpo y el mío. Bajo la mirada y me concentro en colocarme el bolso y el abrigo, solo por escapar de su atención. Cuando la vuelvo a levantar, Sergio tiene los labios apretados en una línea tensa y sé que se está esforzando por no sonreír—. Ni se te ocurra —le advierto señalándolo con un índice acusador.

Levanta las manos en señal de disculpa, pero la sonrisa termina acudiendo de igual manera a su boca. Sacudo la cabeza en señal de incredulidad y, con un bufido, comienzo a andar hacia la zona de cafetería. Sergio me sigue en silencio.

Me muevo por los diferentes pasillos mientras voy llenando mi cesta y me esfuerzo por ignorarle, a pesar de que va un paso por detrás de mí en todo momento. Cuando el cubo de palomitas se balancea entre mis brazos al tratar de sacar el teléfono móvil para buscar las entradas, alarga el brazo y me lo quita.

—Sabes que esto es ridículo, ¿verdad? —La diversión tiñe su voz.

Le fulmino con la mirada y continúo avanzando.

—Christina...

Suspiro y me detengo para esperarle. Cuando llega a mi altura, saca del bolsillo una barra de Twix y me la ofrece.

—Ten, es la última que quedaba.

Mi mirada va de la barrita de chocolate a su sonrisa conciliadora. Alargo el brazo y la cojo.

—Vale, pero solo porque no había más.

—Lo sé, por eso la he guardado para ti. —Acorta la distancia que nos separa y busca mis ojos —. Y ¿ahora me perdonas? —Esboza una sonrisa pequeñita que termina tirando de la mía.

—Vale —accedo—. Pero no me gusta que te rías de mí. Ha sido muy infantil.

Me mira y arquea una ceja al oír la última palabra. Nos miramos durante un instante y luego los dos nos echamos a reír y mi enfado se esfuma igual que ha aparecido.

Hay una pequeña fila de gente en el control de acceso a las salas. Localizamos el final y nos colocamos detrás. Mientras busco las entradas en el móvil, le escucho decir:

—Aunque no lo creas, no me estaba riendo de ti.

Muestro las entradas al empleado y arqueo las cejas, escéptica.

—Ah, no. Y ¿qué hacías?

—Celebrar cómo ha empezado la tarde. —Me guiña un ojo y sin añadir nada más pasa el control.

Tardo un segundo en ir tras él, lo que me cuesta convencer a las mariposas de mi estómago de que no hay motivos para alzar el vuelo.

—¿Qué película te hubiera gustado ver en el cine?

Estamos sentados en nuestras butacas. Las luces permanecen encendidas y la pantalla en blanco. Todavía solo unas pocas personas llenan la sala.

No tengo que pensarlo demasiado.

—Crepúsculo.

Sergio me mira.

—¿Qué? Me gustan los vampiros.

—Y a mí, pero los de verdad.

Me giro hacia él con gesto ofendido.

—Son vampiros de verdad. Beben sangre y son inmortales.

—Inmortalmente ñoños.

Le tiro una palomita. La recoge de su regazo y se la lleva a la boca.

—Vamos, si les brilla la piel con cristales de Swarovski —replica burlón.

—No te metas con mi saga favorita de vampiros. —Meto la mano en el cubo de palomitas y cojo un puñado en señal de amenaza.

Sergio sonríe y alza las manos en señal de rendición.

—Vale, tú ganas. Quién soy yo para criticar tu mal gusto en cuestión de vampiros.

Recojo las palomitas que había vuelto dejar en el cubo y las lanzo. Cuando se estrellan contra su bonita cara, sonrío satisfecha.

—Si las vas a tirar, mejor me las como yo. —Antes de que pueda reaccionar, alarga el brazo, levanta el cubo y lo quita de mi alcance.

Me estiro para recuperarlo, pero sus brazos son más largos que los míos. Aun así, no me doy por vencida y me impulso un poco más. El pie se me resbala y termino estrellándome contra su pecho.

—Voy a pensar que le estás cogiendo gusto a caerte sobre mí —murmura en mi oído.

Me incorporo como si me hubiese electrocutado y me coloco muy recta en mi asiento. Sergio se echa a reír.

—Que conste que no me estaba quejando.

Le fusilo con la mirada, pero no puedo contestarle porque la locución del primer anuncio inunda la sala. Solo me acomodo en mi asiento y trato de prestar atención a la pantalla. De vez en cuando, miro a Sergio por el rabillo del ojo. Una sonrisa contenida asoma a su boca y, al final, yo misma termino por sonreír.

Las luces bajan y su mano roza la mía, y un cosquilleo se extiende por mi piel.

—Allá vamos.

La película comienza y, por más que lo intento, me cuesta concentrarme en lo que pasa en la pantalla. Y el único culpable es Sergio, porque, sin que pueda evitarlo, mi atención vuela constantemente hasta él. A su cercanía, a su calor junto a mi oído cada vez que me susurra algo, al punto donde se rozan nuestros brazos y a la intimidad imposible que ha creado un universo solo para nosotros dos en una sala llena de gente.

Para cuando los créditos finales llenan la pantalla y se vuelven a encender las luces, tengo las emociones a flor de piel. Recojo mis cosas y me pongo en pie. Sergio me mira y me sonríe. Y yo trato de controlar todo lo que me burbujea bajo las costillas.

Salimos de la sala de cine directos a la calle. La noche ha caído sobre Madrid y, aunque el viento ya no sopla, el cielo se ha cubierto de nubes y no se ve ninguna estrella. Me cierro la cremallera del abrigo y meto las manos en los bolsillos en busca de calor. Sergio que camina a mi lado, me imita. Cuando pasamos por las puertas de acceso al centro comercial, hace un gesto hacia ellas.

—¿Quieres que volvamos a entrar? Todavía te debo un batido y una hamburguesa.

Esbozo media sonrisa y sacudo la cabeza.

—No, creo que me voy a casa.

Sergio estudia mi rostro y yo trato de mantenerme impassible ante el peso de su mirada.

—Entonces, te acompaño.

Quiero decirle que no, pero sus ojos me advierten de que no hay discusión. Parece que el universo hoy no tiene la intención de ponérmelo fácil.

Empezamos a caminar calle abajo en dirección a la parada de Metro. Las aceras están húmedas y bastante vacías. El frío se cuela por el cuello de mi abrigo, así que saco las manos de los bolsillos y levanto las solapas en busca de protección.

—¿Tienes frío? —me pregunta Sergio.

—Un poco.

—Espera. —Se detiene y se quita la bufanda. Luego la enrolla con suavidad alrededor de mi cuello—. ¿Mejor?

Su calor y su olor me envuelven, y tengo que hacer un esfuerzo para no hundir la nariz e inspirar hasta llenarme los pulmones de él.

—Sí, gracias.

Esboza una sonrisa.

—No hay de qué.

Nos ponemos en marcha de nuevo.

—¿No te ha gustado la película? No has dicho nada.

—Sí, estaba bien. —Supongo que estaba bien, así que técnicamente no es una mentira.

La mirada de Sergio cae sobre mí. Me estudia un segundo y luego niega con la cabeza.

—Algún día me lo vas a contar —dice risueño.

—¿El qué?

—Lo que pasa por tu preciosa cabeza.

Se me escapa una risa que es casi un resoplido. Lo que pasa por mi cabeza es lo último que quiero compartir con él en este momento.

—La curiosidad mató al gato, ¿nunca te lo han dicho?

—En este caso no es curiosidad, es interés.

Siento un revoloteo en el pecho al escuchar la última palabra.

—Eso es un tecnicismo, ¿no te parece?

—Puede, pero también dicen que en el amor y en la guerra todo vale.

El revoloteo en mi pecho se transforma en un volcán. Casi con miedo, giro el rostro para buscar sus ojos y, al quitar la vista del suelo, mi pie choca con la acera.

—Tres de tres. Te tengo. —Sus brazos me rodean la espalda y mis manos se apoyan en su pecho. Estamos tan cerca que el vaho de su respiración se mezcla con el de la mía. Una de sus manos se desplaza hasta mi nuca y se enreda en mi pelo.

Quiero decir algo que rompa los hilos de tensión que han comenzado a tejerse a nuestro alrededor, pero no encuentro mi voz; la ahogan los latidos erráticos de mi corazón.

Sus ojos buscan los míos.

—Aunque la realidad es que me tienes tú a mí. Lo sabes, ¿verdad? —Nuestras miradas se encuentran y sus labios se curvan en una sonrisa que me provoca tantas emociones bonitas, que sé de inmediato que esta vez no voy a ser capaz de resistirme.

Y en el momento en que lo comprendo, dejo de hacerlo y cierro la distancia que separa su boca de la mía. Y me rindo, me rindo a él. A la suavidad con la que sus labios se mueven sobre los míos; a su olor, que se ha convertido en el aire que respiro; a la calidez que sus manos reparten sobre mi piel. Y al abrazo de su cuerpo que se cierra sobre el mío cuando parece que no podemos estar más cerca. Y al matiz dulce que puedo detectar en su saliva cuando el beso se vuelve más profundo. Más necesario.

Cuando nos separamos, lo hacemos con la respiración agitada y la emoción brillando en los ojos. Una fina lluvia cae sobre nosotros. Sergio extiende una mano y alza la vista al cielo. Yo subo las mías y las coloco a ambos lados de su rostro. Con los pulgares limpio las pocas gotas que se han posado sobre su piel y le beso otra vez. No sé cuándo ha empezado a llover, pero no podría importarme menos, porque ni siquiera la odiosa lluvia puede conseguir que en este momento quiera estar en algún otro lugar.

## Capítulo 25

—Estás hecha un asco. —Los ojos de Elena van desde el pijama arrugado, a mi nariz roja y terminan en el moño casi desecho que corona mi cabeza.

—Gracias. Yo también me alegro de verte. —Dejo la puerta abierta y, con el sonido de sus pasos detrás de mí, regreso en busca del sofá del que no he sido capaz de moverme en todo el día.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

Me acurruco contra los cojines con una manta y suelto un suspiro de satisfacción. Me duelen hasta las pestañas.

—Desde ayer por la tarde.

«Veinticuatro horas después de que me besase con Sergio durante un tiempo indeterminado bajo la lluvia».

—Tenías que haberme llamado. —Se sienta en el brazo del sillón junto a mí y me acaricia el pelo con suavidad.

—No quería molestar. Es solo un resfriado.

—En la salud y la enfermedad...

Sonrío.

—¿Eso no es para los matrimonios?

—Para mí es lo mismo. La amistad no deja de ser también un compromiso adquirido libremente por amor. Además, muchas duran más que un matrimonio. —Me da un toque con su dedo en la punta de la nariz—. Así que, ¿qué puedo hacer por ti, amiga?

—En realidad no necesito nada. —Señalo la caja de paracetamol y el paquete de pañuelos de papel que descansan sobre la mesa—. Ya estoy servida.

—Y ¿qué te parece un poco de compañía?

—No quiero estropear la noche del viernes.

—¿Quién dice que me la estropeas? Sinceramente, tirarme en el sillón y hacer un maratón de Netflix ahora mismo me parece el paraíso. He tenido una semana de mierda.

Me sorprende escucharla decir eso. Elena siempre habla maravillas de su trabajo, le encanta lo que hace y donde lo hace.

—¿Va todo bien en la revista?

Se pone en pie y recoge el vaso y el plato vacíos que desde la comida no he tenido fuerzas para retirar de la mesa.

—Nos han comprado. Un grupo editorial más grande. Y se avecinan cambios y no sé si van a ser a mejor. Quieren «optimizar la plantilla» y eso me suena a despidos. También han puesto un nuevo editor a cargo de las secciones de ocio y cultura. Lo que significa más control y menos libertad.

—Vaya, lo siento.

—Sí, yo también. Pero mejor dejamos de hablar de trabajo, que necesito desconectar. ¿Te traigo agua?

Asiento y Elena se va en dirección a la cocina. Vuelve con un vaso de agua y un botellín de cerveza. Me entrega el agua y se sienta en el otro sofá con la cerveza en la mano.

—¿Desde cuándo tienes alcohol en casa?

Noto cómo el calor me sube a las mejillas.

—Ha sido una compra impulsiva. —No estoy mintiendo, no del todo. Las cogí en un impulso mientras pensaba en Sergio.

Elena me estudia durante un segundo. Yo me llevo un pañuelo a la nariz para bloquear su escrutinio.

—Pues gracias por ese impulso. —Levanta la botella y se la lleva a los labios—. Por cierto, escribí a los chicos esta mañana para vernos el domingo y revisar la entrevista, pero ninguno ha contestado. ¿Sabes algo de ellos?

Casi me atraganto con el agua que estoy bebiendo. Con cuidado, para que los nervios no me delaten, poso el vaso en la mesa.

—Apenas. Sergio me ha dicho que no podía pasar por Crescendo porque estaba muy liado con el viaje y las clases. Supongo que Ángel y Jorge estarán igual con los ensayos.

Y esta vez no es mentira. He cruzado unos pocos mensajes con Sergio durante estos dos días, pocos porque preparar las clases que va a impartir en Estocolmo le «está llevando la vida», palabras textuales. Y en ninguno hemos hablado de lo que sucedió el miércoles por la noche. Y no sé si eso me alegra o me preocupa. En realidad, no sé cómo sentirme respecto al beso en general. Besos sería más correcto. Ni cómo me voy a sentir cuando le tenga enfrente. El timbre suena y Elena me mira.

—¿Esperas a alguien?

Niego con la cabeza con la duda palpitando en el pecho.

—Espero que no sean los Testigos de Jehová, hoy no tengo paciencia para aguantar sus buenas intenciones evangelizadoras —dice y se pone en pie.

La sigo con la mirada hasta que desaparece por la puerta. Agudizo el oído, puedo escuchar el sonido de una conversación, pero no logro distinguir la voz de la otra persona. Aunque tampoco me hace falta hacerlo para saber que mi pálpito ha sido acertado, la enorme sonrisa que le ocupa toda la cara a Elena cuando regresa al salón es indicio suficiente.

—Mira quién ha venido.

Un segundo después, Sergio entra en el salón. Le miro y, cuando nuestros ojos se encuentran, mi estómago salta en picado al vacío.

—Hola —me dice.

—Hola —le respondo y nos quedamos atrapados durante un segundo en esa mirada.

Sergio es el primero en reaccionar. Da un paso adelante y apoya una bolsa de papel, que hasta ahora me había pasado desapercibida, sobre la mesa.

—Espero no haber interrumpido nada.

Elena le mira primero a él y luego a mí.

—En realidad, no. Yo ya me iba. Solo había pasado a ver si Christina necesitaba algo.

—No tienes...

—No tengo cerveza en casa, es verdad —me interrumpe burlona. Se acerca a la mesa y coge la botella—. Si no os importa, esta me la llevo. Pasadlo bien.

Sergio y yo la seguimos con la mirada mientras sale del salón. Luego esperamos en silencio a que se cierre la puerta de la entrada.

—¿Se ha ido por mí?

Sonrío divertida y asiento.

—Eso creo.

Agita la cabeza y se pasa la mano por el pelo.

—Lo siento, tenía que haber llamado.

—No pasa nada. Me alegra que hayas venido.

Me observa durante un segundo y luego sonríe.

—¿Cómo estás? —Se acerca y se sienta en el hueco que queda libre en el sofá.

—Creo que de esta salgo —bromeo.

—Te he traído una cosa. —Introduce la mano en la bolsa y saca una hamburguesa y un batido de chocolate.

Arqueo una ceja y una risa escapa de sus labios.

—Ha sido la culpabilidad. He pensado que podía comprar tu perdón con comida.

Cuando dice «culpabilidad» algo pesado se asienta en mi pecho. ¿Puede ser que se arrepienta de lo que pasó? De las muchas opciones que he barajado en mi cabeza sobre lo que podría ocurrir a continuación, esa nunca ha aparecido. Y solo plantearme que pueda ser así, me resulta... decepcionante.

—No sé si quiero saber por qué me miras así.

—¿Te arrepientes? —La pregunta escapa sola, antes de que me dé tiempo a pensar.

Sergio me observa un instante y una sonrisa cálida se dibuja en sus labios.

—Si te refieres a si me arrepiento de no haber tenido la cordura suficiente para evitar que te calases hasta enfermar. Sí, me arrepiento. Ahora —hace una pausa y busca mis ojos—, si a lo que te refieres es a si me arrepiento de que nos besásemos, la respuesta es no. Un «no» rotundo y absoluto. Tan siquiera creo que tenga la capacidad para hacerlo.

Nos miramos y una complicidad nueva nos envuelve y flota a nuestro alrededor.

—Entonces, ¿tienes hambre?

Apenas he comido nada en todo el día y siento un vacío en el estómago.

—Sí, creo que sí.

Con una caricia en mi pierna, se pone en pie. Recoge la bolsa y la hamburguesa de encima de la mesa.

—¿La cocina?

Señalo el pasillo.

—La primera a la derecha.

Empieza a avanzar, pero tras un par de pasos se gira hacia mí.

—Por cierto, ¿te queda alguna cerveza?

El gesto esperanzado en su cara me hace sonreír.

—Tiene que haber en la nevera.

Asiente y con paso decidido sale del salón. Regresa unos minutos después con la hamburguesa y unas patatas fritas, que debían estar todavía en la bolsa, colocadas en un plato y un botellín de cerveza en la mano. Apoya el plato en la mesa frente a mí y vuelve a ocupar en el sofá el mismo lugar que unos minutos antes.

Miro la hamburguesa y luego le miro a él.

—¿Tú no comes?

Niega con la cabeza y le da un trago a la cerveza.

—Estoy tan cansado, que se me ha cerrado el estómago.

Me tomo un minuto para estudiarle. Unas sombras oscuras que me habían pasado desapercibidas enmarcan sus ojos.

—Sergio...

Cuando escucha su nombre me mira.

—Estoy bien. No tienes que estar aquí, puedes marcharte a casa.

—Quiero estar aquí. —Su mano escala con suavidad por mi pantorrilla, llega a la rodilla y baja de nuevo hasta rodear mi tobillo—. Créeme si te digo que no hay ningún otro sitio en el que quiera estar.

Una tensión, que ya me va resultando familiar, crece y vuelve el aire más denso a nuestro alrededor. Mis ojos caen hasta sus labios y un pensamiento se abre paso en mi cabeza. «Quiero besarlos». Trago saliva y al hacerlo un ataque de tos me sacude como una maraca.

Sergio se levanta de un salto y coloca su mano en mi espalda. La mueve en círculos hasta que la tos se detiene.

—¿Estás bien?

Asiento todavía tratando de estabilizar mi respiración.

—Toma, bebe un poco de agua.

Cojo el vaso de sus manos y me lo llevo a la boca. Él me observa con el ceño ligeramente fruncido mientras bebo. Cuando termino, se lo entrego.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

Vuelve a dejar el vaso sobre la mesa y se sienta, pero esta vez lo hace en el otro sofá.

—He pensado que podríamos ver una película.

Me relajo al escuchar sus palabras, por un momento he tenido la sensación de que se iba a marchar. Me incorporo lo justo para coger el portátil que descansa sobre la mesa auxiliar y se lo tiendo.

—Para ti. Tú eliges. Es lo justo.

—Vale. Déjame ver. —Concentra toda su atención en la pantalla y yo la mía en él. En la curva de su barbilla, siempre perfectamente afeitada; en sus labios mullidos, extendidos en apenas una sonrisa; en sus ojos, que pueden contar más que las palabras. Y en la pequeña cicatriz que tiene junto a la oreja. Y en cómo una arruga se dibuja entre sus cejas cuando se concentra. En cada detalle que me maravilla descubrir sobre él—. Creo que lo tengo.

Inspiro con disimulo y llevo la mirada a la pantalla del ordenador. Cuando veo la carátula de la película que ha elegido, una sonrisa enorme asoma a mi boca.

—Luna Nueva.

—Sí.

—Has elegido Luna Nueva.

—No hace falta que lo repitas. Sé lo que he elegido —refunfuña con una sonrisa en los labios.

—Pero si no te parecen vampiros de verdad.

—Cierto. Lo sigo pensando.

—Entonces...

Se inclina para acortar la distancia que nos separa y coloca su mano sobre mi mejilla.

—Me gusta verte sonreír, y si para ello tengo que ver la saga entera de Crepúsculo, no dudes que lo haré. —Su pulgar traza la medialuna de mi boca y luego se aparta.

Mientras lo hace me parece escucharle exhalar, pero no puedo estar segura porque los latidos erráticos de mi corazón lo llenan todo.

## Capítulo 26

El sol de marzo se cuela por la persiana entreabierta y cae sobre mi cara. Abro los ojos, me estiro para deshacerme de los restos de sueño que aún me rondan y una sonrisa se dibuja en mis labios. Parece que lo peor del constipado ya ha pasado. Todavía noto los músculos entumecidos y la nariz un poco congestionada, pero no tiene nada que ver con el malestar de las últimas veinticuatro horas. Me incorporo y salgo de la cama. Voy hasta la ventana, levanto la persiana para que la claridad llene la habitación y me tomo un minuto para respirar. Me gusta este momento del día en que la ciudad parece estar en espera, el silencio es mi única compañía y todas las incertidumbres permanecen dormidas en un rincón.

Sin molestarme en quitarme el pijama, cojo una chaqueta y salgo al pasillo. Camino descalza, un hábito que he recuperado al volver a esta casa, y disfruto de la calidez de la madera contra mi piel mientras me dirijo a la cocina a prepararme un café. Al pasar por delante de la puerta cerrada del salón, una imagen aparece de la nada en mi cabeza y mi cuerpo se paraliza durante un instante. El recuerdo de Sergio dormido en mi sofá se abre paso con total claridad. «¿Es posible?»

Abro la puerta y, casi con miedo, me asomo. Y le veo, igual que en mi memoria. Continúa en el mismo sitio en el que le dejé y está profundamente dormido. Los nervios comienzan a danzar en mi pecho y me bloqueo. No sé qué hacer, así que me quedo donde estoy y le observo.

Tardo un par de minutos en recuperarme de la sorpresa inicial y que mi cerebro adormilado asimile la situación. Luego entro en el salón y, sin hacer ruido, recorro el espacio que nos separa.

Duerme con los labios entreabiertos y tal expresión de abandono, que siento una punzada de culpabilidad cuando me agacho a su lado y paso el dorso de mis dedos por su mejilla. Sus párpados tiemblan. Le vuelvo a acariciar y abre los ojos.

—Hola. —La voz le sale ronca. Parpadea para enfocar la vista y traga saliva.

—Buenos días —le digo con una sonrisa.

Todavía medio dormido, sus ojos siguen el movimiento de mis labios y se quedan sobre ellos. Un calor instantáneo me trepa por la piel. Me levanto para poner un poco de espacio entre nosotros y me siento en el otro sofá. Mi movimiento parece devolverlo por completo al mundo de los vivos. Se incorpora y me regala su sonrisa.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

Hace una mueca y se pasa las manos por los mechones desordenados después del sueño.

—Siento haberme quedado dormido.

—No pasa nada, yo también me dormí. Cuando me desperté, eran las tres de la mañana. No me pareció bien levantarte para que te fueras a casa, así que te eché una manta por encima y me fui a la cama.

—Gracias por darme cobijo. Estaba agotado, no sé si hubiera llegado a casa de una pieza.

—De nada. Espero que hayas podido descansar algo, no sé si ese sofá es muy cómodo.

—A mí me lo ha parecido, aunque creo que podría haberme dormido hasta de pie —asegura

con media sonrisa. Cuando se estira, el jersey se le sube hasta dejar a la vista una porción de su abdomen.

Desvío la mirada y me pongo en pie de un salto.

—¿Te apetece un café?

Sergio asiente y me sigue a la cocina.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor, mucho mejor. Ya me vuelvo a sentir persona.

Saco el bote del café y lleno la cafetera.

—Me alegro.

—¿Lo quieres con leche?

—Sí, por favor.

Relleno el depósito del agua y enciendo la cafetera. Luego saco la leche de la nevera, la pongo en una jarra y la meto en el microondas. Sergio observa cada uno de mis movimientos en silencio. Siento sus ojos sobre mí y una energía nerviosa comienza a palpar bajo mi piel.

—Entonces, ¿cómo vas con los preparativos del viaje? —Necesito distraerme para dejar de ser tan consciente de él y de mí. De nosotros en esta cocina.

—Bastante bien. Estos últimos días han sido una paliza, pero ya tengo casi todo organizado.

—¿Cuándo te vas?

—En siete días.

Una sensación incómoda me cosquillea en el pecho.

—Prefiero irme un viernes y pasar allí el fin de semana para que me dé tiempo a aclimatarme a la ciudad. Aunque en tres meses me va a dar tiempo a conocerla a fondo o eso espero.

La sensación se vuelve más intensa. Con disimulo me paso la mano por las costillas.

—Seguro que va a ser una gran experiencia —lo digo con sinceridad. No sería capaz de desear otra cosa para Sergio, a pesar de lo que parezca significar esta emoción extraña.

—Eso espero. Y también que vengáis a verme. —Se acerca unos pasos hasta quedar frente a mí—. Que vengas a verme. Así puedes seguir tachando puntos de esa «no lista» de cosas por hacer. Creo que encajarían el de «irte de vacaciones con amigos» y «levantarte en otra cama que no sea la tuya» —dice de forma tentativa. Extiende la mano y sus dedos acarician mi pelo con suavidad, bajan hasta mi cuello y se quedan ahí.

Mi corazón golpea frenético contra las costillas y siento que me cuesta respirar. Estamos tan cerca que nuestras narices casi se tocan. Le miro a los labios. Sus ojos siguen a los míos y de su garganta sale algo parecido a un quejido.

—¿Estás bien?

—No lo sé. Depende. —Su pulgar se desliza arriba y abajo dibujando la línea de mi cuello.

—¿De qué? —murmuro con un hilo de voz.

—De si ya has decidido que te encuentras lo bastante recuperada para que repitamos lo del otro día, porque te puedo jurar que seguir manteniéndome alejado de ti puede que me mate —lo dice con suavidad, con una tranquilidad que sus ojos, que brillan con la energía de una tormenta, desmienten.

No le contesto. Al menos, no con palabras. Solo acorto los pocos centímetros que separan nuestras bocas.

Sus labios se abren al contacto con los míos y sus manos acunan mi rostro en un beso suave y ansioso al mismo tiempo, como si hubiera estado contando las horas y los minutos que han pasado desde que nos despedimos el miércoles, y quisiera recuperarlos todos juntos en este momento.

Mis manos trepan por su espalda hasta enredarse en su nuca y las suyas bajan y agarran mis muslos para subirme a la encimera. La distancia entre nuestros cuerpos desaparece. Le siento contra mí y un gemido trepa por mi garganta, pero queda ahogado por el pitido del microondas.

La burbuja se rompe y nos separamos con las respiraciones alteradas y los labios húmedos. Sergio apoya su frente contra la mía y suspira.

—Creo que ya está el café.

Deslizo las manos abiertas por su cuero cabelludo y sus párpados se entrecierran.

—Ya no me apetece.

Le escucho murmurar algo parecido a un «gracias al cielo» y sus labios se curvan en una sonrisa pícara. Cuando se da la vuelta y me carga a su espalda, una felicidad que nunca antes había sentido estalla en mi pecho y se escapa de mi boca en forma de risa. Una risa que nos acompaña hasta mi habitación y que, poco a poco, va desapareciendo cuando Sergio se detiene junto a la cama y me baja despacio para que mis pies toquen el suelo.

—Soy un imbécil.

Estamos uno frente al otro, sus ojos me recorren con lentitud. Le miro confundida y sus dedos apartan un mechón que revolotea alrededor de mi cara.

—Cuando el otro día te dije que siempre me parecías sexi, todavía no había entendido lo que significaba esa palabra. —Se acerca y posa sus labios en la piel acalorada de mi mejilla, en la línea de mi mandíbula y bajo mi oreja. Recorre mi cuello con besos suaves y las indómitas mariposas de mi estómago alzan el vuelo en una explosión incontrolable que dinamita la cautela y las ganas colonizan mi piel. Ganas de repetir, ganas de ir más allá.

Y con esas ganas llenándolo todo, doy un paso hacia él y tiro de su jersey. Un fugaz brillo de sorpresa ilumina sus ojos antes de levantar los brazos para que pueda quitárselo. Cuando lo dejo caer al suelo sus dedos se cuelan bajo mi ropa. Sus yemas recorren la curva de mi cintura con suavidad, erizando mi piel a su paso, y de ahí pasan a los botones de la parte de arriba de mi pijama. Sujeta el primero entre sus dedos y me mira. Hago un leve asentimiento y lo desabrocha. Sin quitar sus ojos de los míos va soltando el resto, uno a uno, sin prisa. Y cuando el último deja expuesta parte de mi piel, me acerca a su cuerpo y me besa despacio, como si ese beso fuera un fin en sí mismo.

Nos separamos con la respiración agitada y una sonrisa pequeñita en los labios, de esas que se dibujan con trazos de intimidad, deseo y una pizca de sorpresa. La ropa nos sobra y, entre besos, nos deshacemos de la que nos queda puesta. Cuando caemos en la cama, solo puedo pensar en sentir su piel.

La atmósfera cambia a nuestro alrededor. Los besos se vuelven más profundos y las caricias no dejan un rincón por recorrer. Su boca, sus manos, su lengua están en mi cuello, en mis pechos, en la depresión de mi ombligo, en el vértice de mis piernas. Las mías, en su nuca, en su espalda, en su abdomen, en su sexo. Su sonrisa también aparece de vez en cuando, cuando me impaciento, cuando me provoca. Y la mía. Cuando yo le provoco a él, cuando se impacienta.

Nos miramos a los ojos. Su cuerpo apenas apoyado sobre el mío para no cargarme con su peso. Deslizo las manos por su pecho, que sube y baja al compás de su respiración irregular, y sus párpados velan su mirada durante un segundo. Inspiro. Su olor y su calor me envuelven, me rodean, y siento que todo mi mundo se concentra en este instante. En él.

—Llevo semanas imaginando cómo sería tenerte así...

Alzo el rostro para atrapar sus labios con los míos y él se hunde en mí. Sus caderas marcan el tempo, avanzan y se retiran despacio en un baile lento, y yo me dejo llevar y solo siento. Cada movimiento, cada respiración compartida, cada latido que amaga con sacar del pecho a mi

rebotante corazón. El temblor que me recorre cuando me dejo ir. Cuando nos dejamos ir.

Permanecemos piel contra piel un tiempo que no sabría concretar. Luego, con un beso suave, Sergio se tiende a mi lado y me acurruca junto a su cuerpo. No decimos nada, solo se escucha el sonido de nuestras respiraciones todavía algo agitadas. Apoyo la cabeza sobre su pecho y él acaricia en una línea perezosa mi espalda. Antes de que el sueño me atrape, un pensamiento cruza mi mente: «Así debe sentirse la calma».

Me despierto varias horas después. Los sonidos del ajetreo de la ciudad se cuelan desde el exterior y contrastan con la tranquilidad que se respira en mi habitación. Giro el rostro y me encuentro con los ojos de Sergio, que ahora brillan con el tono azul de un mar en calma.

—Hola —sus labios, todavía hinchados por el sueño y los besos se curvan en una sonrisa.

—Hola. ¿Llevas mucho despierto?

—Unos diez minutos. —Me aparta el pelo y deja un beso en mi hombro que me calienta la piel—. ¿Cómo estás? —pregunta y sé que esta vez no se refiere a mi salud.

Estiro la mano y la deslizo con suavidad por la línea de su mandíbula.

—Bien.

Estudia mi expresión durante unos segundos.

Bien —repite—. Por ahora, tendré que conformarme con eso. —Luego niega con la cabeza y se ríe—. Voy a tener que andarme con cuidado o algún día vas a romperme el corazón.

Aprieto los labios. No es que no quiera abrirme, es que no sabría por dónde empezar. Hay años de emociones enmarañadas en mi interior. Sus dedos se deslizan por la piel desnuda de mi espalda y llegan a la estrella tatuada en mi nuca, se detienen sobre ella y, muy despacio, dibujan su silueta. Suspiro, sé que quizá no es suficiente, pero esta parte de mí sí se la puedo regalar.

—Me lo hice con diecisiete años. El mismo día que por primera y única vez, hasta mi regreso a Madrid, tuve el valor de reconocer en voz alta que odio tocar el piano.

Su dedo baja al siguiente tatuaje de los que forman la constelación y yo continúo hablando.

—Es un símbolo. Mi estrella Polar particular. Me recuerda que hay un camino que me llevará a encontrar mi lugar.

Su mano se sigue deslizando por la línea de mi columna.

—Y ¿si ya hubieras llegado?

Le miro. Su mirada es suave y cálida.

—Quizá sea Madrid tu puerto de destino —aclara.

Inspiro y dejo escapar el aire despacio.

—Tal vez, no lo sé. Pero me gustaría. —Me giro un poco para que quedemos frente a frente—. Todavía hay mil cosas que me agobian y que no sé cómo solucionar, pero me gusta estar aquí. Me siento más libre, más cómoda en mi piel, menos sola. —Hago una pausa para reunir un poco de valor. Aunque no se me da bien exponerme, mostrar mis emociones, lo que hay en juego es demasiado importante, así que hago un esfuerzo—. Y tú, y Elena, y Jorge, y Ángel tenéis mucho que ver en ello, por eso me gustaría pedirte algo.

—Te escucho.

—Que esto que tenemos ahora, sea lo que sea y acabe como acabe, no eche a perder lo que construimos antes.

Sus dedos se detienen en la curva de mi cintura.

—Y ¿si no se acaba?

Esa no es una posibilidad en la que pueda pensar en este momento, hay demasiada incertidumbre en mi futuro para añadir más.

—El tiempo lo dirá.

—¿Día a día, entonces?

—Sí, día a día.

Esbozo una sonrisa que no tarda en perderse entre sus labios. Cuando su boca, juguetona, empieza a trazar un camino descendente por mi cuello y llega hasta mi pecho, un estremecimiento me recorre la piel. Enredo las manos en su pelo y cierro los ojos. Continúa descendiendo mientras deja pequeños besos por mi esternón y mis costillas acompañados de suaves caricias. Cuando presiona su boca contra mi ombligo un rugido resuena con fuerza desde el interior de mi estómago. Su risa vibra contra mi piel.

—Esta sí es una buena manera de poner en su sitio el ego de un hombre.

—Eres demasiado seguro como para que la opinión de nadie influya en tu ego.

Sonríe y niega con la cabeza.

—Algún día nos sentaremos a hablar largo y tendido sobre esa visión tan particular que tienes sobre mí. Pero no va a ser ahora. —Deja un último beso en mi vientre, se incorpora y tira de mí —. Ahora, vamos a encargarnos de alimentar a la bestia que vive en tu estómago.

Sergio recupera del suelo sus pantalones; yo cojo ropa limpia y entro en el cuarto de baño. Doy el agua de la ducha y, mientras espero a que se caliente, me miro en el espejo. Tengo el pelo enmarañado, los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. Y una sonrisa. Una sonrisa tan enorme que me parece mentira que me quepa en la cara.

## ***Capítulo 27***

Los seres humanos nos pasamos la vida deseando cosas. También engañándonos. Ocultando los miedos enterrados en nuestros corazones.

El problema radica en que la cobardía nunca podrá ser la materia prima que dé consistencia a nuestros deseos. Porque la cobardía nos paraliza y convierte la vida en una espera eterna. Porque para que las cosas cambien tenemos que ser capaces de enfrentarnos a nuestros miedos y, ni mucho menos, basta solo con desearlo.

## Capítulo 28

Nunca he entendido las adicciones, ni siquiera en su grado más leve. Habiendo vivido media vida a merced de los mandatos de otros, jamás he podido comprender cómo voluntariamente cualquier persona se puede plegar a que algo ajeno a uno mismo pueda condicionar sus decisiones o comportamientos.

Nunca hasta Sergio.

Puede que porque nunca antes había sentido nada parecido a lo que siento cuando lo tengo cerca. Nada como el chisporroteo de felicidad en mi pecho cuando me mira. Como la codicia que siento cuando me besa, porque un solo beso me sabe a poco. Como el contacto de su piel contra la mía, que me hace temblar y me llena de vida. Como las ganas de estar en cualquier sitio, si es con él. Y como el deseo. Y el placer. Y los amaneceres entre sábanas revueltas. Y las risas. Y los abrazos. Y la complicidad.

Todo eso unido forma un cóctel al que me estoy volviendo adicta. Sí, yo. De manera fulminante y sin que pueda evitarlo. Ha pasado poco más de una semana desde la primera vez que nos besamos y ya me cuesta imaginar mi día a día sin tener a Sergio cerca.

También es la causa del nudo que siento en el pecho. Un nudo que se ha ido apretando un poco más a medida que la semana ha ido pasando, acercándonos de forma inevitable al día de la despedida. Un nudo que he tratado de mantener guardado en uno de esos cajones llenos de cosas que no puedo controlar, pero al que, al parecer, ya no puedo ignorar más mientras permanezco aquí sentada y veo cómo Sergio prepara la maleta. Aunque lo intento con todas mis fuerzas.

—¿Me pasas esos jerséis?, por favor. —Sergio señala una pila con varias filas de ropa a mi derecha.

Me giro, la cojo con cuidado de no desarmarla y se la entrego con una sonrisa burlona.

—Ya veo que lo tuyo no es viajar ligero de equipaje.

Levanta la vista de la maleta y arquea una ceja.

—Primero: la temperatura media en Estocolmo en esta época es de unos tres grados centígrados, así que necesito ropa de abrigo. Y segundo: cuanta más ropa lleve, menos tendré que poner la lavadora. Por lo que no deberías reírte de mí, forma parte de una técnica de supervivencia depurada durante años. —Con una sonrisita de superioridad, se estira y deja un beso suave sobre mis labios.

—¿A qué hora había que estar en el aeropuerto?

—A las ocho y cuarto. —Rodea la cama para coger algo de un cajón de la mesilla de noche. Cuando pasa junto a mí, se detiene y acaricia mi mejilla—. Ya te he dicho que no hace falta que vengas. Es muy temprano. Puedes quedarte en la cama y marcharte cuando quieras. Te he dejado un juego de llaves en el bolso.

—No, quiero ir —digo con firmeza, a pesar de que sé que existe una posibilidad real de que se me rompa el corazón al decirle adiós.

Sus ojos estudian mi expresión. Se agacha para que nuestros rostros queden a la misma altura y apoya sus manos sobre mis rodillas.

—Sabes que no va a ser para siempre, ¿verdad? Tres meses pasan volando. Hablaremos por teléfono, haremos videollamadas, *sexting* —arquea las cejas un par de veces y yo me echo a reír—. Y en unas semanas, te estaré esperando en el aeropuerto y te tendré cinco días enteros con sus cinco noches para mí.

—Y yo te tendré a ti.

—Eso no lo dudes, esté donde esté. —Me besa en la punta de la nariz y se pone en pie. Mira a su alrededor y sonrío—. Esto ya está. ¿Te apetece comer algo?

En la nevera de Sergio no queda nada aparte de un bote de ketchup y un par de cervezas, así que pedimos comida china. Luego nos acurrucamos en el sofá frente a la televisión —mi cabeza contra su pecho, sus dedos dibujando figuras en la piel de mi espalda— y nos limitamos a estar, a ser, a disfrutar de la intimidad a la que tan rápido nos hemos acostumbrado. No volvemos a hablar de su marcha ni de la distancia ni de nada que nos recuerde que, a partir de mañana, este «nosotros» recién nacido se diluirá en miles de kilómetros.

Sin embargo, su sombra planea a nuestro alrededor cuando, ya en su dormitorio, nos quitamos despacio la ropa para sentirnos piel con piel. Las caricias son más lentas, los besos más profundos. Hasta el placer, esquivo, se extiende y se estira, como si así su recuerdo pudiese tardar más tiempo en diluirse.

Y continúa sobre mí cuando me despierto.

El sol todavía no ha salido. La penumbra y el silencio llenan la habitación. Sergio duerme a mi lado, bocabajo. Me giro hacia él y su calor y su respiración suave me acarician la piel. Permanezco así unos segundos, disfrutando de la sensación de su cuerpo junto al mío. Luego me levanto y salgo de la cama. Mi ropa está doblada sobre la cómoda. La cojo, tratando de no hacer ruido, y entro en el cuarto de baño para darme una ducha rápida. Cuando estoy lista, voy a la cocina y espero.

Ha pasado cerca de media hora cuando Sergio asoma por la puerta. Me ve y esboza una sonrisa.

—Has madrugado mucho. ¿No podías dormir?

—No.

Consulta el reloj y se pasa las manos por la cara ahogando un bostezo.

—Voy a hacer café. Todavía queda un rato hasta que salgamos para el aeropuerto. ¿Podrías mirar en la *app* a qué hora reservamos el Uber? No recuerdo si era a y media o a menos cuarto.

Cojo mi teléfono que descansa sobre la mesa y lo desbloqueo. Me quedo inmóvil, con la mirada fija en la pantalla.

—¿La encuentras? —Con el bote de café en la mano, Sergio se gira para mirarme.

Suspiro y vuelvo a dejar el móvil sobre la mesa.

—No puedo hacerlo —lo digo en un murmullo, más para mí que para él.

—Si no la ves, no te preocupes; ahora la busco yo.

Me muerdo los labios.

—No es eso. —Inspiro con fuerza—. No puedo hacerlo, continuar con esto. —Nos señalo—. Con nosotros. No a dos mil kilómetros de distancia.

Sergio se queda inmóvil un segundo. Puedo ver cómo la tensión se acumula en sus hombros. Luego apoya el bote de café en la encimera y se gira.

—Necesito que me lo expliques, porque no lo entiendo. Pensaba que todo iba bien. Que estábamos bien.

—Y lo estamos, aquí en Madrid. Juntos. Pero la distancia va a complicar las cosas y mi vida ahora mismo ya es suficientemente complicada.

Cruza los brazos sobre el pecho y me estudia un instante.

—¿Esa es la verdad? O hay algo más que no me vas a contar. —Una ironía soterrada tiñe sus palabras.

—No sé qué quieres que te diga.

—Sí, sí que lo sabes.

Aprieto los labios. El silencio crece y se vuelve uno más en la cocina. La decepción que leo en sus ojos impacta contra mi pecho.

—Entonces, ¿ya está? Se acaba aquí.

—Sergio, eres muy importante para mí. —Trago saliva, tengo un nudo en la garganta que casi no me deja respirar—. Lo siento. No quiero estropear las cosas.

—Ya. Yo también lo siento.

Un silencio tenso se va construyendo entre los dos como una barrera que nos separa. Creo que no hay mucho más que decir, porque, aunque todavía no se ha marchado, yo ya le siento muy lejos. Me obligo a respirar y fuerzo una sonrisa.

—Espero que todo te vaya muy bien en Estocolmo.

Hace apenas un gesto de asentimiento, pero no dice nada.

—Adiós, Sergio. —Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y me voy.

Hago el camino de regreso a mi casa como un autómatas. Insensible a todo lo que no sean las ganas de vomitar que siento en la boca del estómago y la presión insoportable bajo mis costillas. Ni siquiera soy consciente de que ya he llegado hasta que me veo ante mi puerta. En un acto reflejo, abro el bolso y tanteo con la mano en busca de las llaves, pero las que encuentro no son las mías. Una lágrima se desliza por mi mejilla.

—¿Christina?

Escucho los pasos de Elena acercarse.

—Cariño, ¿qué haces aquí?

Con las llaves de la casa de Sergio todavía en la mano, levanto la mirada. Mi amiga da un paso hacia mí y cuando sus brazos se ciñen a mi alrededor, mi cara ya está empapada en lágrimas.

Saco las llaves correctas del bolso y entramos. Elena me guía hasta la cocina y aparta una silla para que me siente.

—¿Qué ha pasado? —Me entrega un vaso de agua lleno hasta los topes y un paquete de pañuelos de papel.

No me hace falta mirar su cara para saber que está preocupada.

—Se ha acabado. —Leo la pregunta en sus ojos y la corto con un ruego antes de que pueda ponerla en palabras—. Mañana, por favor.

Observa las marcas que el llanto ha dejado en mi cara y esboza una sonrisa comprensiva.

—Claro, cuando quieras.

Aprieto las palmas de mis manos sobre mis ojos hinchados. La cabeza me va a explotar.

—Creo que me voy a ir a la cama. —Me pongo en pie y camino hacia el pasillo. Me pesa todo el cuerpo.

Elena sigue cada uno de mis movimientos.

—¿Me llamarás si necesitas algo?

Hago un esfuerzo por dibujar algo parecido a una sonrisa.

—Estoy bien, de verdad.

No parece muy convencida, pero al final asiente y me da un beso en la mejilla.

—Mañana nos vemos.

Cierro la puerta y me voy derecha a mi habitación. Bajo la persiana para bloquear los rayos del sol y cojo un pijama. Entro en el cuarto de baño. Me miro en el espejo y hoy no hay rastro de la chica que empezaba a vislumbrar estas últimas semanas. Hoy solo estoy yo. Mi viejo y conocido «yo». El que se refugia en sus sombras porque tiene miedo de que la luz deje ver todos sus defectos. El que se queda quieto, aunque se muera por avanzar. El que no sabe si es lo suficientemente valioso para que Sergio se quede a su lado y ha preferido dejarlo marchar antes que reconocer en voz alta que le da pánico descubrir que no lo es.

No, no estoy bien. Por mucho que me quiera convencer.

El golpe de realidad me vapulea y tengo que sentarme sobre el inodoro, porque de repente comprendo dos cosas: que he tomado una decisión de la que es más que probable que me arrepienta y que estoy mucho más lejos de encontrar mi camino de lo que pensaba.

**CONTINUARÁ...**

## ***Agradecimientos***

Una vez más llega el momento de agradecer a quienes dan forma a este sueño.

A mi familia y amigos, por hacer más ameno el viaje con su amor y apoyo incondicionales. Sobre todo, a mis dos chicos, Julio y Diego, que siempre están a mi lado.

A Irene Ferb y Kate Danon, por las conversaciones, las risas, los consejos y por estar siempre ahí.

A todas las personas que me siguen en redes, por el cariño y el apoyo que me dan; por compartir y comentar; y ponerme una sonrisa de buena mañana. Sois geniales.

Y, por último, que no menos importante, a ti lector, que le has dado vida a estas páginas. Si acabas de llegar a mi mundo de historias: bienvenido, espero que te quedes. Si hace tiempo que compartimos letras y emociones: gracias, gracias y un millón de gracias. Lo digo siempre, pero sin tu confianza no serían más que palabras sobre un papel. Por eso, quiero pedirte un favor: si has disfrutado compártelo, escíbeme. Estaré encantada de saberlo, de conocerte.

monicamaieroficial@hotmail.com

Facebook: [Monica Maier](#)

Instagram: [monicamaieroficial](#)

Amazon: [Mónica Maier Amazon](#)

## ***Sobre la autora***



**Mónica Maier** es una madrileña enamorada de las letras desde que le alcanza la memoria. Lectora incansable, siempre se recuerda con un libro en las manos; también con un cuaderno, un bolígrafo y montones de palabras revoloteando por su cabeza. Empezó a escribir en el colegio, sobre todo relatos cortos y poesía. Publicó su primera novela *El amor no es una ciencia exacta* en 2015. Reeditada con escenas inéditas en 2023 en Amazon. A la que siguen *Para ti, mi cielo* (2015), nominada a los Premios Rosa Romántica 2015 en la categoría de mejor *ebook*; *El amor es la respuesta* (2016), reeditada en 2023 con escenas inéditas en Amazon bajo el título *No preguntes si es amor*; *A un latido de ti* (2017), *Un latido tuyo* (2017), *Todos mis "te quiero" son para ti* (2018) y *Cuando pase la tormenta* (2019).

Puedes encontrarlas todas en Amazon:

[Mónica Maier Amazon](#)

Si todavía tienes curiosidad, encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: [Monica Maier](#)

Instagram: [monicamaieroficial](#)